# ORIGENES DEL HOMBRE

## Los Etruscos (I)

33

TIME LIFE
folio

# Los Etruscos (I)

ORIGENES DEL HOMBRE

# Los Etruscos (I)

TIME LIFE
folio

**Dirección editorial:** Julián Viñuales Solé
**Autor:** Dora Jane Hamblin
**Asesores:** Larissa Bonfante Warren
y Julián Viñuales

**Coordinador de la colección:** Julián Viñuales Lorenzo
(Institute of Archaeology. London)
**Coordinación técnica:** Pilar Mora
**Diseño de la cubierta:** STV Disseny

**Publicado por:**
Ediciones Folio, S.A. 7-8-94
Muntaner, 371-373
08021 BARCELONA

© Time-Life Books Inc. All rights reserved
© Ediciones Folio, S.A., 1994

ISBN: 84-7583-427-2 (obra completa)
84-7583-472-8 (volumen I)

Impresión:
Cayfosa. Santa Perpètua de Mogoda (Barcelona)
Depósito Legal: B-16734-94
*Printed in Spain*

# Índice de materias

## VOLUMEN I

**Capítulo primero:**
**La eterna sonrisa** . . . . . . . . . . 8
Secuencia gráfica: En homenaje a los héroes de Vulci . . 27

**Capítulo segundo:**
**Sobre la pista de un pueblo misterioso** . . . . . 32
Secuencia gráfica: El tesoro inestimable de una tumba intacta 47

**Capítulo tercero:**
**Una vida de placeres escandalosos** . . . . . . 56
Secuencia gráfica: Un mundo de delicias para los poderosos 77

# Introducción

Los etruscos constituyen uno de los enigmas más fascinantes de la historia. Fuera del círculo especializado de los eruditos, se ha creado un halo de misterio en torno a este pueblo extraordinario que no deja de provocar la curiosidad de quien lo contempla; al igual que otros pueblos antiguos, su historia ha sido rodeada de leyendas.

¿Cómo es posible que un pueblo que existió en una época sobre la que poseemos variada información nos sea tan problemático? Su civilización nació, floreció y entró en decadencia en el centro mismo del mundo clásico, frente a las puertas de Roma. Las vicisitudes de esta ciudad están sobradamente documentadas, al igual que las de Grecia y Cartago, vecinas y contemporáneas de Roma y Etruria. Sin embargo, en los anales del mundo antiguo se echa en falta una crónica completa de la historia de los etruscos; en el caso de que los etruscos conservaran y recopilaran sus hechos históricos, tales anales se han perdido irremediablemente.

Hay ciertos aspectos de la evolución histórica de los etruscos –en particular su rápida y precoz ascensión y su igualmente rápida decadencia– que explican tal vez la falta de documentación. Por otra parte, la vida de este pueblo se caracterizó por una clara inclinación hacia la acción, más que hacia la introversión.

La civilización etrusca adquirió la aureola de misterio ya en su misma época. Los historiadores romanos –que escribieron sólo unos pocos siglos después de acaecidos los hechos– solían considerar la intensa y efímera experiencia histórica de este exuberante, aventurero y bien dotado pueblo como algo extraño, lejano y cuasilegendario.

A pesar de que la civilización y la cultura griegas ejercieron una poderosa influencia sobre Etruria, en el concepto de la vida del pueblo etrusco perduraron determinadas características primitivas, así como en su religión, costumbres funerarias e, incluso, en su lengua, cuya estructura básica parece estar relacionada, en cuanto a su origen, con las más remotas y antiguas lenguas preindoeuropeas del Asia occidental y del Mediterráneo. Este elemento arcaico subsistió inalterado hasta el momento en que Etruria fue totalmente absorbida dentro de la unidad de la Italia romana. No es de extrañar, por lo tanto, que los etruscos planteen tantos problemas a los científicos del siglo XX.

Durante los últimos 200 años el ritmo de los hallazgos y excavaciones etruscas se ha acelerado. Gran número de importantes descubrimientos ha enriquecido los museos de Italia, así como los de Europa en general y de América. Los hallazgos arqueológicos en la misma Etruria o en territorios sometidos a su dominio o influencia han contribuido poderosamente a aumentar el caudal de nuestros conocimientos. Finalmente es ya posible entrever cada vez con mayor claridad cómo el pueblo etrusco alcanzó tan elevado nivel de vida y de técnica; cómo planificó y construyó sus ciudades, necrópolis, templos, fortificaciones y calzadas; cómo organizó la distribución de las tierras; cómo logró imponerse en el campo de la pintura, de la escultura y de la orfebrería; cómo comía, dormía, se vestía y se distraía.

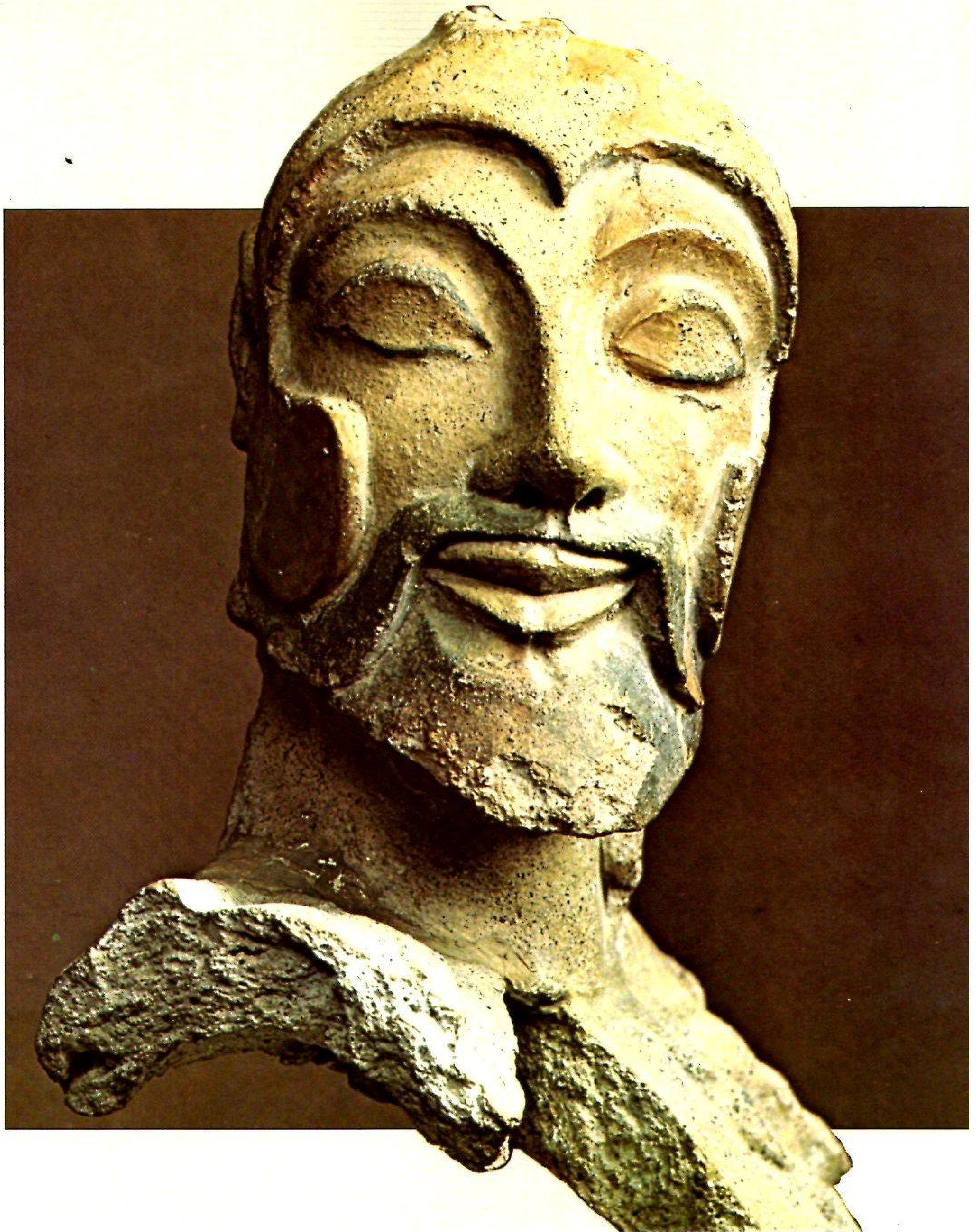
Los recursos de la tecnología moderna –desde la fotografía aérea hasta las técnicas de datación más perfeccionadas– seguirán proporcionando datos que contribuirán a precisar cada vez con mayor exactitud la visión todavía borrosa del modo de vida etrusco. Por el momento, el problema más importante consiste en superar el sistema tradicional y fragmentario del estudio y de la investigación y coordinar el trabajo de arqueólogos, historiadores y lingüistas. Unicamente una estrecha colaboración entre las diversas disciplinas permitirá que los especialistas lleguen a un grado de conocimiento tal que posibilite una interpretación histórica auténtica del mundo etrusco.

He tenido la fortuna de realizar personalmente el estudio arqueológico de yacimientos y materiales etruscos en un marco histórico prometedor y cada vez más apasionante. En Pyrgi, por ejemplo, se descubrieron los restos de dos grandes templos con sus excepcionales figuras de terracota, junto con el documento escrito más antiguo de la historia de Italia. Este documento escrito consiste en tres tablillas de oro con inscripciones en lengua fenicia y etrusca. Considero que estas tablillas proporcionan una información de incalculable valor sobre las instituciones políticas y religiosas de los etruscos y sobre las relaciones entre Etruria y Cartago a principios del siglo V a. de C. Esta época coincidió con la etapa final de progreso que precedió al momento en que los etruscos iniciaron su prolongada y secular caída hacia el olvido.

Realmente fue para mí una experiencia extraordinaria el leer las tablillas. Es de esperar que en el futuro podamos gozar de experiencias similares, dado que es más que probable que el suelo de Etruria nos reserve todavía muchas otras sorpresas de este género.

**Màssimo Pallottino**
Profesor de Antigüedades Etruscas e Itálicas
Universidad de Roma

# Capítulo primero: La eterna sonrisa



En un lugar al norte de Roma, entre el mar Tirreno y la vertiente occidental de los montes Apeninos, el atormentado paisaje está formado por abruptos riscos oscuros y *macchia* de color verde oscuro, una tupida vegetación de pequeños robles, una maraña de higueras silvestres, cardos de color púrpura y castaños. En este lugar tuvieron lugar en tiempos prehistóricos erupciones que hicieron saltar las cumbres de los volcanes, dando pie a la aparición de los lagos de Bracciano, Vico y Bolsena y desparramando las escorias por doquier. Algunas de estas escorias formaron nada menos que el compacto y oscuro basalto que los romanos utilizarían un día para construir calzadas tales como la Vía Appia. Parte de tales escorias constituía la tufa volcánica, una piedra blanda y porosa de color castaño rojizo.

La acción que las lluvias torrenciales de invierno llevaron a cabo durante el transcurso de milenios convirtió los torrentes en cursos temporales de agua que esculpieron la tufa blanda hasta convertirla en escarpes y mesetas, dándole formas parecidas a navíos hundidos y a lagunas. Los riachuelos configuraron el terreno dándole un aspecto parecido a la rugosa cara de un viejo campesino.

En esta región, a finales de invierno, la floración de color amarillo brillante de las mimosas bordea las grietas del terreno; al llegar la primavera el campo adquiere una tonalidad de fuego con la presencia de las amapolas silvestres; en otoño la escena se suaviza con el oro de la retama. Durante el verano la tierra es árida, a excepción de las tenues líneas verdes de las serpenteantes corrientes. El sol se desparrama sobre los escarpes de tufa con zonas de luz y de sombra y salta hacia adelante y hacia atrás desde los azules del cielo y de los lagos tal como un vestíbulo con espejos.

Hacia el norte se halla la seductora Toscana, un territorio de grandes valles de aluvión, con sus laderas bordeadas de viñedos y salpicadas de hileras de oscuros cipreses. La región italiana de Toscana es famosa por sus elevadas ciudades, que cuelgan a modo de liquen de los rocosos peñascos de hasta 600 metros de altura. En dirección al mar Tirreno el paisaje se desarrolla en terrenos llanos interrumpidos por rocosos y elevados promontorios que con sus cabezas parecen querer alcanzar las nubes y hundir sus pies en las olas del mar.

Esta descripción corresponde a la del país etrusco. Por espacio de seis siglos y medio, concretamente desde el 750 hasta el 100 a. de C., cuando Roma estaba en pañales y no era más que un núcleo de cabañas, esta región cobijaba, por así decirlo, el corazón de un pueblo que levantó la primera gran civilización de Italia. El historiador romano Tito Livio escribía en los tiempos de Cristo que "Etruria llenaba toda la extensión de Italia con el sonido de su nombre". Al alcanzar la cima de su poderío, entre el 600 y el 500 a. de C., los etruscos dominaron o ejercieron su influencia sobre todo el norte de Italia, desde el sur de Venecia en las orillas del Adriático hasta el mar Tirreno, incluyendo buena parte del Valle del Po y todo el centro de la península, desde los Apeninos en el oeste hasta las islas más próximas a la costa del Tirreno. Mucho antes de los tiempos de Tito Livio, cualquier observador político con visión de futuro hubiera predicho que esta tierra estaba destinada a ser descrita como Etruria y no como Roma.

El nacimiento de la civilización etrusca hacia el 750 a. de C. fue un hecho repentino comparado con el lento curso de la mayor parte de los cambios que se han producido en la prehistoria. Al parecer, en un momento dado y de forma súbita, de entre las chozas primitivas que los pobladores prehistóricos habían ocupado en la Italia central emergió un pueblo que edificó ciudades en vez de al-

*Cabeza de terracota policromada de un guerrero, con sus grandes ojos y labios que muestran una sonrisa arrogante; demuestra el orgullo de los etruscos en el momento en que habían alcanzado la cúspide de su poderío militar. Su bigote está recortado de modo que se adecua a la forma del casco sin visera que le protege la frente. Esta cabeza es lo único que se conserva de esta estatua de tamaño natural que probablemente procede de un templo del siglo V a. de C.*

deas; sus gentes conocían la escritura y utilizaron un alfabeto tomado de los griegos; pero escribieron y hablaron una lengua distinta de cualquier otra conocida del mundo antiguo.

Fueron navegantes, guerreros y comerciantes. Sus diestros mineros explotaron los recursos minerales de Italia, lo que permitió que sus comerciantes traficaran con el cobre, el plomo y el hierro, así como con los metales manufacturados. Llevaron a cabo un intenso tráfico con Grecia, con las colonias griegas del sur, con Sicilia, con la Jonia, y también con ciudades situadas en el extremo oriental del Mediterráneo y con puertos fenicios del norte de Africa, de Chipre y de España. Vivían como verdaderos sibaritas, entregándose a copiosos banquetes servidos por gran número de sirvientes y esclavos y rodeados de un ambiente de lujo. Sus nobles difuntos eran enterrados en tumbas de piedra cuidadosamente talladas y decoradas con pinturas. Fueron artistas bien dotados y excelentes artesanos que realizaron esculturas de sí mismos y de sus dioses tanto en terracota como en bronce o en piedra. Como trabajadores del metal, construyeron armas y utensilios de bronce y hierro, así como una elegante orfebrería en oro.

Los griegos los llamaron Tyrrhenoi o Tyrsenoi; este calificativo ha subsistido hasta nuestros días para identificar el mar que bordeaba su país por el oeste. Para los romanos, que llegaron a escribir bastante acerca de ellos, eran los Tusci o Etrusci; la palabra Toscana todavía resuena en nuestros oídos con estos nombres. Según los romanos, se denominaron a sí mismos Rasenna o Rasna.

Con el paso del tiempo se han perdido los nombres etruscos de sus ciudades y la mayor parte de las localidades se recuerdan hoy mejor por los nombres con que las conocían los romanos: Tarquinia, Caere, Vulci, Veii, Clusium *(véase página 14)*. Sus restantes centros urbanos se identifican más comúnmente por sus nombres italianos modernos: Orvieto, Arezzo, Cortona, Fiesole, Volterra. Los vestigios etruscos de estas antiguas poblaciones, que constituyeron los cimientos para los habitan-

## Cronología etrusca

**Hacia el 900 a. de C.**
Los villanovianos habitan en poblados que más adelante llegarán a convertirse en ciudades etruscas.

**753 a. de C.**
Fecha convencional de la fundación de Roma por Rómulo.

**Hacia el 750 a. de C.**
Creación de las primeras ciudades etruscas. Los griegos fundan colonias comerciales en el sur de Italia y en Sicilia.

**Hacia el 650 a. de C.**
Expansión etrusca hacia el sur de Roma.

**616 a. de C.**
Por primera vez ocupa el trono de Roma un etrusco.

**Hacia el 600 a. de C.**
Culminación del poderío. Naves etruscas y cartaginesas dominan todo el Mediterráneo occidental.

**Hacia el 550 a. de C.**
Adopción del panteón religioso de los griegos; construcción de los primeros templos. Expansión hacia el valle del Po.

**Hacia el 535 a. de C.**
Victoria naval sobre los griegos que asegura a los etruscos el dominio de Córcega.

**474 a. de C.**
Pérdida del dominio sobre el Mediterráneo occidental.

**Hacia el 390 a. de C.**
Los galos saquean Roma.

**358-265 a. de C.**
Conquista progresiva de Etruria por los romanos.

**280 a. de C.**
Las ciudades etruscas importantes firman alianzas con Roma.

**218-202 a. de C.**
Etruria sostiene a Roma contra Cartago durante la Segunda Guerra Púnica, ganada por los romanos.

**Hacia el 125 a. de C.**
Los campesinos son expulsados de sus pequeñas granjas y obligados a alistarse en las legiones romanas.

**87 a. de C.**
Bajo la *Lex Julia*, los etruscos obtienen privilegios y asumen las obligaciones propias de la plena ciudadanía romana.

tes posteriores, hace tiempo que quedaron enterrados o fueron destruidos y los tesoros que pudieron recuperarse de entre las ruinas han quedado dispersos por los museos de todo el mundo. Con todo, los etruscos aún permanecen vivos en los labios de todos los que hablan de Italia.

Sus ciudades constituyeron un nexo indispensable entre las culturas más desarrolladas del Mediterráneo oriental y las tribus primitivas que llegarían a convertirse en la poderosa Roma. Transformaron a Roma en una ciudad urbana y la llevaron por el camino que iba a convertirla en cabeza de un imperio. Y, por supuesto, sin la existencia del imperialismo romano la historia de occidente hubiera sido totalmente distinta.

A pesar del poderío y la riqueza que llegaron a alcanzar, los etruscos fueron hasta cierto punto una paradoja. Los antiguos nunca llegaron a comprenderlos del todo, cosa que sucede también con los modernos estudiosos. Poseían el potencial necesario para llegar a dominar el mundo y, sin embargo, malgastaron su poderío en rivalidades entre ciudades antagónicas, sin llegar a formar causa común contra cualquier enemigo, fuese éste Grecia, Roma o las tribus bárbaras.

La entrada de los etruscos en los anales de la historia se produjo cuando el mundo mediterráneo emergía de una serie de trastornos subsiguientes a un período de calma que duró casi 400 años. A partir del siglo XII a. de C., las grandes potencias del Próximo Oriente se hallaban en decadencia; Egipto había sufrido duros golpes por parte de unos invasores identificados como los Pueblos del Mar, y fueron estos mismos invasores quienes provocaron en parte la destrucción del imperio hitita, en Asia Menor. Posteriormente se produjo la caída de Troya y la poderosa civilización de Micenas fue borrada por los bárbaros del norte. Durante todo este período, oleadas de refugiados que huían de tales calamidades fueron llegando a las costas de todos los países que bordeaban el mar Mediterráneo.

Hacia el 800 a. de C. los fenicios se establecieron en Cartago, en el norte de Africa. La Grecia continental empezaba a agitarse de nuevo, aunando fuerzas para el gran impulso creador que la llevaría a su Edad de Oro. Entre tanto, la casi totalidad del territorio italiano continuaba siendo un conglomerado de tribus agrícolas y pastoriles hasta que los etruscos aparecieron en escena.

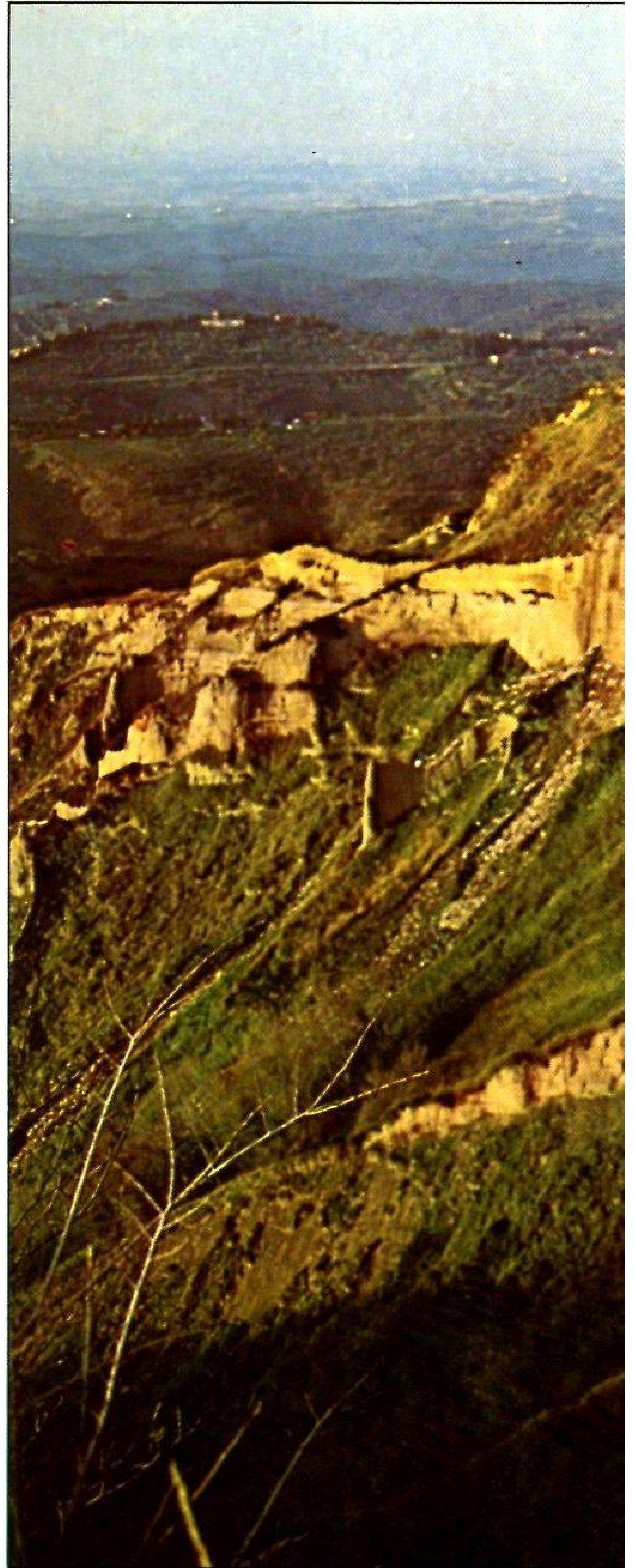
¿De dónde procedían? ¿Venían de fuera, o quizá sus antepasados eran oriundos de Italia?

En la mayor parte de los yacimientos etruscos se hallan vestigios de poblamientos anteriores. Hacia el 900 a. de C., desde Bolonia al norte hasta algo más al sur de Roma, Italia estaba escasamente poblada por agricultores de la Edad del Hierro que habitaban en pequeñas aldeas. Construyeron chozas circulares o rectangulares, con adobe, caña y madera; eran expertos trabajadores del metal; incineraban a sus muertos y depositaban las cenizas en pequeños recipientes de arcilla de forma parecida a la de sus cabañas, o en urnas de cerámica cubiertas con cuencos invertidos o con tapaderas en forma de casco e incluso con auténticos cascos de bronce *(página 20)*. No conocían la escritura. Los arqueólogos denominan villanovianos a los pueblos pertenecientes a esta cultura, nombre que procede de una localidad próxima a Bolonia donde, hace algo más de un siglo, sus restos fueron identificados por primera vez; con toda probabilidad los villanovianos fueron los antepasados de los etruscos.

Sin embargo, los villanovianos constituyen el primero de varios pasajes oscuros de la historia de los etruscos, y no son pocas las páginas que quedan todavía en blanco. Dado que la literatura etrusca se ha perdido, con la sola excepción de las inscripciones funerarias y votivas descubiertas generalmente en las sepulturas o en las ruinas de los templos –y no todos estos textos son totalmente comprensibles–, la breve y apasionante historia de este pueblo debe ser reconstruida a base del contenido de sus tumbas, de otros elementos físicos reunidos por los arqueólogos y de las fuentes griegas y romanas.

Gran parte de las noticias griegas escritas entre el año

*En Toscana los etruscos eligieron sus lugares de residencia en puntos estratégicos y de fácil defensa, en lo alto de altiplanicies naturales; Volterra (a la derecha) fue una típica ciudad construida en lo alto de una colina. En torno al 400 a. de C. los habitantes de Volterra se vieron obligados a rodear la ciudad y su necrópolis con una muralla fortificada; desde entonces la erosión ha provocado la caída de parte de la ciudad por el barranco, poniendo al descubierto varias tumbas que aparecen como pequeños orificios en el risco montañoso. Bajo el monasterio abandonado que domina el lugar puede verse un sector de la antigua muralla etrusca.*



500 a. de C. y principios de nuestra era que se refieren a sucesos ocurridos en torno al 750 a. de C. no son de fiar. Las leyendas tendían a menospreciar a los Tyrrhenoi considerándolos como seres inferiores y hostiles. El período arcaico en torno al cual escribieron los griegos constituyó una época de fuerte competencia en el comercio, en el monopolio de los minerales, en las bases situadas en las islas o en el litoral y en el predominio de las rutas marítimas. La piratería se convirtió en un fenómeno corriente entre los navegantes de Grecia, Cartago y Etruria. También los romanos, cuando alcanzaron el suficiente poderío para someter a los etruscos después del siglo IV a. de C., interpretaron la historia a su manera. A juzgar por los textos de ambos, Etruria fue considerada desde sus tiempos más remotos como una potencia temible y envidiada.

Según los griegos, los etruscos alcanzaron un extraordinario poderío marítimo, y a la vez constituyeron un elemento molesto. El historiador y geógrafo Estrabón, que escribía en los inicios de nuestra era, refirió que "los hombres estaban tan atemorizados por las naves piratas de los tirrenios y por las atrocidades cometidas por los bárbaros de esta región, que se negaban a navegar hacia aquellas zonas para comerciar".

Resultaban tan peligrosos en tierra como en el mar. Sus éxitos militares en la misma Italia pueden ser atribuidos a una serie de armamentos y técnicas de batalla tomadas de los griegos. Así, por ejemplo, su infantería utilizó una formación en falange similar a la de los ejércitos griegos: un cerrado cuerpo compacto de hombres que avanzaban estimulados al máximo esfuerzo por el sonido de trompetas de guerra de bronce. Estos soldados de infantería iban a la batalla provistos de un arma secreta: un robusto calzado de cuero firmemente atado al tobillo. El calzado pudo haber hecho ganar más batallas a los etruscos que las armas y armaduras.

La historia de la expansión etrusca se relaciona tanto o más con el desarrollo material e industrial, que con la conquista territorial. Cuando Etruria adquirió preponderancia, sus ciudades se especializaron en las artes o en

*(Continúa en la página 16.)*



# Encrucijada de cultura y de comercio

Las fronteras de Etruria *(véase el mapa en la página siguiente)* se fueron modificando con el curso de los éxitos militares y económicos de su pueblo. Sin embargo, durante los casi seis siglos de duración de la historia etrusca, sus centros más populosos y de mayor riqueza constituyeron un territorio de 40.000 kilómetros cuadrados en la región septentrional del centro de Italia. Comprendía unas 12 ciudades y aproximadamente se extendía entre el río Arno al norte, el Tíber al sur y al este, y el mar Tirreno al oeste. Aun cuando los etruscos se aventuraron en tierras situadas tan al norte como el valle del Po y tan al sur como la bahía de Nápoles, sus contactos con el resto del mundo antiguo se basaron siempre en el comercio con ultramar: la exportación de metales y de productos agrícolas y la importación de toda clase de manufacturas, desde el aceite de oliva hasta el oro.

La ocupación gradual de Etruria por parte de Roma, después del siglo IV a. de C., produjo la latinización de los nombres de sus ciudades, lo que motivó que muchos nombres originales etruscos, firmemente arraigados en una lengua que los estudiosos aún tienen que descifrar, se hayan perdido irremisiblemente. La primera columna del cuadro de esta página da los nombres de las localidades etruscas que han sobrevivido. En algunos casos, su pronunciación o identificación es incompleta (se indica con guiones o letras entre paréntesis); en otros casos, las pronunciaciones son simplemente supuestas y van señaladas por un signo de interrogación. La columna central del cuadro contiene las versiones latinas de ciudades etruscas conocidas. En la tercera columna aparecen los nombres modernos de todas las localidades citadas en esta obra.

*La situación de Etruria en la Italia central (encuadrada en el mapa de abajo) la convirtió en el foco de la actividad del mundo mediterráneo. Convertida en una especie de centro de intercambio de las innovaciones orientales, desde las artes hasta la tecnología, Etruria sintetizó estos elementos y los transmitió a los romanos, quienes utilizaron este legado para construir primero una ciudad y luego un imperio.*




| ETRUSCO | LATIN | MODERNO |
|---|---|---|
| | Arretium | Arezzo |
| Felsina | Bononia | Bologne |
| Velsna, Velzna | Volsinii | Bolsena |
| Capeva | Capua | Capoue |
| | Castellum Axium | Castel d'Asso |
| Cisra | Caere | Cerveteri |
| Ceisna (?) | Caesena | Cesena |
| Clevsin | Clusium | Chiusi |
| | Falerii Veteres | Civita Castellana |
| | Spina | Comacchio |
| Curtun- | Cortona | Cortone |
| Vi (p) sul- | Faesulae | Fiesole |
| | Florentia | Florence |
| | Pithecusae | Ischia |
| Manuva | Mantua | Mantoue |
| Mutina | Mutina | Modène |
| Cusa | Cosa | Orbetello |
| | Urbs Vetus | Orvieto |
| Per (u) sna | Perusia | Pérouse |
| | Placentia | Plaisance |
| | Pompeii | Pompéi |
| Pupluna | Populonia | Populonia |
| | Graviscae | Porto Clementino |
| Rav (e) na | Ravenna | Ravenne |
| Arimna (?) | Ariminum | Rimini |
| Ruma (?) | Roma | Rome |
| | Rusellae | Roselle |
| | Punicum | Santa Marinella |
| | Pyrgi | Santa Severa |
| Saena (?) | Saena | Sienne |
| Sveama- | Suana | Sovana |
| Sudri, Suthri | Sutrium | Sutri |
| Tarchna | Tarquinii | Tarquinies |
| Veia | Veii | Véies |
| Vetluna | Vetulonia | Vetulonia |
| Surina (?) | Sorrina | Viterbe |
| Velauri | Volaterrae | Volterra |
| Velc, Velecha (?) | Vulci | Vulci |


Mantua
Piacenza
Río Po
Comacchio
Módena
Bolonia
Rávena
Marzabotto
MAR ADRIATICO
Cesena
Rímini
Fiésole
Florencia
Río Arno
MONTES APENINOS
TOSCANA
Arezzo
Volterra
Siena
Río Tíber
Cortona
Poggio Civitate
COLINAS METALÍFERAS
Perusa
LAGO TRASIMENO
Populonia
Chiusi
Vetulonia
Roselle
UMBRIA
Grosseto
Orvieto
Sovana
Bolsena
LAGO BOLSENA
Orbetello
Tuscania
Acquarossa
Vulci
Viterbo
Castel d'Asso
LAGO VICO
Norchia
Civita Castellana
Tarquinia
San Giovenale
Sutri
Porto Clementino
MONTES TOLFA
LAGO BRACCIANO
Santa Marinella
Santa Severa
Veio
Cerveteri
LACIO
Roma
MAR TIRRENO
CAMPANIA
Capua
Nápoles
Cumas
ISCHIA
Pompeya

los productos manufacturados. Tarquinia se enriqueció gracias a su exportación de utensilios de bronce. La cerámica y la metalurgia constituyeron la producción predominante de Caere. Y en parte alguna los escultores superaron las obras de los artesanos de Veies. Estos centros tendían a rivalizar entre sí, y cuando uno alcanzaba la cúspide de su producción, otro trataba de superarle.

No obstante, todo empezó por el metal. A lo largo de la evolución del poderío etrusco tuvieron gran importancia los recursos minerales del área comprendida entre los Montes Tolfa, al oeste del Lago Bracciano, y las célebres Colinas Metalíferas –las montañas ricas en minerales de Toscana–. De los yacimientos minerales de estas regiones se extraía cobre, plomo, hierro y estaño en grandes cantidades.

Pero ya a principios del siglo VI a. de C., los etruscos extraían también hierro de la isla de Elba, donde el mineral se encontraba en la superficie con tal abundancia que los etruscos creían que las minas se rellenaban por arte de magia tan pronto como era recogido el metal. Durante muchos años los etruscos fundieron el mineral en el lugar mismo de la extracción, pero finalmente acabaron por establecer una instalación fabril en tierra firme en Fufluna (Populonia). Esta ciudad, que anteriormente ya era un próspero centro etrusco de producción de bronce, situada en la proximidad de la actual Piombino, se encontraba frente al rico yacimiento de mineral de hierro de Elba, a sólo 11 km de distancia.

Hacia el 400 a. de C., Fufluna se convirtió en un importante centro industrial, el equivalente en su época de Pitsburgo o de Essen, siendo además la única ciudad etrusca que se levantaba en la costa, posición que en varias ocasiones fue considerada como demasiado vulnerable frente a un ataque enemigo. En sus tiempos de apogeo, Fufluna comprendía dos sectores: junto al mar se hallaba la zona industrial, con sus hornos, fraguas y fundiciones, su embarcadero para el mineral y su arsenal marítimo. En la zona alta de la ciudad, encaramadas sobre un alto promontorio y totalmente separadas del sector industrial, con sus humos y su olor a pescado, se levantaban las viviendas y los templos, así como también una torre desde la que los pescadores oteaban el paso de los bancos de atún. Los habitantes de la parte alta de Fufluna dominaban una vista espléndida del puerto, sumamente animado con sus mercaderes y con las grandes barcazas cargadas de mineral de hierro que iban y venían a lo largo de los 12 km escasos que separaban su promontorio de la isla de Elba.

La tarde caía sobre un incesante ir y venir de hombres que se dirigían a sus casas: metalúrgicos sucios de mugre y del humo de los hornos y de las fraguas, barqueros cubiertos de polvo de mineral y de salitre.

A lo largo de los desembarcaderos de Fufluna se amontonaban enormes pilas de hierro fundido y productos manufacturados para su exportación, así como también toneladas de mineral listo para ser fundido, procedente no sólo de Elba sino también de yacimientos próximos del interior. Nunca se sabrá con exactitud la cantidad de hierro que se llegó a extraer del mineral transportado a Fufluna. Montañas de escorias –el producto residual de los hornos de fundición– se acumularon en las proximidades de la ciudad; pero a raíz de la Primera Guerra Mundial, época en que escaseó el hierro en Italia, estos montones de escorias fueron explotados por obreros locales debido al mineral que todavía contenían. Los expertos han estimado que el peso original de estos montones de escoria debió alcanzar más de dos millones de toneladas, lo que indica que los etruscos de Fufluna y sus alrededores debieron extraer y trabajar de 10.000 a 12.000 toneladas de hierro anuales durante 400 años.

El hierro significó para Fufluna lo que el bronce para Tarquinia. Situada sobre un cerro a 8 km del mar y a unos 65 km al norte de Roma, Tarquinia llegó a la cumbre de su poderío económico ya a principios del siglo VII a. de C., cuando se convirtió en la ciudad etrusca más próspera e influyente. Hasta alrededor del 650 a. de C., Tarquinia –cuyos metalúrgicos fueron los mejores artesanos de la península italiana– dominó el país. Armas,

candelabros y otros objetos domésticos de bronce, figurillas y calderos profusamente decorados, fueron elaborados en gran cantidad por los talleres de Tarquinia, no sólo para uso propio, sino también para el comercio local y con destino a ultramar.

Hacia el año 650 a. de C., la supremacía económica pasó a la ciudad de Caere, situada algo al sur de Tarquinia. Aquí, en las proximidades de las minas de cobre, hierro y plomo de los Montes Tolfa, los artesanos de Caere alcanzaron un alto nivel, sobrepasando incluso a los de Tarquinia, y desarrollaron a su vez un intenso y floreciente comercio de objetos de oro y de una variedad especialmente fina de *bucchero,* la característica cerámica negra etrusca con brillo metálico *(página 63).*

A principios del siglo VI a. de C. la ciudad de Vulci, al norte de Tarquinia, alcanzó su máximo apogeo como centro artístico. Vulci ganó su fama gracias a la escultura en bronce y piedra, si bien los escultores más delicados de la Etruria arcaica procedían de Veies, a 20 km al norte de Roma. A finales del siglo VI a. de C. Veies poseía una floreciente escuela especializada en escultura de terracota, y se sabe de un famoso escultor, Vulca, el único artista etrusco del que se ha conservado el nombre a lo largo de los siglos; Vulca fue probablemente el autor del célebre Apolo de Veies *(página 103).* Vulca adquirió tanto renombre que fue llamado a Roma, la cual se había convertido por entonces en una ciudad, para realizar una estatua de Júpiter destinada al gran templo levantado en la colina del Capitolio.

Animados por la facilidad con que sus soldados reprimían toda oposición local y enriquecidos por los recursos naturales del país, por su habilidad y por el comercio, los etruscos irradiaron en todas direcciones desde su rico núcleo de origen en la Italia central. En el 600 a. de C. dominaban todo el litoral occidental de la península, desde Pisa a Roma, e incluso traspasaron el río Tíber para controlar gran parte de la actual región de Campania.

Establecieron una poderosa ciudad junto al río Volturno, en Capua, cerca de Nápoles, controlando de este modo parte del sur de Italia, hasta donde se ubica la actual Salerno. Pero en la zona de Nápoles entraron en conflicto con la poderosa colonia griega de Cumas, cuyos habitantes se resistieron a ser desalojados por estos pioneros venidos del norte. Finalmente los griegos lograron, por la fuerza, detener la expansión etrusca hacia el sur.

La última expansión etrusca se dirigió hacia el nordeste de su centro de origen. Hacia el año 550 a. de C. los etruscos consiguieron franquear la gran barrera de la cadena de los Apeninos para colonizar la llana y fértil región del Valle del Po y establecer una serie de ciudades a lo largo del litoral del Adriático, al sur de la actual Venecia. Unicamente las tribus belicosas vénetas situadas en el extremo nordeste resistieron con firmeza a los etruscos; no obstante, y desde sus ciudades costeras, los etruscos lograron dominar el Adriático, como lo habían hecho en el mar Tirreno.

Por fortuna para los estudiosos de la historia y las humanidades, a medida que los etruscos alcanzaban poderío y riqueza, los tesoros de Etruria fueron acumulándose en las tumbas de sus personajes más poderosos, a modo de objetos domésticos y armamento de uso personal para la eternidad. Precisamente a partir de las detalladas pinturas murales y de los ricos ajuares de sus sepulturas se ha podido obtener la mayor parte de los conocimientos de que hoy disponemos acerca de su civilización. La vasta extensión de sus necrópolis en torno a sus ciudades proporciona una imagen viva del pueblo etrusco, tal como eran en vida; no sólo como constructores de ciudades, guerreros y comerciantes, sino como un pueblo atractivo y alegre, con exquisitos gustos y una marcada predilección por la buena vida.

Uno de los hallazgos más valiosos en este aspecto, cuyo contenido forma el núcleo principal del Museo Gregoriano Etrusco del Vaticano, lo constituye la llamada Tumba Regolini-Galassi, hallada cerca de las ruinas de Caere *(páginas 47-55).* Data aproximadamente del año 650 a. de C.

y su nombre actual se debe al extraño consorcio establecido entre un sacerdote y un militar –el padre Alessandro Regolini y el general Vincenzo Galassi–, quienes, llevados de un común entusiasmo por la arqueología, excavaron la tumba en 1836.

Esta sepultura formaba parte de una media docena de tumbas situadas bajo los restos de un gran túmulo de tierra rodeado por dos muros de tufa, de los cuales el exterior medía más de 45 m de diámetro. Cinco de estas sepulturas, situadas en la periferia del túmulo y construidas en fecha posterior, habían sido ya saqueadas antes de que el padre Regolini y el general Galassi empezaran a explorar el sector central más antiguo. Ahí descubrieron una sepultura intacta, cuyo acceso consistía en un largo dromos en declive, o corredor, detrás del cual se hallaba la cámara central, un espacio semejante a un corredor de 7,30 m de longitud por 1,20 m de anchura. La parte inferior del dromos y de la cámara central habían sido cavados en la tufa y las paredes superiores, construidas de grandes sillares cuadrados de tufa, estaban dispuestas en saledizo formando una bóveda cerrada. Cerca de la entrada de la cámara central se abrían a izquierda y derecha dos compartimientos ovales.

A lo largo del dromos los excavadores descubrieron el primero de una serie de tres enterramientos: los huesos pulverizados de un guerrero depositados sobre un lecho de bronce. Junto al lecho se encontraba un carro funerario de cuatro ruedas. Cerca de éste había una espada de hierro y diez jabalinas de bronce; ocho escudos circulares de bronce (evidentemente con fines ornamentales, dado que eran demasiado endebles para ser usados en combate) colgaban de una pared del dromos. El resto del ajuar del guerrero –que se extendía a otro compartimiento– consistía en calderos de bronce, morillos de bronce y hierro, un incensario de bronce provisto de ruedas y discos de bronce decorados con grifos.

El compartimiento de la derecha contenía un único objeto: una gran urna de cerámica acanalada provista de una tapadera abombada rematada por una figurilla de caballo sin cabeza; contenía las cenizas de un personaje, probablemente un pariente de los nobles personajes enterrados en las proximidades.

Pero los hallazgos más sorprendentes se encontraban en la cámara central y pertenecían a una noble dama etrusca. Grabado en el servicio de mesa, compuesto de copas de plata y cuencos, figuraba el nombre de Larth, acaso el marido de esta dama. Esparcido alrededor de los restos óseos y aplastado por los cascotes desprendidos del techo se encontraba un tesoro de oro macizo. La pieza más espectacular era una fíbula o broche de oro de más de 30 cm de alto *(página 55)*. Otros objetos consistían en un ornamento de oro macizo semejante a un pectoral, largas arracadas de oro, brazaletes y collares. Los restos de la mujer aparecían mezclados con un montón de pequeñas placas de oro, que en su día debieron formar parte de un vestido, cosidas sobre un entramado descompuesto. Y junto a la mano, para que pudiera entretenerse en el otro mundo, se encontraron cinco pares de dados de marfil.

A la vez que confirma la enorme prosperidad alcanzada por los etruscos, el ajuar de la Tumba Regolini-Galassi proporciona la prueba de que Etruria estuvo desde sus inicios fuertemente influenciada por las culturas del Mediterráneo oriental. Entre los objetos exhumados se encontraban materiales –marfil, oro y ámbar– que tuvieron que ser importados del Próximo Oriente. Y numerosos objetos de fabricación local muestran una gran influencia oriental, con motivos al estilo de Egipto, Mesopotamia y Oriente. Por supuesto, aparecen objetos de fabricación oriental y griega en algunas sepulturas etruscas más arcaicas que pueden situarse entre el 750 y el 700 a. de C.

Pero, al parecer, nada entusiasmó tanto a los etruscos como las obras griegas o las ejecutadas por artesanos formados en Grecia. Los etruscos estaban tan prendados de las obras de arte de Grecia, que las sepulturas fechadas en el período de su máximo esplendor, entre el 600 y el 400 a. de C., han proporcionado a la posteridad más cerámica griega que la misma Grecia.

*(Continúa en la página 22.)*

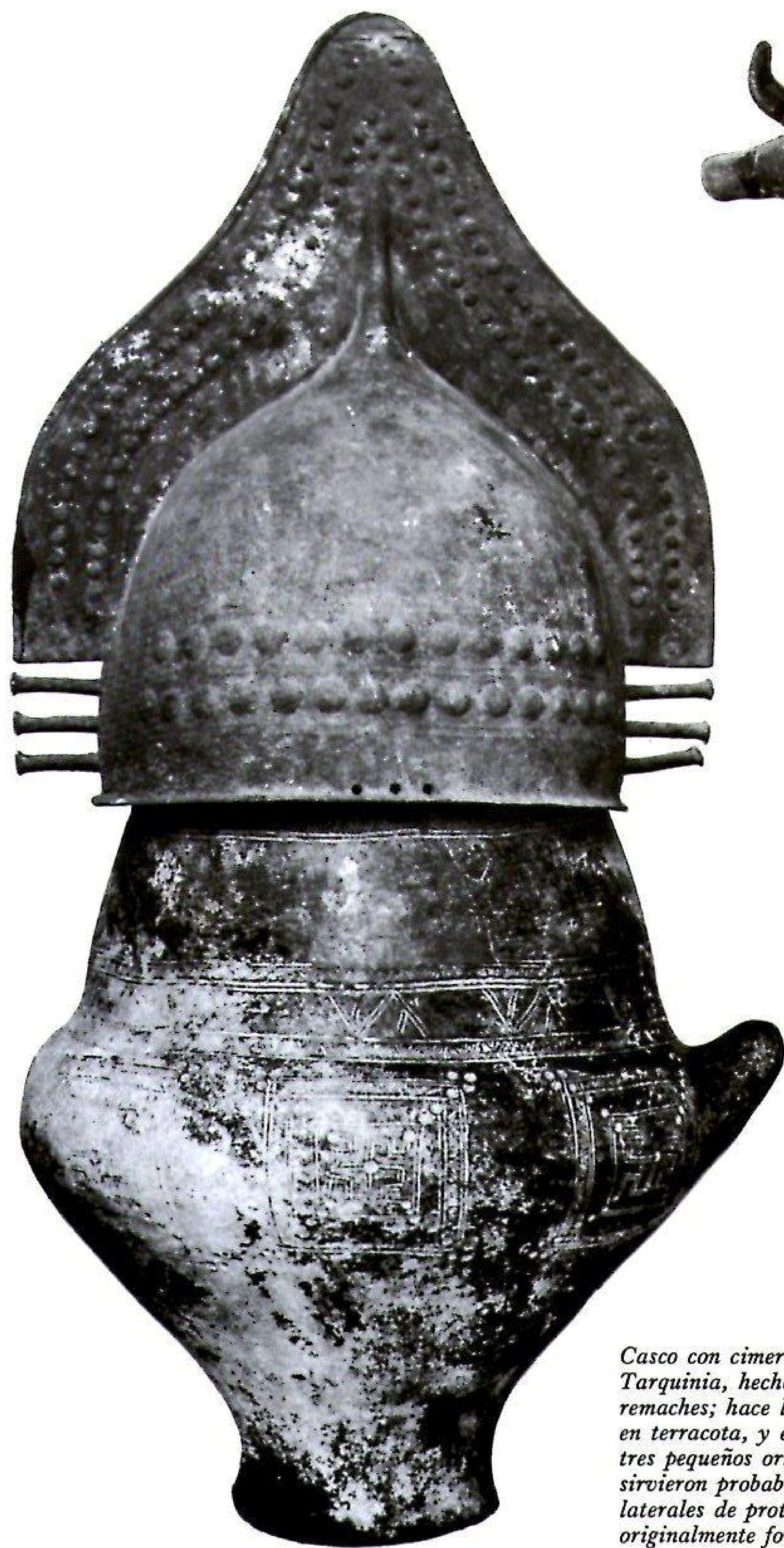
# Los primeros habitantes del territorio

Los primitivos habitantes, conocidos como villanovianos –nombre que deriva de una rica localidad arqueológica cerca de la moderna Bolonia–, fueron los inmediatos predecesores de los etruscos en la tierra que luego pasaría a ser Etruria. Por supuesto, no puede decirse pura y simplemente que los villanovianos fuesen los antepasados de los etruscos; como quiera que sea, los científicos saben muy poco sobre la filiación del pueblo etrusco. De todos modos, los villanovianos constituyeron la base de la civilización etrusca, que supo perpetuar y perfeccionar muchos de sus talentos, costumbres y creencias.

Alrededor del siglo VIII a. de C. ya existían en la Italia central vestigios de pequeños grupos de cabañas villanovianas. Aun cuando se trataba sobre todo de agricultores, los habitantes eran sumamente hábiles en la fabricación de cerámica y en el trabajo de los metales; ellos crearon algunas de sus mejores obras para preservar las cenizas de sus muertos, como los etruscos harían más tarde *(páginas 89-91)*. El material descubierto en estas tumbas ha permitido que los arqueólogos reconstruyeran muchos e importantes elementos característicos del modo de vida de los villanovianos.



*Urna cineraria de terracota de Vulci del siglo VIII a. de C., en forma de cabaña circular, que viene a ser una reproducción de la vivienda del difunto. Este objeto, de 33 cm de altura, muestra varios detalles de una casa villanoviana: vigas entrecruzadas que forman el techo, un orificio sobre la puerta para la salida de humos, el techo circular ribeteado de un motivo ornamental uniforme y la puerta y las paredes vistosamente decoradas con motivos geométricos.*





*Destinado probablemente a ceremonias y libaciones rituales, este curioso recipiente de terracota de 15 cm reproduce el cuerpo redondeado de un ave con cabeza de toro. El cuerpo zoomorfo está cubierto de motivos incisos y sobre el dorso cabalga un guerrero con su montura. La posición del guerrero da a entender que los villanovianos del siglo* VII *a. de C. fueron unos excelentes jinetes.*

*Casco con cimera del siglo* VIII *a. de C. procedente de Tarquinia, hecho de láminas de bronce batido acopladas con remaches; hace las veces de tapadera de una urna funeraria en terracota, y el conjunto mide unos 60 cm de altura. Los tres pequeños orificios situados en el borde inferior del yelmo sirvieron probablemente para sujetar la mentonera o placas laterales de protección del guerrero y para fijar el tejido que originalmente forraba el interior del casco.*



*Dos líneas concéntricas de pequeñas figuras decoran la tapadera y el borde de este vaso de bronce de 30 cm de alto del siglo* VIII *a. de C. descubierto en Bisenzio. Como prólogo a las danzas que precedían a las batallas y que llegaron a ser una costumbre etrusca, estas figuras villanovianas parecen moverse al unísono en torno a un animal encadenado –acaso un mono o un oso– en el curso de una ceremonia propiciatoria antes de la caza. Un hombre pica a un toro de largos cuernos; otros llevan armas o golpean sus escudos cual címbalos.*

Otras sorprendentes pruebas de las preferencias artísticas de Etruria fueron descubiertas en 1969 y en 1970 a raíz de una excavación realizada cerca de Tarquinia. La excavación, dirigida por el arqueólogo italiano Mario Torelli, fue iniciada en un principio para localizar el puerto romano de Graviscae, junto a la desembocadura del río Marta. Los arqueólogos exploraron primordialmente los restos romanos, pero a su vez descubrieron –en parte por debajo del yacimiento romano y en parte junto a él– un extenso puerto etrusco.

Lo que más sorprendió a los arqueólogos, sin embargo, fue comprobar que, hacia el 500 a. de C., una colonia de comerciantes griegos se había instalado en el puerto en convivencia con los etruscos. En un extremo de la ciudad aparecieron los restos de un templo griego y un recinto sagrado dedicado a las diosas griegas Hera, Deméter y Afrodita. De sus ruinas se extrajeron más de 1.500 lámparas votivas de aceite, todas ellas importadas de Grecia y ennegrecidas por el uso. Así mismo aparecieron bellos vasos griegos en algunos de los cuales figuraban inscripciones griegas.

El hallazgo más excepcional fue el de una piedra grabada de 1,35 m de altura, que en su día había formado parte de un monumento funerario piramidal. Representaba al dios griego Apolo y contenía el siguiente mensaje: "Pertenezco a Apolo de Egina. Sóstratos me hizo." La referencia nos traslada directa y sorprendentemente al mundo de la historia escrita: el historiador griego Heródoto menciona en el siglo V a. de C. a un antiguo griego llamado Sóstratos, de la isla de Egina, al que describe como uno de los mercaderes más prominentes de todos los tiempos, un personaje cuyos intereses comerciales abarcaron desde la misma Egina hasta países tan lejanos como la Península bérica.

Pero los griegos no fueron los únicos grandes navegantes que figuraron en lugar prominente en la vida etrusca. Las fuentes clásicas refieren que los etruscos mantuvieron relaciones también con otra gran potencia marítima de la época: Cartago, en el norte de Africa. El vínculo que unía a estos dos pueblos carecía del elemento estético –sobre todo el gusto por las delicadas obras de arte– que caracterizó la afinidad de caracteres entre los etruscos y los griegos. En lo que respecta a Cartago, cuyas gentes sobresalieron más como comerciantes y guerreros que como artistas, las relaciones fueron estrictamente de carácter práctico. Heródoto escribió acerca de una alianza firmada entre las dos potencias; Aristóteles, que examinó la yuxtaposición de los vínculos comerciales y los tratados de defensa mutua en su *Política,* menciona el pacto entre los tirrenios y los cartagineses como un primer ejemplo de acuerdo político de este tipo.

El pacto vino reforzado por la presencia de un enemigo que tanto los etruscos como los cartagineses querían eliminar. Ironía del destino, pues se trataba de una banda de griegos; de hecho, colonos establecidos en la isla de Córcega, desde la que realizaban incursiones navales para interceptar los mercantes etruscos y cartagineses. En torno al 535 a. de C., la flota de la ciudad de Caere se alió con los marinos cartagineses y libraron batalla, con lo que expulsaron a los griegos de Córcega. Estos molestos griegos sucumbieron y se les arrebató la isla. Los etruscos pasaron a dominar Córcega y los cartagineses, de mutuo acuerdo, hicieron lo propio en la vecina Cerdeña.

La prueba de la alianza entre Etruria y Cartago fue hallada en 1964 en Pyrgi, el puerto de la ciudad de Caere. En el recinto del santuario, los arqueólogos descubrieron tres finas láminas de oro *(página 41)* dobladas a modo de cartas a punto de ser introducidas en sobres. Dos de ellas llevaban inscripciones en lengua etrusca, y la otra en fenicio, una lengua cartaginesa. Escritas hacia el año 500 a. de C., sus análogos textos hacen referencia a la dedicación por parte del príncipe de Caere de un altar a una diosa a la que los cartagineses veneraban como Astarté y los etruscos como Uni. El hecho de que las láminas contengan el mismo texto en ambas lenguas demuestra la presencia en Pyrgi de por lo menos una reducida colonia de cartagineses; las dos lenguas debían de usarse

para mejor comprensión de la totalidad de sus habitantes. Poco después del 500 a. de C. las láminas de oro fueron sacadas de sus monturas originales en los muros del santuario, dobladas y luego enterradas, probablemente para preservarlas del saqueo de alguna fuerza enemiga. Fueron hallados veintinueve de los pequeños clavos con cabeza de oro que en su día las fijaban en su lugar: estaban cuidadosamente depositados entre los pliegues. Gracias a que fueron escondidos, estos preciosos documentos han logrado sobrevivir milagrosamente.

Los especialistas no acaban de comprender cómo los etruscos llegaron al mar desde sus centros del interior. Su única gran ciudad situada directamente junto al mar fue el gran centro metalúrgico de Fufluna. A lo largo de todo el litoral tirrénico, por el cual navegaron con tanto éxito, sólo existe hoy en día un desembarcadero que un marino moderno consideraría seguro: una bahía protegida situada aproximadamente a medio camino entre la antigua Fufluna y Tarquinia. En el resto del litoral soplaban vientos traicioneros para la navegación; el mar choca contra los escollos sumergidos y contra largos bancos de arena, y cuando el tiempo es tormentoso, los navegantes prefieren retroceder antes de enfrentarse a un desastre seguro. Es evidente que las naves etruscas se vieron forzadas a hacer lo mismo.

Además, en época romana, grandes extensiones del litoral, desde Caere a Tarquinia y más al norte, eran pantanosas y se las consideraba insalubres a causa de lo que los romanos denominaban *gravis aer,* el mal aire. El término implica que la malaria pudo muy bien constituir una epidemia frecuente. Desde la era cristiana hasta el Renacimiento, esta región se mantuvo deshabitada a causa de este azote. ¿Cómo lograron los etruscos habitar esta zona o navegar por ella?

La fotografía aérea y estudios de arqueología submarina muy perfeccionados realizados recientemente *(páginas 147-153)* nos dicen que el contorno geográfico del litoral tirrénico ha sufrido importantes modificaciones desde la época de los etruscos. Por entonces junto a las desembocaduras de los ríos existían grandes lagunas naturales, alguna de las cuales se comunicaba con el mar por medio de canales a través de los cuales las naves podían ser fácilmente maniobradas con la corriente baja. En algún momento anterior a la época romana, ya en plena decadencia de los etruscos, las entradas y salidas de estas lagunas fueron obstruidas por tierras procedentes de las colinas próximas, que por entonces ya estaban desprovistas de vegetación, y estas lagunas se convirtieron en marismas, habiendo permanecido en este estado hasta que, en el siglo XX, vastos trabajos de drenaje las transformaron, no ya en lagunas, sino en tierras de cultivo.

En época antigua el hombre era impotente para hacer frente a las transformaciones de la tierra por la acción del mar. Pero los etruscos fueron sumamente hábiles para luchar contra los elementos en tierra; eran buenos ingenieros hidráulicos. Aprendieron a hacer frente al doble problema de la erosión y de las inundaciones, particularmente graves en las tierras escarpadas del sur de Etruria. Las mismas corrientes de agua que erosionaron las llanuras de tufa sobre las cuales se levantaban sus ciudades tenían que ser contenidas a su vez para evitar la destrucción de las calzadas etruscas y la inundación de sus campos. La solución consistió en abrir una intrincada serie de canalizaciones subterráneas que los romanos llamaron *cuniculi (páginas 128-129).* Estos conductos canalizaban y encauzaban las aguas superficiales; eran lo bastante profundos como para que un hombre pudiese estar de pie, tenían una anchura aproximada de 45 cm y presentaban numerosas aberturas en la superficie en forma de pozo que facilitaban el acceso de los obreros etruscos. Habiendo así dominado y encauzado las aguas procedentes de las torrenteras, los cuniculi permitían desviarlas de unas áreas que de lo contrario hubieran quedado anegadas y con ello inaprovechables. Este procedimiento dio lugar a la creación de campos de cultivo en zonas donde nunca habían existido anteriormente. En localidades etruscas situadas al noroeste de Roma se han podido localizar más

de 45 km de cuniculi, 25 de ellos solamente en Veies y sus contornos.

En las proximidades de la ciudad de Veies se encuentra otra notable muestra de la ingeniería etrusca: una red sumamente eficaz de caminos, ganados a la tufa, transitables en todo tiempo. En Vulci los etruscos aplicaron su ingenio en la construcción de puentes. Sobre el pequeño riachuelo Fiora existe una construcción elevada de un solo arco; los romanos construyeron este puente sobre los mismos cimientos etruscos.

Toda esta habilidad técnica benefició en último término a la naciente Roma, que alcanzó su máximo esplendor bajo una serie de gobernantes etruscos. Menos de 100 años después que el primero de ellos subiese al trono romano hacia finales del siglo VII a de C., los etruscos ya habían transformado una serie de poblados amorfos en verdaderas ciudades enclavadas a lo largo del Tíber. Allí donde encontraron cabañas dejaron templos; sanearon la zona pantanosa en la que un día se levantaría el Foro romano; y pusieron los cimientos del primer sistema de cloacas de la ciudad cuyo conducto central, la Cloaca Maxima, subsiste aún en nuestros días.

Introdujeron en Roma un instrumento griego de agrimensura *(página 125)* denominado *groma* en latín. Este aparato llegaría a tener un valor incalculable para aquellos hombres que en su día serían los más famosos ingenieros y urbanistas del mundo antiguo.

La historia de Roma, que gira en torno a su fecha tradicional de fundación, el año 753 a. de C., está aureolada por las leyendas. Las figuras de Rómulo y Remo, hermanos gemelos engendrados, según dijo su madre, por el dios Marte, predominan de forma harto dramática sobre esta tradición. Condenados a muerte por un monarca envidioso –tío de su madre–, según la leyenda los gemelos fueron abandonados poco después de su nacimiento en las riberas del Tíber, donde fueron descubiertos por una loba benévola que los amamantó hasta que fueron hallados por un pastor, el cual los recogió, los llevó a casa y los entregó a su mujer. Cuando los gemelos hubieron crecido, cada uno de ellos, con sus propios partidarios, luchó en defensa del derecho a fundar la ciudad; Remo fue asesinado por los partidarios de su hermano, con lo que Rómulo pasó a ser el fundador de Roma.

Una vez descartadas estas y otras leyendas sobre los reyes y héroes que se fueron sucediendo, un personaje etrusco sobresale como la primera personalidad histórica de Roma. Los romanos le llamaron Lucio Tarquinio –su nombre original se ha perdido– y era hijo de un acomodado refugiado griego de Corinto llamado Demaratus. Probablemente inició su vida como residente de la ciudad etrusca de Tarquinia, donde contrajo matrimonio con una noble dama etrusca llamada Tanaquil. Según la versión de Livio, Tarquinio se trasladó a Roma, donde llegó a coronarse rey en el año 616 a. de C. y fundó la dinastía de los Tarquinios, que debía prolongarse durante más de un siglo.

No está suficientemente claro cómo este súbdito extranjero llegó a alcanzar el trono. En su historia de Roma, Tito Livio dice que se ganó la amistad del monarca reinante, que era generoso con su dinero y que tenía siempre "una palabra amable". Según Tito Livio, fue "el primer personaje que se preocupó personalmente de reunir votos y el primero en pronunciar una arenga pública para ganarse el apoyo popular". Seguramente encontró en Roma pequeños grupos de comerciantes etruscos y de compatriotas inmigrantes dispuestos a apoyarle.

Es igualmente posible que Tarquinio se apoderara del trono por la fuerza. Acaso fue un aventurero que disponía de una pequeña tropa. Es más que probable que esta clase de bandas existieran ya en tiempos etruscos, ofreciendo sus servicios a diversas ciudades a cambio de una paga. Es igualmente posible que por algún motivo que ignoramos hubiese sido llamado a Roma junto con su tropa y, una vez terminada su gestión militar, decidiera quedarse allí.

A Tarquinio le sucedió su yerno Servio Tullio, que probablemente también era etrusco; pueden haber existido

*Moneda de bronce del siglo* III *a. de C. acuñada en Fufluna; conmemora la poderosa industria metalúrgica de la ciudad simbolizada por un martillo y unas tenazas. Las cuatro bolas estampadas entre estos instrumentos indican el valor de la moneda. Fufluna se convirtió en un importante centro metalúrgico en el siglo* VII *a. de C., dedicándose en un principio a la producción de cobre y bronce, y más tarde a la extracción de hierro. Cuando esta moneda fue acuñada, Fufluna era el primer centro de fundición de Etruria.*



escritores romanos que para salvar las apariencias describieron a Servio Tullio –como efectivamente lo hizo alguno– como un "latino" *(página 27)*. El sucesor de Servio fue Tarquinio el Soberbio, apellido que procede de su arrogancia. Según la tradición, la dinastía se extinguió porque el hijo del Soberbio, el tiránico e impúdico Sexto, raptó a Lucrecia, una virtuosa dama romana que se suicidó para expiar su deshonra. El Soberbio había sido odiado durante mucho tiempo por su forma tiránica de proceder, y esta última ofensa dio lugar a una revuelta que expulsó a los Tarquinios de Roma en el 509 a. de C. e inició la hostilidad entre romanos y etruscos.

Hasta aquí la tradición heroica de Roma. La fase siguiente está dominada por la presencia de héroes guerreros en ambos lados; el soldado romano Horacio, por una parte, y su homólogo etrusco, Lars Porsenna. La historia de su violento encuentro ha sobrevivido más de 2.000 años, reforzada por la romántica obra *Lays of Ancient Rome,* de Thomas Babington Macaulay. De él es el célebre verso que describe cómo Horacio se enfrenta al ejército de Lars Porsenna en el puente:

> Cortad el puente, señor cónsul,
> lo más rápidamente posible;
> yo, con dos compañeros que me ayuden,
> mantendré a raya al enemigo.

Lars Porsenna, que lanzó su ataque contra Roma, gobernaba en la ciudad etrusca de Clusium, que en los mapas modernos aparece como Chiusi. La lucha se inició en el primer puente sobre el Tíber, el Pons Sublicius, una estructura de madera que en realidad podía ser fácilmente demolida. La historia prosigue diciendo que Horacio resistió en el extremo del puente, mientras sus compañeros lo destruían. Cuando finalmente el puente se desmoronó, Horacio penetró en el Tíber y ganó a nado la orilla romana con todas sus armas.

Según Tito Livio, Lars Porsenna procedió entonces a sitiar Roma, pero, impresionado por el valor demostrado por sus defensores, optó por proponer la paz. Otros historiadores romanos, Tácito entre ellos, se oponen a Livio y afirman que Lars Porsenna llegó a tomar Roma, hecho confirmado por los estudiosos modernos. La victoria alcanzada por Lars Porsenna le convirtió en otro gobernante etrusco con suficiente poderío para imponer su voluntad a la ciudad.

No obstante, el dominio de los etruscos sobre Roma terminó definitivamente en el 506 a. de C., cuando las fuerzas etruscas conducidas por el hijo de Lars Porsenna fueron rechazadas hacia Arizia, al sur de Roma, por soldados latinos ayudados por los griegos.

Cualquiera que haya sido la duración de su dominio sobre Roma, los etruscos legaron una herencia consistente en arte, arquitectura, costumbres, indumentaria, organización social y militar y religión; legaron el empleo cívico-religioso de los augures para predecir las condiciones

más favorables, desde la fundación de ciudades hasta la guerra e incluso todo tipo de empresas.

De los etruscos proceden también los atributos de la autoridad temporal: la *sella curulis,* una silla plegable con patas curvadas y sin respaldo que pasó a ser el asiento de los magistrados, así como también los fascios, manojo de tallos sujetos alrededor de un hacha central que simbolizan el poder del soberano para flagelar o ejecutar. Este último objeto ha pasado a ser un célebre símbolo en el siglo XX, cuando Mussolini lo adoptó como emblema de su propio partido. Otra de las herencias etruscas fue el "triunfo"; en su versión romana consistía en una ceremonia por la cual un general victorioso penetraba en la ciudad con todo esplendor de pie sobre un carro, encabezando un desfile de soldados y de prisioneros que se dirigía a ofrecer sacrificios de agradecimiento a los dioses de la colina del Capitolio.

Los etruscos crearon en beneficio de Roma la gloria imperecedera de la colina del Capitolio. Antes de la subida de los Tarquinios al trono de Roma, nadie había valorado esta colina. Pero los reyes etruscos la eligieron para levantar en ella un gran templo dedicado al principal dios de la ciudad, Júpiter, que los etruscos equipararon a su propio dios Tinia; dicho santuario también rindió homenaje a las diosas romanas Juno y Minerva, cuyos homólogos etruscos eran Uni y Menrva.

De este modo la modesta colina se convirtió en el corazón religioso y político de la República romana, y posteriormente del Imperio. Dos milenios y medio más tarde, el Capitolio, actualmente denominado el Campidoglio, constituye todavía el centro del gobierno municipal de Roma. Fue en el Campidoglio en donde los ministros de Asuntos Exteriores de los países de Europa se congregaron en marzo de 1957 para suscribir los convenios de creación del Mercado Común, la primera tentativa con miras a la unificación europea llevada a cabo desde el período de 200 años de la Pax Romana, que terminó en el 180 d. de C.

A pesar de todo ello, Roma dista mucho de ser el lugar donde se conserva más vivo el recuerdo de la grandeza de Etruria. Es en Toscana, más hacia el norte, donde la presencia de los etruscos se acusa aún hoy de manera destacada. No puede asegurarse si se trata de simple coincidencia o de si hay algo que flota en el ambiente o se halla en el agua, pero el hecho es que existen indicios de la lengua etrusca en el dialecto italiano utilizado en Toscana, por ejemplo el sonido aspirado de la "c" toscana, que se pronuncia como si fuese una "h" aspirada.

El escritor inglés D. H. Lawrence, que visitó las tumbas y museos de Etruria a principios del siglo XX, también se da cuenta del reflejo del mundo etrusco en la Italia actual: "El italiano de nuestros días es más etrusco que romano: es sensible, retraído, amante de los símbolos y de los misterios, capaz de deleitarse con las cosas más insignificantes, violento en sus accesos y carente totalmente de rigor o de fuerza de voluntad."

# En homenaje a los héroes de Vulci

El chauvinismo de los cronistas romanos les llevó a silenciar el hecho de que algunos de sus reyes fuesen de origen etrusco. Un caso típico es el de Servio Tullio, monarca de Roma en el siglo VI a. de C. Según los textos latinos, Servio pudo haber sido el hijo de una esclava romana o de un noble cautivo, pero en ningún caso etrusco de nacimiento.

El origen etrusco de Servio Tullio no fue confirmado hasta 1857, cuando Alessandro François, florentino de origen francés, descubrió unos frescos en una tumba de Vulci. Los personajes de estas pinturas y los nombres que aparecen junto a ellos, combinados con informaciones de otras procedencias, demostraron que Servio Tullio procedía de Vulci y que su nombre original era Mastarna.

Las pinturas de la llamada Tumba François de Vulci fueron encargadas hacia el siglo III a. de C., probablemente por el rico etrusco que figura a la derecha; la fecha coincide aproximadamente con la caída de Vulci ante el empuje de Roma. De acuerdo con todo ello, puede deducirse que las pinturas venían a constituir el recuerdo del período triunfal en que los etruscos ocuparon el trono de Roma.



*En este antiguo retrato a tamaño natural de un etrusco, un pintor anónimo quiso perpetuar los rasgos de su benefactor, el cual aparece junto a un sirviente enano que lleva un halcón de caza. El amo, llamado Vel Saties, encargó al mismo artista la reproducción de un pasaje de la historia etrusca que aparece en las páginas siguientes.*

*Cortesía de los herederos Torlonia*



*Caelio Vibenna (a la izquierda) extiende sus manos atadas para que Mastarna le libere cortando las ataduras con una espada; bajo el brazo izquierdo de Mastarna aparecen una vaina vacía y otra espada, destinadas a rearmar a Caelio. Esta pintura fue partida verticalmente en dos fragmentos cuando los frescos fueron trasladados a Roma en 1862.*

## Liberación arriesgada y rápida venganza

La versión del historiador Tito Livio sobre el acceso de Servio Tullio al trono de Roma *(página 68),* según la cual un muchacho de origen incierto fue adoptado por una reina intrigante y elegido por el destino para llevar a cabo hechos portentosos y sobrenaturales, no deja de tener cierto carácter de leyenda. Las pinturas de la Tumba François nos dan una versión mucho más directa al describir la lucha entre los hombres de Vulci y sus enemigos. Al combinar todo ello con las referencias de la literatura clásica y con los hallazgos arqueológicos, las pinturas describen de una manera convincente la conquista llevada a cabo por un pueblo que se hallaba en la cumbre de su poder.

Los sucesos representados en estos frescos se sitúan en el siglo VI a. de C., es decir, 300 años antes de la fecha en que fueron encargadas las pinturas. En aquel tiempo, las tropas dirigidas por Mastarna de Vulci, aliadas a las de dos hermanos de la región, Caelio y Aulo Vibenna, lucharon contra una coalición formada por Roma y otras ciudades etruscas. Cuando los romanos se apoderaron de Caelio, Mastarna y Aulo se precipitaron en su auxilio; más tarde, Mastarna, que había adoptado el nombre de Servio Tullio, se apoderó del trono de Roma y reinó "para la mayor gloria del Estado", según la versión del emperador e historiador Claudio, del siglo I d. de C.



*Sujetando por el cabello a su enemigo derrotado, un soldado de Vulci remata a un oficial romano, cuyo nombre le identifica como miembro de la familia real. Poco tiempo después de su victoria en la batalla, Mastarna marchó a Roma, adoptó un nuevo nombre y se convirtió en rey; es discutible si se hizo con el poder para asegurar su conquista o si en realidad se debió a prolongadas maniobras políticas posteriores a su victoria.*

*En esta escena viva y compleja, tres héroes de Vulci triunfan sobre sus adversarios. Junto a la cabeza de cada personaje, tanto vencedores como vencidos, aparece escrito su nombre, así como la ciudad de origen de cada una de las víctimas. Estas últimas corresponden a las ciudades etruscas de Volsinii, Suana y Falerii Veteres, lo que confirma que Vulci llegó a estar en guerra contra una coalición de estas ciudades, así como contra Roma, por lo que la ciudad tenía buenas razones para mostrarse orgullosa de su victoria. El hombre situado más a la derecha es el hermano de Caelio.*





# Capítulo segundo: Sobre la pista de un pueblo misterioso



Los escritores del mundo antiguo rodearon siempre de un halo de misterio a los etruscos. En cuanto a los escritores modernos, incluso los que sienten mayor admiración, se ven forzados a veces a usar la palabra "misterioso" o "enigmático". El enigma radica en dos problemas estrechamente relacionados entre sí; en primer lugar respecto a los orígenes de los etruscos: ¿se trataba de gentes llegadas a Italia expulsadas de algún otro país o bien eran indígenas italianos, algo así como una nueva generación sofisticada nacida de antepasados más primitivos y más rudos? En cuanto a la segunda cuestión, es tan importante que si se llegara a resolver arrojaría luz sobre la primera: ¿cuál era su lengua? La búsqueda de soluciones nos conduce a través de una embrollada trama que presenta características contradictorias: literarias, arqueológicas, lingüísticas...

En la misma época en que vivían los etruscos, el historiador griego Heródoto, que escribió en el s. V a. de C., zanjó la cuestión del origen de una vez por todas. Retrocediendo unos ocho siglos, Heródoto afirmó que los etruscos procedían de Lidia, una nación muy antigua en la región occidental del Asia Menor central. Su contundente e inequívoca descripción decía:

"Se supone que una plaga de hambre asoló todo el territorio de Lidia; durante algún tiempo los lidios continuaron llevando su nivel de vida normal, pero como la plaga, en vez de disminuir, fue en aumento, el rey dividió el país lidio en dos grupos y echó suertes acerca de cuál de estos grupos debía permanecer en el país y cuál tenía que abandonarlo. Los lidios que se vieron obligados a abandonar el país emigraron a Esmirna; construyeron naves y cargaron estas naves con todos sus efectos personales; emprendieron luego rumbo desconocido en busca de un nuevo país hasta que, después de haber recorrido las costas de muchos países, fueron a parar al país de los umbrios, donde fundaron ciudades en las que todavía siguen viviendo."

El historiador dejó situados así a los inmigrantes en la costa occidental de Italia, en el mismo corazón del país etrusco. Debido a que Heródoto tenía fama de seriedad científica y a que vivió y escribió en tiempos en que los etruscos habían ya alcanzado la cumbre de su poderío, su descripción acerca de una patria etrusca con origen en Asia Menor fue aceptada sin discusión por la mayor parte de los escritores clásicos posteriores. Séneca, el filósofo romano, estaba de acuerdo con la tesis de Heródoto cuando escribió que "Asia reivindica a los etruscos como propios" y Estrabón, Virgilio, Horacio, Plutarco y Cicerón mostraron una marcada tendencia a emplear indistintamente las palabras lidio y etrusco.

Heródoto quedó incontestado por espacio de más de 400 años, pero posteriormente, poco antes del nacimiento de Cristo, otro historiador, Dionisio de Halicarnaso, formuló una teoría opuesta. Dionisio era un súbdito griego domiciliado en Roma y parecía tener un interés particular en el asunto. Su época coincidió con una súbita expansión de los escritos históricos, la mayor parte de los cuales estaban dedicados a ensalzar la gloria de Roma sin preocuparse demasiado de los hechos reales. Los más célebres propagandistas de la época hacían remontar el origen de Roma a Eneas, el héroe troyano de la Eneida de Virgilio; no obstante, Dionisio se las arregló para demostrar que todo lo romano, bueno o malo, tenía su origen en Grecia; pero la contribución cultural aportada por los etruscos, tan radicalmente diferentes de todo el mundo conocido tanto en la lengua como en las costumbres, no podía encajar en la construcción histórica de Dionisio.

*La rugiente Quimera –un animal fantástico con cuerpo de león, cola en forma de serpiente y con una cabeza de cabra que emerge del dorso– fue descubierta hace más de 400 años cerca de Florencia, donde había permanecido oculta por espacio de dos milenios. El hallazgo de este bronce de 75 cm de altura contribuyó a estimular el interés de los científicos por el rico pasado etrusco. Los especialistas han podido determinar que la inscripción que figura sobre la pata anterior derecha del animal hace referencia al principal dios etrusco, Tinia, pero la mayor parte de la lengua de este misterioso pueblo es todavía desconocida.*

¿Cómo, entonces, podía justificarse su presencia y su raíz extranjera? Dionisio salió al paso del problema alegando simplemente que los etruscos no habían emigrado de parte alguna, sino que se trataba de un pueblo indígena itálico y además bárbaro (palabra que en los tiempos de Dionisio significaba no solamente no ser griego, sino tratarse de un ser inferior).

Sabiendo que su teoría apuntaba en un sentido contrario al del más distinguido historiador del mundo clásico, Dionisio reforzó su teoría mediante observaciones personales acerca de los lidios de su tiempo. Hizo notar que los etruscos "no hablan la misma lengua que los lidios, no adoran a sus mismos dioses y no se rigen por las mismas leyes".

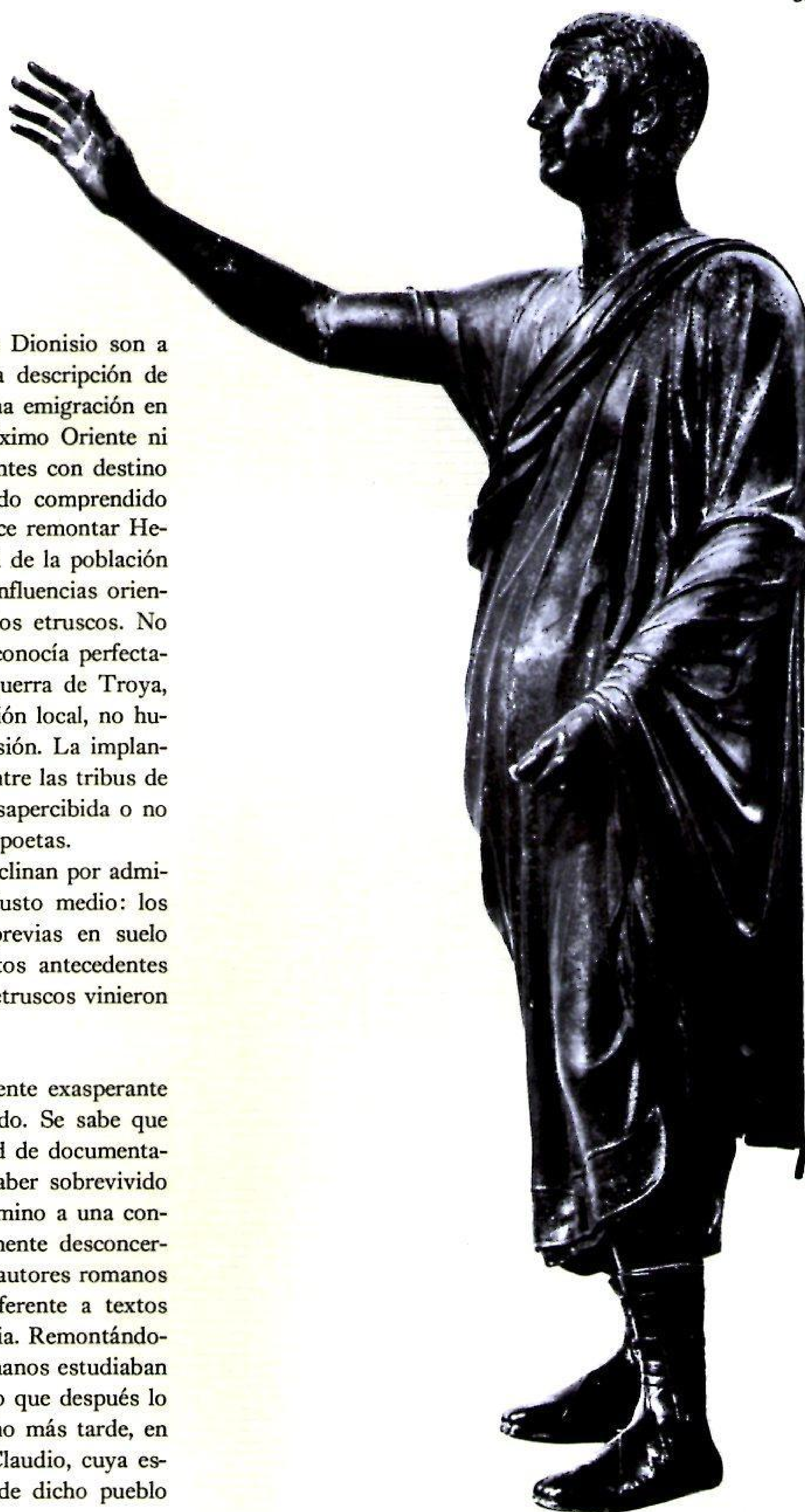
Esta toma de posición enfrentó a Heródoto y a Dionisio durante el transcurso de siglos y las ideas de cada uno de ellos fueron impulsadas por grupos de apasionados seguidores que llegaron incluso a presentar pruebas circunstanciales. Incluso hoy día, mucho después de los tiempos clásicos, ambas escuelas de pensamiento conservan sus propios partidarios.

Los que suscriben la teoría de la emigración procedente de Oriente pueden citar en su apoyo las referencias egipcias que aluden a los célebres Pueblos del Mar. Las inscripciones jeroglíficas que describen a estos piratas marítimos incluyen entre ellos pueblos que han sido fielmente identificados, como los aqueos, los licios, los filisteos y los sardos. Pero en esta lista hay un grupo desconocido; se trata de los teresh, que algunos estudiosos consideran como variante de tyrsenoi, palabra griega equivalente a etruscos.

Hay otras pruebas circunstanciales que apuntan a la idea de que los etruscos podían haber tenido su origen en Asia Menor o en sus proximidades –con la opinión contraria, desde luego, de Dionisio–, según revelan algunas formas de su arquitectura funeraria así como determinadas prácticas sociales y religiosas. Existe una sorprendente analogía de estilo entre las tumbas etruscas talladas en la roca, en las inmediaciones del lago Vico, y algunas tumbas lidias y licias en Turquía; en ambas localidades, las cámaras funerarias presentan fachadas parecidas a las de las casas o los templos. Al estudiar las costumbres sociales, Heródoto hizo notar que los lidios y sus parientes culturales, los licios, establecían su filiación tanto a través de la línea paterna como de la línea materna, al igual que ocurría en Etruria. En cambio, los griegos se servían exclusivamente de la línea masculina para establecer su genealogía. Heródoto señaló también que las mujeres de Lidia y de Licia, al igual que las etruscas, gozaban de mayores privilegios que las mujeres de Grecia y Roma. Además, el arte etrusco de la adivinación por medio de la interpretación de los signos en el hígado de los animales *(página 94)* halla su paralelo más próximo en el arte de la lectura de los hígados de animales que también exhibían los antiguos habitantes del Asia Menor.

Las pruebas más decisivas de la teoría del origen oriental proceden de los vestigios materiales de la propia cultura etrusca. Objetos de lujo hallados en tumbas del siglo VII a. de C., tales como la Regolini-Galassi de Caere *(páginas 47-55)*, las Barberini y Bernardini de Praeneste y muchas otras, se hallan profusamente decoradas con motivos conocidos en el arte del Próximo Oriente, tales como esfinges y grifos, así como también palmetas y rosetas. No existen muchas pruebas acerca de que estos motivos ornamentales hubiesen sido utilizados antes del 700 a. de C.; luego, de repente, surgen por toda Etruria. Estos hechos evidencian unos vínculos más poderosos que los engendrados por simples contactos comerciales; parecen indicar un cierto nexo de raza.

Por otra parte, también hay que tener en cuenta la afición de los etruscos por el mar, afición no compartida por sus predecesores en la península, los villanovianos. Esta inclinación de los etruscos podría perfectamente justificarse como una reminiscencia de una emigración a través del mar abierto, como dijo Heródoto, o como el recuerdo de la existencia previa de un pueblo navegante de Oriente.



*Descubierto en 1566, el Orador de bronce constituyó uno de los hallazgos más importantes que estimularon a los eruditos del Renacimiento italiano a investigar el pasado etrusco. Esta escultura del siglo II a. de C., de 1,80 m de altura, fue identificada como de origen etrusco en base a dos rasgos característicos: la toga exigua –más ceñida que la toga romana– y la inscripción etrusca en su borde, que describe al personaje como magistrado.*

Las pruebas en apoyo de la teoría de Dionisio son a su vez también poderosas. Aparte de la descripción de Heródoto, no existen antecedentes de una emigración en masa de la mitad de un pueblo del Próximo Oriente ni de cualquier otro traslado masivo de gentes con destino a la península italiana durante el período comprendido entre el 1300 a. de C., fecha a la que hace remontar Heródoto la emigración a Italia de la mitad de la población de Lidia, y el 700 a. de C., cuando las influencias orientales aparecen con claridad en los objetos etruscos. No deja de ser extraño que un mundo que conocía perfectamente –y se habló mucho de ello– la guerra de Troya, que fue hasta cierto punto una sublevación local, no hubiese prestado atención a una gran invasión. La implantación de toda una potencia extranjera entre las tribus de Italia no podía, evidentemente, pasar desapercibida o no ser mencionada por los escritores y los poetas.

Por ello los estudiosos modernos se inclinan por admitir que la verdad debe hallarse en un justo medio: los etruscos tenían probablemente raíces previas en suelo italiano, pero es imposible ignorar ciertos antecedentes que demuestran que algunos primitivos etruscos vinieron también de fuera.

El enigma etrusco resulta particularmente exasperante porque en rigor no debiera haber existido. Se sabe que dicho pueblo produjo una cierta cantidad de documentación escrita, acaso en abundancia; de haber sobrevivido por más tiempo, podía haber puesto término a una controversia tan prolongada. Son singularmente desconcertantes las alusiones hechas por parte de autores romanos –como Tito Livio y Varrón– en lo referente a textos etruscos sobre temas de religión e historia. Remontándonos al siglo VI a. de C., los escolares romanos estudiaban obras literarias etruscas del mismo modo que después lo hicieron con el griego y el latín. Y mucho más tarde, en el siglo I de nuestra era, el emperador Claudio, cuya esposa era etrusca, escribió una historia de dicho pueblo que comprendía veinte volúmenes.

*La Tumba del Cardenal, de 18 m de longitud, representada en un grabado del anticuario escocés James Byres. Byres, un estudioso apasionado de Etruria, se trasladó en el siglo XVIII a Etruria para ejecutar una serie de grabados similares a éste. Las pinturas, apenas visibles en las paredes, se han deteriorado desde entonces y los dibujos de Byres, al igual que algunas reproducciones detalladas de las pinturas murales, constituyen actualmente el único testimonio del antiguo esplendor de la sepultura. El mismo artista aparece, junto con dos compañeros, en el ángulo inferior izquierdo.*

Desgraciadamente, los libros y todos los conocimientos que Roma poseía acerca de Etruria se han perdido. Es probable que los libros o sus traducciones latinas perecieran durante el saqueo de Roma por parte de los godos y los vándalos durante el siglo V d. de C.; pero quizá las últimas copias desaparecieron con la dispersión progresiva de la grandiosa biblioteca internacional de Alejandría, en Egipto, por parte de los romanos, de los bizantinos y en último término de los árabes.

Cuando el Imperio romano se desmoronó en el siglo IV de nuestra era, el pueblo etrusco había quedado ya totalmente absorbido por el mundo romano. Su tierra natal, Etruria, pasó a integrar la mayor parte de los once distritos romanos que el emperador Augusto estableció en el año 27 a. de C. Lo que Roma pudiese haber asimilado de los etruscos –sus prácticas religiosas, su tecnología y su arte– había sido absorbido hasta tal extremo, es decir, había sido tan romanizado, que cuando Roma cayó, el mismo recuerdo de la presencia etrusca cayó con ella. Sólo Roma había llegado a conocer verdaderamente a Etruria, pero Roma ya había dejado de existir.

En el transcurso de la larga noche de la Edad Media, las casas etruscas se fueron desmoronando, los templos y las murallas que circundaban las ciudades fueron derribados por las gentes que los utilizaron como material de construcción para sus rudimentarios abrigos o como toscas barricadas para protegerse del pillaje de los señores y de los invasores. Los jefes locales se establecieron en los antiguos promontorios etruscos para utilizar las piedras y construir directamente encima de los cimientos etruscos. Sólo se conservaron las cámaras funerarias, muchas de ellas abiertas y habitadas por pastores o por animales salvajes; fragmentos de inscripciones y restos de bronce, hierro o terracota fueron descubiertos ocasionalmente por los campesinos y desechados.

Este estado de cosas perduró hasta el siglo XV, cuando Europa emergía a la luz del Renacimiento y los estudiosos pudieron volver a leer noticias sobre Etruria en los textos de los historiadores griegos y romanos.

Uno de los primeros en preocuparse por revivir la memoria y destacar la reputación de los etruscos fue un fraile dominico de la población de Viterbo. Fray Giovanni Nanni o Annio de Viterbo, como también se le llamaba, poseía la clásica intuición del anticuario. Sentía pasión por las viejas piedras, por inscripciones borrosas y por toda clase de fragmentos desprendidos. Sabía que Viterbo se levantaba en el corazón del territorio etrusco y se puso a demostrar los orígenes etruscos de la población y a escribir la crónica de sus tiempos antiguos.

Estos excelentes propósitos se vieron perjudicados porque el fraile, en cuanto a historiador, era un desaprensivo. Impulsado por su celo, llegó a inventar documentos e inscripciones que luego "tradujo" en calidad de obras perdidas de la Antigüedad en un libro publicado en 1489. Uno de sus fragmentos era una supuesta transcripción del edicto de un rey en el que decretaba que "dentro de un mismo recinto amurallado quedarán situadas las tres ciudades de Lungula, Vetulonia y Tirsena, llamado también Volturna, y que toda la urbe así formada se llamará Etruria o Viterbum". Además, sostuvo que la lengua etrusca procedía del hebreo, basándose en que el lenguaje de la Biblia debe ser el más antiguo del mundo y, en consecuencia, de él proceden todas las lenguas.

Así las cosas, Annio de Viterbo fue denunciado como charlatán y falsificador de documentos por parte de estudiosos bien documentados; pero nuestro fraile, tan falto de escrúpulos, había reavivado de manera insospechada y resonante el recuerdo de los etruscos.

Poco más de 50 años después se desenterraron en Toscana tres fabulosas estatuas de bronce que los anticuarios italianos identificaron como etruscas. Si bien una de ellas, una exquisita figura de la diosa Minerva, ha sido atribuida con posterioridad a un artista griego, las otras dos continúan figurando como las obras maestras del arte etrusco. Se trata de la monstruosa "Quimera" del siglo IV a. de C. y la figura togada de tamaño natural llamada "el Orador", del siglo II a. de C. La Quimera fue hallada cerca de Arezzo, y el Orador, cerca de Perugia.



La Quimera es una figura de la mitología griega: se trata de un monstruo que fue derribado por el héroe Belerofonte, que montaba el gran caballo alado Pegaso. Los artistas etruscos eran muy aficionados a producir monstruos de todas clases, y particularmente éste era reproducido con frecuencia con fantasiosas modificaciones. A veces se le representaba con la cabeza de un toro, de un caballo o de una pantera emergiendo de la parte trasera o de la cola de la criatura. La posición de la Quimera de Arezzo, en tensión y mirando con la cabeza erguida, como desafiando a un atacante, da la impresión de que en cierto momento pudo haber formado parte de un grupo escultórico que comprendía a Belerofonte y a Pegaso. Su pata delantera derecha contiene la palabra etrusca TINS'CVIL, lo que indica que se trataba de un regalo o de una ofrenda votiva a Tinia, la deidad principal de los etruscos. La Quimera había perdido parte de las dos patas izquierdas al ser descubierta, pero la labor artesanal era de tal calidad que el célebre escultor Benvenuto Cellini dio cuenta de ella en sus carnets de apuntes y posiblemente llegó a participar en su reconstrucción.

Estos bronces tan delicados, espectaculares en sí mismos y prueba evidente de la gloria alcanzada por la civilización etrusca, inflamaron la imaginación de los estudiosos. A principios del siglo XVII un noble toscano, el Gran Duque Cosimo II, patrocinó un estudio de Etruria con objeto de investigar algo más acerca de aquel pueblo desaparecido que había vivido en su propio territorio.

Un maestro de escuela escocés llamado Thomas Dempster, personaje sumamente activo que ejercía de profesor de Derecho Civil en la Universidad de Pisa, fue designado para los trabajos. Dempster procedía de una larga ascendencia de aventureros escoceses conocidos por su temperamento irascible y por su elevado grado de cultura. Era extraordinariamente precoz, hasta el extremo de afirmar que había aprendido el alfabeto en el transcurso de una hora cuando sólo contaba 3 años y que había pasado a ser profesor universitario a la edad de 17. Desde aquel momento la reputación de Dempster había crecido rápidamente, a pesar de que sus alborotos por las calles y sus pendencias con sus colegas le habían obligado a cambiar frecuentemente de Universidad. También se hallaba sumamente ocupado a causa de su joven y hermosa esposa, cuyo honor a menudo tuvo que ser defendido por Dempster a punta de espada.

A raíz de la invitación del Gran Duque, Dempster se consagró entre 1616 y 1625 al profundo estudio de objetos etruscos conservados en colecciones privadas, referencias literarias y a la misma lengua, la cual, al igual que había hecho el padre Nanni, intentó relacionar con el hebreo. El resultado de esta ingente labor fue la obra monumental *De Etruria regali libri septem* ("Los siete libros sobre el reino de Etruria"). Por causas desconocidas esta obra permaneció inédita durante un siglo; cuando por fin fue publicada, despertó un vivo interés hacia los etruscos en toda Toscana.

El 29 de diciembre de 1726, cuarenta ciudadanos de Cortona, junto con un centenar de otros nobles italianos apasionados por la civilización etrusca, fundaron la Academia Etrusca, dedicada al estudio de este pueblo y de su legado arqueológico. El presidente de la Academia de Cortona, elegido anualmente, fue denominado *lucumo,* versión latinizada del cargo etrusco *lauchume* –jefe o rey–. (Este importante cargo etrusco fue conocido a través de los textos romanos.)

Los miembros de la Academia se reunían dos veces por mes para debatir y discutir sobre nuevos hallazgos. Estas sesiones fueron denominadas Noches de Cortona y las ponencias se publicaron en nueve volúmenes entre los años 1738 y 1795, bajo el título altisonante de *Ejemplos de disertaciones académicas presentadas al público en la noble Academia Etrusca de la muy antigua ciudad de Cortona.* Los miembros de la Academia se reúnen todavía hoy en día, si bien de forma esporádica, y las memorias de sus antiguos debates pueden consultarse en la biblioteca de la Academia, situada en la plaza central de la moderna Cortona.

Los trabajos de Dempster contribuyeron igualmente a la creación del primer museo de objetos etruscos, el Museo Arqueológico de Volterra, fundado a mediados del siglo XVIII por un prelado local, Monseñor Mario Guarnacci.

Por entonces, el entusiasmo hacia los vestigios etruscos empezaba a extenderse por Gran Bretaña. En 1769, Josiah Wedgwood fundó una fábrica de cerámica en Staffordshire, Inglaterra, y la llamó Etruria, al igual que la ciudad que construyó para los obreros y sus familias. Hacia 1770, James Byres, un escocés que había viajado por Italia, comenzó a realizar dibujos de las tumbas recién descubiertas en Tarquinia. Tres décadas más tarde, el inglés Sir William Gell escribió el primer libro en inglés sobre yacimientos etruscos, en el que describía detalladamente alguna de las numerosas tumbas que fueron descubriéndose coincidiendo con el viaje que realizó a Tarquinia el año 1828.

En Italia, los terratenientes iniciaron una búsqueda desenfrenada de cualquier objeto de origen etrusco. Entre estos coleccionistas destacó sobre todo el hermano de Napoleón Bonaparte, Luciano, quien en 1814 compró al Papa todo un principado que comprendía muchas de las localidades de enterramiento de la antigua ciudad etrusca de Vulci, repletas de tesoros.

En medio de este ambiente de aficionados surgió uno de los más destacados cronistas de Etruria: George Dennis. Nacido en Inglaterra en 1814, Dennis era un clásico autodidacta que podía leer el griego, el latín y seis lenguas modernas. En 1842 inició la exploración del mundo etrusco; durante cinco años recorrió todo lo largo y ancho de la antigua nación etrusca. Al contrario de Dempster, que simplemente había reunido lo que ya era conocido acerca de los etruscos, Dennis se lanzó a la búsqueda de lo desconocido, lo que todavía no había sido descubierto. Luchando a través de la maleza y abriéndose camino por entre riscos y precipicios, alquilando bestias de carga y disputando con guías y profanadores de tumbas mal informados, además de recurrir constantemente a las fuentes literarias romanas, Dennis publicó finalmente una voluminosa obra titulada *Cities and Cemeteries of Etruria,* publicada en 1848.

Estuvo a punto de hacer por Etruria lo que el ciego Homero había hecho con respecto a Troya; Dennis no era un bardo, a pesar de que el motivo de sus investigaciones hiciera nacer en él cierta musa poética, y tampoco demostró demasiado interés por los héroes. De todos modos, después de transcurridos más de cien años de su publicación, su obra resulta hoy todavía indispensable para quien desee conocer a los etruscos. Quien lea a Dennis conservará de una manera imperecedera, de corazón y en espíritu, las sombras del viejo pueblo que todavía perduran en las tierras etruscas. Al describir un distrito próximo a Viterbo, Dennis dice:

"Nos hallábamos en la gran llanura etrusca que de trecho en trecho estaba sombreada por los bosques. Una se-

pultura tras otra, abiertas en los acantilados a uno y otro lado, formaba como una auténtica avenida funeraria, todo ello revestido de un fuerte carácter, con vestigios de hábitats. La solemnidad del lugar, es decir, el lugar de enterramiento de generaciones pasadas, de un pueblo de origen misterioso y de antigüedad indefinida, sus sepulturas vacías yaciendo a nuestros pies y sin embargo subsistiendo sus monumentos como homenaje tributado a la eterna memoria de su civilización ya extinguida y sus epitafios que desafían el polvo de sus huesos, que desde hace tiempo han quedado dispersos por el paso de sus sucesores, todo nos parecía maravilloso."

Los arqueólogos de la escuela de Georges Dennis, que no son otros que los etruscólogos de nuestros días, rara vez se permiten expansiones tan románticas. Es probable que la sobriedad que les caracteriza sea debida a la naturaleza impenetrable del problema al que se hallan enfrentados.

Para empezar, nadie sabe todavía con certeza cómo era la lengua etrusca. Si sus raíces nos fuesen conocidas, podríamos tener indicios que nos condujesen a una solución definitiva de la cuestión que todavía sigue pendiente, la del origen de los etruscos. Sin embargo, al igual que ocurre con la segunda cuestión, la referente a la lengua se convierte en una especie de "alcachofa" científica: a medida que se arranca una hoja, surge otra que a su vez encubre una tercera. En tiempos pasados, varios estudiosos de gran reputación científica, así como también numerosos idealistas, han intentado hallar la clave de la lengua etrusca en todas y cada una de las lenguas conocidas en el mundo; sin embargo, hasta ahora no se han obtenido resultados positivos.

Existe, no obstante, algo que parece evidente: la lengua etrusca no presenta indicios de pertenecer a la familia de lenguas indoeuropeas, es decir, al vasto grupo lingüístico que comprende la mayor parte de las lenguas europeas y algunas del Próximo Oriente y de la India. El paralelo de la lengua etrusca se encuentra en una piedra funeraria de la isla de Lemnos, en el archipiélado griego. El monumento, descubierto por arqueólogos franceses en 1865, data del siglo VI a. de C. y el texto de la inscripción acusa semejanzas no sólo con el etrusco, sino también con las lenguas antiguas del Asia Menor. Aun cuando no se ha podido demostrar ninguna relación entre ambas lenguas, algunos expertos consideran que la inscripción que figura en la estela de Lemnos viene a ser un puente lingüístico entre los etruscos y una patria de origen en el Próximo Oriente. Pero todas las pruebas terminan aquí; no ha sido posible hallar otro vínculo de conexión.

Algunos expertos en lenguas antiguas sugieren que el etrusco era una lengua con raíces en el Paleolítico, arraigada en una época muy anterior al momento en que los pueblos indoeuropeos se asentaron en Italia, confirmándose con ello la presencia en estas tierras italianas de un pueblo prehistórico no indoeuropeo.

Ciertamente, la incertidumbre que ha rodeado la lengua etrusca hablada es de tal naturaleza, que existía la impresión generalizada de que la escritura etrusca era así mismo indescifrable. Pero esto no es así; a los expertos no les resulta difícil "leer" y pronunciar las letras que forman las palabras. Pero como la lengua en sí misma es prácticamente desconocida, las palabras no tienen sentido, salvo algunos nombres, fechas o títulos.

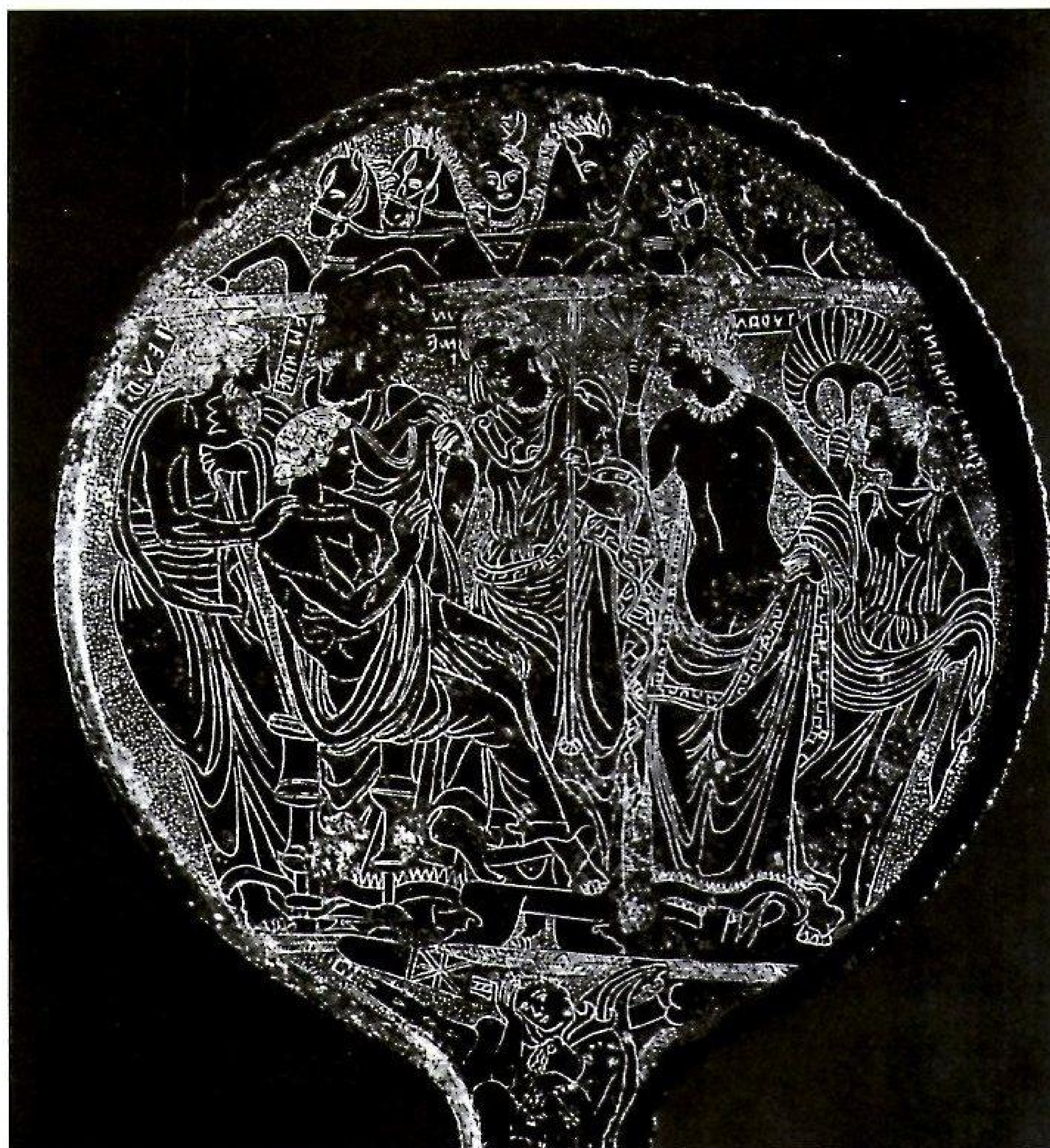
El alfabeto empleado por los etruscos es de por sí suficientemente claro. Tenía su origen en una forma del griego arcaico, traído a Italia por colonizadores hacia el año 750 a. de C., probablemente por quienes fundaron Ischia y Cumas. Este alfabeto constaba de 26 caracteres, si bien el número variaba con el paso del tiempo y de una localidad a otra. Como sea que los etruscos adaptaron el alfabeto importado a los patrones de la lengua local hablada, ciertos sonidos les resultaron innecesarios y otros, en cambio, tuvieron que ser añadidos o modificados. Además, cada ciudad etrusca modificó sus propios caracteres, acomodándose acaso a aquellas colonias griegas con las cuales ejercía un comercio más intenso.

En términos generales, el alfabeto etrusco sólo utilizaba

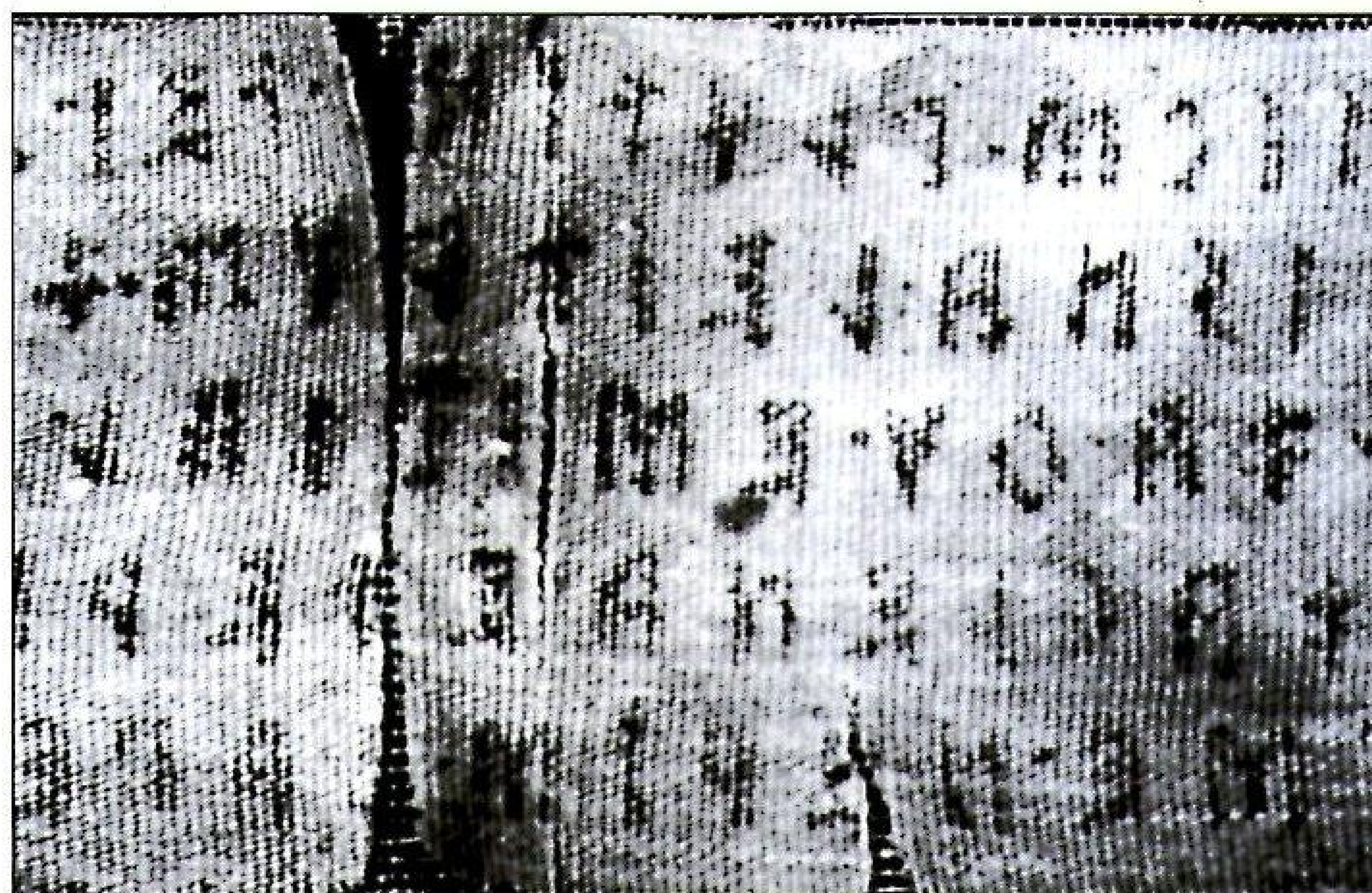
# Vestigios dispersos de una lengua perdida

El experto que trata de descifrar la lengua etrusca puede ser comparado a un hombre hambriento que no puede encontrar la llave de una despensa cerrada y rebosante de víveres. Los clásicos saben que la literatura etrusca era muy abundante y que en las escuelas los muchachos romanos la estudiaban tanto en su versión original como en su traducción latina; pero sólo se ha conservado un fragmento de un único libro *(abajo)* y este fragmento nos dice muy poca cosa.

A falta de textos completos y variados, los que han intentado recopilar un vocabulario han tenido que trabajar de forma fragmentaria, utilizando palabras de inscripciones religiosas y funerarias o bien inscripciones en espejos y en dados. Aun cuando se han descubierto cerca de 10.000 inscripciones, sólo se han podido identificar hasta el momento 200 palabras útiles.



*Los nombres propios grabados junto a célebres figuras constituyen unas de las pocas palabras etruscas conocidas. En el reverso de este espejo de bronce de Todi, de 18 cm de alto, del siglo III a. de C., aparecen tres diosas perfectamente identificables –la Minerva de los romanos (en el centro), la diosa Venus semidesnuda y Juno (a la izquierda de Minerva)– llamadas Menrva, Turan y Uni por los etruscos.*



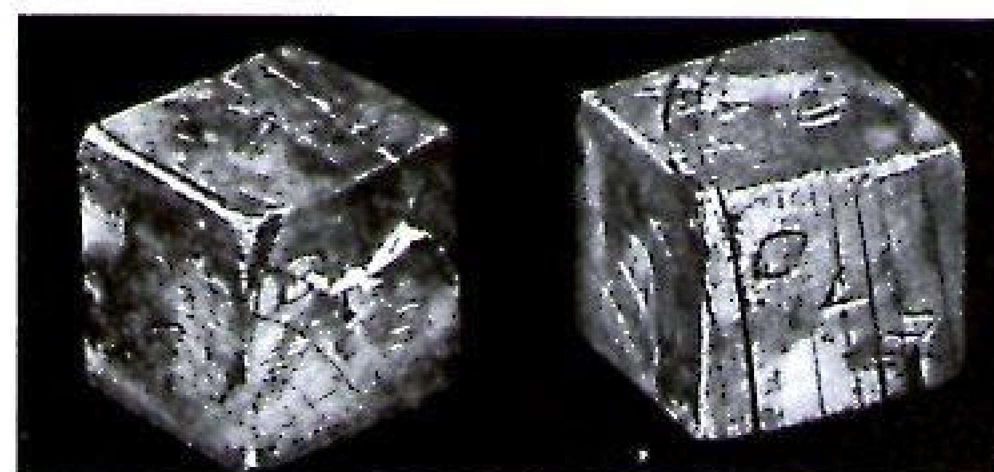
*Pequeño fragmento de un vendaje de lino que recubría una momia; contiene el texto etrusco más extenso conocido y alude a un rito sagrado referente a la bebida y a libaciones de agua sagrada. Los especialistas opinan que el cadáver momificado, conservado en Zagreb, pertenecía a una mujer etrusca que vivió y murió en Egipto.*



*Gran parte de las 59 palabras grabadas sobre el rollo de piedra sostenido por esta efigie de magistrado del siglo III a. de C., que formaba parte de la cubierta de un sarcófago de Tarquinia, pueden ser leídas; pero sólo proporcionan la genealogía del personaje difunto y divinidades y cultos.*



*La comparación entre los textos de dos tablillas de oro de Pyrgi, de hace 2.500 años –una en fenicio ya conocida (arriba) y la otra en etrusco–, decepcionó a los expertos que intentaban traducir una de la otra.*



*El estudio de estas piezas reveló un vocablo sumamente importante del etrusco: la palabra "tres", en etrusco "ci". Apareció en este par de dados de marfil etruscos de Tuscania y es perfectamente visible en la cara más a la izquierda del dado izquierdo.*

los equivalentes griegos de las vocales "a", "e", "i" y "u". Omitieron por completo la "o" y no llegaron a utilizar las consonantes "d", "b" y "g". Existe un símbolo que induce a confusión y que se parece al signo "t", y que en ocasiones se leía como "t"; pero actualmente es considerado como indicativo de una sibilante.

En un principio, los traductores en ciernes quedaron desconcertados por el hecho de que el etrusco, como el griego primitivo, se escribía virtualmente de derecha a izquierda, contrariamente al latín y a la mayoría de las lenguas modernas de Occidente. En el 600 a. de C. los griegos decidieron escribir de izquierda a derecha y éste fue el sistema adoptado por Roma, si bien los etruscos nunca hicieron suyo el cambio.

Para aumentar la confusión, en algunas ocasiones los etruscos adoptaron en su escritura un estilo llamado *boustrophedon:* "en el sentido en que el buey sigue el arado", o sea, yendo primeramente de derecha a izquierda y a continuación, en la línea siguiente, de izquierda a derecha. Así mismo solían escribir al revés la letra beta (β), la sigma (Σ) y otros caracteres. La mayor parte de estas peculiaridades fueron reconocidas hace un siglo y medio, cuando los estudiosos habían logrado distinguir unas cincuenta palabras etruscas e identificar su significado. Algunas de estas palabras eran sencillas: letras que formaban la palabra "Aplu" evidentemente hacían alusión al dios griego Apolo; siguiendo la misma lógica, "Hercle" aludía al héroe Heracles. Pero para llegar a traducir ciertas palabras, los lingüistas del siglo XIX tuvieron que apoyarse en lo que los estudiosos denominan glosas, es decir, traducciones precisas de palabras etruscas escritas en obras griegas y romanas. Así, por ejemplo, el gramático Hesiquio de Alejandría, en el siglo V de nuestra era, advirtió que la palabra etrusca *aisar,* hallada en numerosos fragmentos, podía interpretarse como alusión a los dioses, y que *truna* significaba poderío.

Estos tenues indicios nos proporcionan alguna ayuda, pero desgraciadamente no abundan, como tampoco existe una variedad suficiente de ejemplos vivientes de la escritura etrusca. Se han hallado más de 10.000 inscripciones cortas, casi todas ellas de carácter funerario o dedicatorias, escritas en los muros de las tumbas, en los sarcófagos y en las vasijas ofrendadas como donativos en templos y santuarios. En ellas aparecen nombres, títulos, fechas, dioses y diosas, así como también palabras que denotan parentesco o afinidad. A partir de todo ello, los especialistas han logrado ampliar el vocabulario etrusco conocido hasta alcanzar unas 200 palabras básicas, más un cierto número de nombres propios.

El texto etrusco más largo que se conoce, hallado a mediados del 1800, aparece en unas tiras de tejido enrollado al cuerpo momificado de una mujer; contiene unas 1.300 palabras, muchas de ellas repetidas. La momia había sido comprada en Egipto por un viajero croata, que la trasladó a su domicilio de Viena para engrosar su colección privada de antigüedades. Al fallecer el coleccionista, la momia pasó a su país natal –actualmente Yugoslavia– e ingresó en el Museo de Zagreb. Allí se procedió a sacarle las vendas y, con la natural sorpresa de los conservadores del museo, las largas y estrechas tiras de lino que habían envuelto el cuerpo, de unos 10 cm de ancho y que a veces alcanzaban 3 m de largo, aparecieron cubiertas de caracteres etruscos.

Es un misterio el hecho de que una larga inscripción etrusca fuese utilizada para amortajar un cadáver egipcio momificado, pero como su fecha de datación es bastante baja, alrededor del 100 a. de C., ello hace suponer que un aventurero etrusco o soldado de fortuna habría ingresado al servicio de un gobernante ptolemaico de Egipto después que su ciudad natal hubiese caído en poder de Roma. A juzgar por la forma y el estilo de la escritura, los expertos sitúan el domicilio de este hipotético súbdito etrusco en el norte de Etruria, acaso en Clusium o sus cercanías, es decir, en las tierras de Lars Porsenna. Quizá nuestro etrusco, al trasladarse a Egipto, llevase consigo, además de su mujer, sus pertenencias más apreciadas, entre ellas uno de los libros sagrados etruscos hoy desaparecidos. Y cuando su mujer falleció, adoptó las costum-

bres locales en cuanto a amortajar el cuerpo, pero en lugar de utilizar la sábana de lino de rigor, usó su propio "libro sagrado" cortado en tiras.

Este libro es sin duda un documento religioso. La mayor parte, escrita en rojo y trazo firme, constituye una lista reiterativa de dioses y de fechas, así como una agenda para la observancia de ritos sagrados. Existe también lo que parece ser un conjuro; empieza diciendo: CEIA HIA-ETNAM CIZ VACL TRIN VALE. Los intentos realizados para descifrar el mensaje han conducido a resultados muy dispares, y resultarían ridículos si olvidáramos que el trabajo de interpretación fue realizado concienzudamente. La frase inicial, por sí sola, según las interpretaciones de celosos traductores, dispuestos cada uno a confirmar sus propias hipótesis, ha sido interpretada de diversas formas, como por ejemplo: "Grita con energía", "El fuego ha lanzado su resplandor", "Llama a las sombras de los padres" y "Marcha con frenesí".

La razón principal por la cual la lengua etrusca sigue todavía resistiéndose a ser interpretada después de tantos años de esfuerzo por parte de los expertos radica en que no se ha podido hallar todavía ninguna inscripción bilingüe, es decir, un mismo texto en dos lenguas. Una lengua desconocida puede llegar a ser descifrada con bastante acierto si se la puede comparar con un texto paralelo escrito en lengua legible. El mejor ejemplo lo constituye la piedra de Rosetta hallada en Egipto en 1799; presentaba tres inscripciones paralelas, una en griego, lengua que ya era conocida, otra en jeroglíficos egipcios y la tercera en una escritura egipcia simplificada llamada demótica. Esta circunstancia permitió al filólogo francés Jean-François Champollion descifrar los jeroglíficos.

Espejos de bronce, grabados con efigies de dioses etruscos y con nombres inscritos al lado de las figuras *(página 86)* constituyen substitutos parciales de una auténtica inscripción bilingüe. Como sea que los dioses representados pueden normalmente ser identificados con sus homólogos griegos, parece razonable llegar a la conclusión, por ejemplo, de que Tinia se refiere al dios Zeus, llamado de aquella forma en etrusco. No obstante, el valor de tales comparaciones no deja de ser limitado y continúa la búsqueda de una auténtica inscripción bilingüe.

En 1964 se abrigaron esperanzas de resolver el problema cuando entre las ruinas del templo del antiguo puerto de Pyrgi se hallaron tres láminas de oro dobladas que contenían textos fenicios y etruscos. Pero los etruscólogos más optimistas sufrieron una decepción, pues esperaban poder comparar las frases etruscas con las fenicias que ellos confiaban poder leer con facilidad, descubriendo así el significado de los equivalentes etruscos. Sin embargo, la versión fenicia resultó en parte indescifrable, de modo que no pudo llegar a ser utilizada como guía fiable para desvelar el etrusco. Además, ambos textos no se correspondían palabra por palabra, y aunque los textos eran más bien extensos, los estudiosos sólo pudieron llegar a traducir unas fórmulas dedicatorias breves que no arrojaron ninguna luz. Por último, se carecía también de la información histórica indispensable para analizar un lenguaje desconocido y, por lo tanto, las expresadas láminas no proporcionaron la tan ansiada clave.

De todos modos, las láminas de Pyrgi contribuyeron hasta cierto punto al conocimiento de la lengua y de la historia etruscas. Confirmaron que Uni y Astarté eran los nombres etrusco y fenicio de una misma diosa; así mismo, los estudiosos lograron aislar el verbo "dar" y establecer la existencia de un gobernante llamado Thefarie Velianas que reinó durante tres años.

Es curioso que la palabra "tres" resultara ser una de las más interesantes. La numeración etrusca, escrita en forma de palabras y no como números, había intrigado durante mucho tiempo a los estudiosos. Hasta el estudio de las láminas de Pyrgi sólo se conocían las palabras etruscas representativas de "uno" y "dos"; se escribían *thu* y *zal*. Del estudio de las láminas se vino en conocimiento de que *ci* significaba "tres". Aun cuando esta revelación pudiera parecer insignificante, facilitó a los expertos la forma de desvelar otro misterio que permanecía



*Impresionante fotografía aérea de la necrópolis de Banditaccia, que estuvo en uso del 700 al 400 a. de C. La tumba mayor de las 400 sepulturas cubiertas bajo túmulo, arriba a la derecha, mide más de 30 m de diámetro. En el interior de cada sepultura se construyeron ricas cámaras funerarias a base de piedra arenisca.*

# Una ciudad bien planificada para los muertos

La pasión que los nobles etruscos sentían por una vida de ultratumba confortable les indujo a construir sus enterramientos con el mismo cuidado con que construyeron sus ciudades. No hay ninguna necrópolis etrusca, de las ya excavadas, tan impresionante como la de Banditaccia, en Caere. Ocupa varios centenares de hectáreas, tiene calles y plazuelas y una avenida principal a lo largo de la cual hace unos 2.500 años los poderosos eran conducidos al lugar de su último reposo.

Las tumbas estaban amuebladas con todo lo que las almas de los muertos podían desear. Al principio, las tumbas eran recubiertas con unos montículos de tierra llamados túmulos, pero, 200 años más tarde, las tumbas tomaron el aspecto de verdaderas casas de poca altura.

Los cálculos efectuados, basados en las excavaciones realizadas en dos sectores de la necrópolis, indican que la antigua Caere había llegado a contar con 25.000 habitantes en los siglos VII y VI a. de C. La magnificencia de las obras de arte encontradas en las tumbas y que van desde la época villanoviana hasta la era romana, parece confirmar la posibilidad de que Caere fuese la ciudad más opulenta del mundo antiguo.



*Sepulturas rectangulares de superficie plana, situadas una frente a otra a lo largo de una calle bien trazada en Banditaccia. A diferencia de las sepulturas bajo túmulo, que a veces albergaban los restos de varias generaciones, estos mausoleos de piedra contenían sólo uno o dos enterramientos.*



*La Tumba de los Escudos y de las Sillas fue saqueada en tiempos antiguos y explorada sin ningún rigor científico por aficionados en el siglo XIX. Tanto ladrones como turistas se llevaron de la sepultura todo cuanto pudieron, incluso objetos que hubieran podido servir para la identificación de sus ocupantes. Sólo se conserva la decoración de escudos de piedra, las sillas y los sarcófagos.*

de antiguo, es decir, cómo interpretar un par de dados descubiertos en una tumba de Tuscania en 1848.

Heródoto afirma que los lidios –los supuestos antecesores de los etruscos– habían inventado el juego de los dados, así como también el juego de los nudillos de hueso (un juego parecido a los bolos o a las tabas), además de ciertos deportes de pelota. Siempre de acuerdo con Heródoto, los lidios, para entretener sus estómagos vacíos, se dedicaron a jugar durante toda la jornada en días alternos durante los prolongados períodos de hambre que finalmente les obligaron a emigrar; pero en los días intermedios suspendían todos los juegos y se dedicaban a comer. Esta descripción no arroja desde luego mucha luz sobre cómo desarrollaban sus juegos o cómo debía ser leída una jugada de dados.

Con ayuda de la nueva interpretación de la palabra correspondiente a "tres", los estudiosos concentraron su trabajo en los dados de Tuscania. Sus seis caras ofrecían palabras en lugar de números o puntos; los etruscólogos pudieron leer las palabras e interpretar el sentido de *thu, zal* y posteriormente *ci*. Después de ello supusieron que las tres palabras restantes *–huth, mach* y *sa*– significaban cuatro, cinco y seis, respectivamente, pero no sabían cuál era cuál.

La respuesta a esta cuestión, respuesta desde luego sujeta a revisión, depende de una hipótesis matemática sugerida por algunos investigadores. Su corazonada, basada en la noción de que una de las palabras tiene su parecido en griego, consiste en que el dado etrusco, como tantas otras cosas de los etruscos, se aparta de lo que consideramos normal. La mayoría de los dados modernos están hechos de forma que los números que figuran a cada lado suman siete: el 1 se halla opuesto al 6, el 2 al 5 y el 3 al 4. Pero el sistema etrusco parece haber sido totalmente diferente: sus números estaban al parecer aparejados de forma que siempre daban como resultado un tres por sustracción; de esta forma, la cara del 4 era la opuesta al 1, la cara del 5 opuesta al 2 y el 6 opuesto al 3. Partiendo de esta lógica, *huth* se ha identificado como 4, *mach* como 5 y *sa* como 6. Esto es todo cuanto se sabe acerca de los numerales etruscos y existen ciertas dudas.

A falta de una clave que permita descifrar satisfactoriamente el etrusco, los estudiosos han decidido acometer esta labor lingüística como lo haría un ladrón: lentamente, en soledad y con el máximo sigilo posible. Dedican relativa atención al intento de establecer cierta relación con otras lenguas, centrándose en el estudio de las pruebas tangibles de que se dispone, o sea, las inscripciones etruscas, tanto si son textos bilingües limitados como escritos en pinturas y objetos sólidos, tales como los espejos. Este sistema ha venido proporcionando resultados prometedores con los que se irá ampliando el dificultoso y pequeño vocabulario hasta ahora conocido de la lengua etrusca, si bien el progreso es necesariamente lento.

Del mismo modo, la búsqueda de los orígenes geográficos se ha desviado; ya no se trata de localizar una fuente extranjera de dicho pueblo, sino de estudiar el desarrollo histórico de los etruscos en la península italiana. Cualquiera que fuese su origen, hay un hecho indudable: los etruscos crearon su espléndida civilización y alcanzaron su posición histórica en el mundo antiguo en territorio italiano. Invertir demasiado tiempo en la búsqueda de orígenes geográficos y de fechas precisas –dice un etruscólogo italiano– "es como tratar de establecer el sexo de los ángeles; contentémonos con establecer la existencia de los ángeles".

# El tesoro inestimable de una tumba intacta



*Estas figurillas de arcilla de sólo 10 cm de altura montaban guardia al difunto en la sepultura con sus brazos en postura de aflicción.*

Ignorado de los ladrones por espacio de unos 2.600 años, el lugar de reposo de dos hombres etruscos y una mujer de alta estirpe fue abierto por primera vez en 1836. Bautizada con el nombre de sus descubridores –un sacerdote y un militar–, la Tumba Regolini-Galassi, cerca de Caere, puso al descubierto un magnífico ajuar funerario. Este material, que actualmente está expuesto en el Vaticano, aportó en aquel momento a los especialistas considerable información acerca de los gustos y la forma de vida de los aristócratas etruscos del siglo VII a. de C.

El origen de su fortuna radicaba en el mineral de hierro y cobre con que traficaban en todo el Mediterráneo. La riqueza recién adquirida fue utilizada no sólo para el deleite de los ojos de los vivos, sino también para impresionar favorablemente a los dioses y asegurar una estancia confortable y de lujo en la vida de ultratumba.

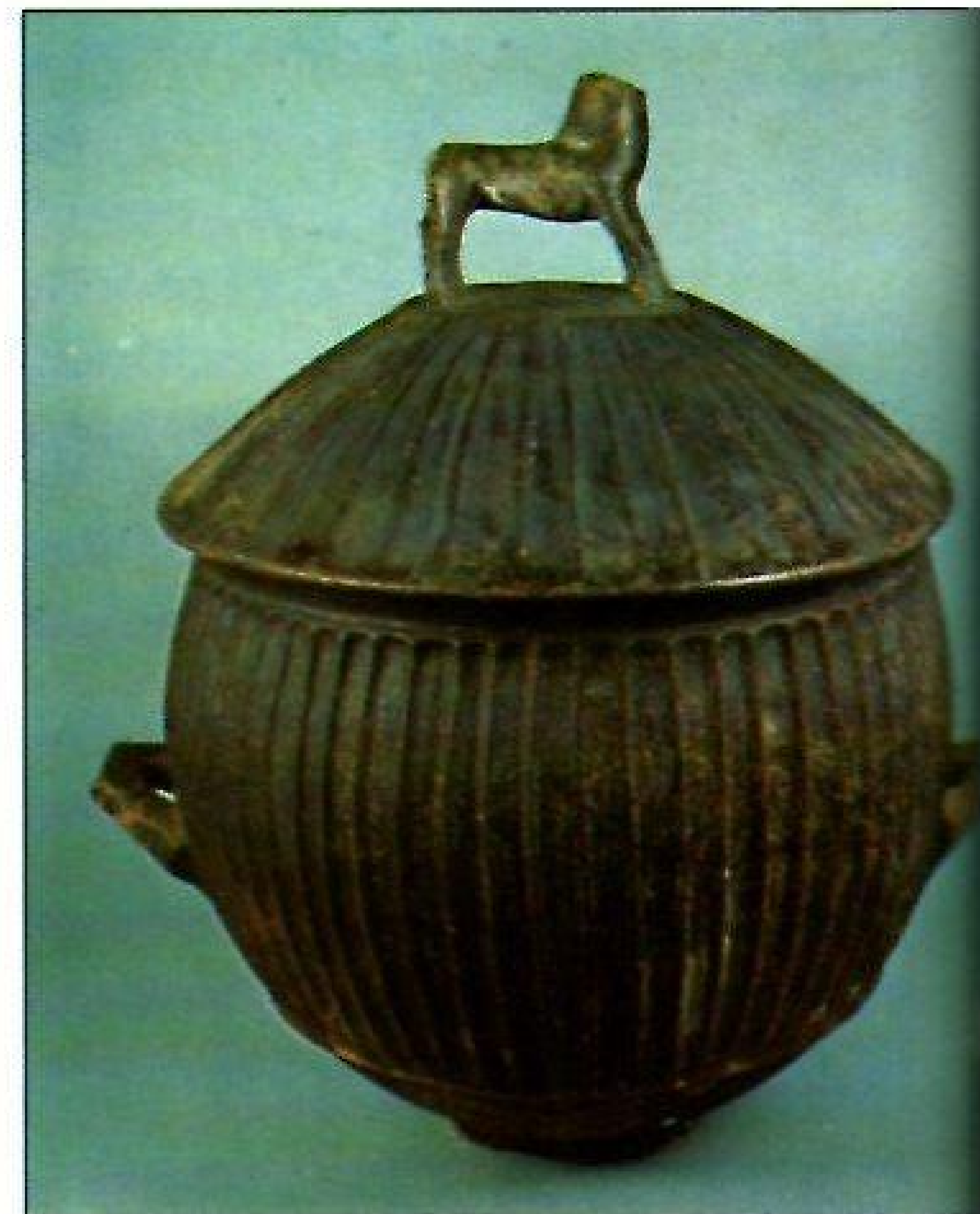
En el sepulcro se hallaron tres clases distintas de objetos; algunos, como las pequeñas estatuillas votivas aquí representadas, eran estrictamente etruscas en su concepción y ejecución. Pero este período, en el que se iniciaba la ascensión etrusca, también conoció un desarrollo artístico que favoreció la adopción de elementos procedentes del Próximo Oriente, tales como las esfinges, leones y palmetas. Los artistas de Grecia y del Asia occidental, atraídos por los opulentos centros urbanos de Etruria, divulgaron estos temas exóticos sobre Italia y los ricos etruscos no tardaron en adoptarlos.

Una tercera categoría de objetos estaba constituida por obras extranjeras importadas por comerciantes fenicios y griegos, lo cual confirma el hecho de que los etruscos pudientes recurrían a la totalidad del mundo mediterráneo para enriquecer su propia cultura.

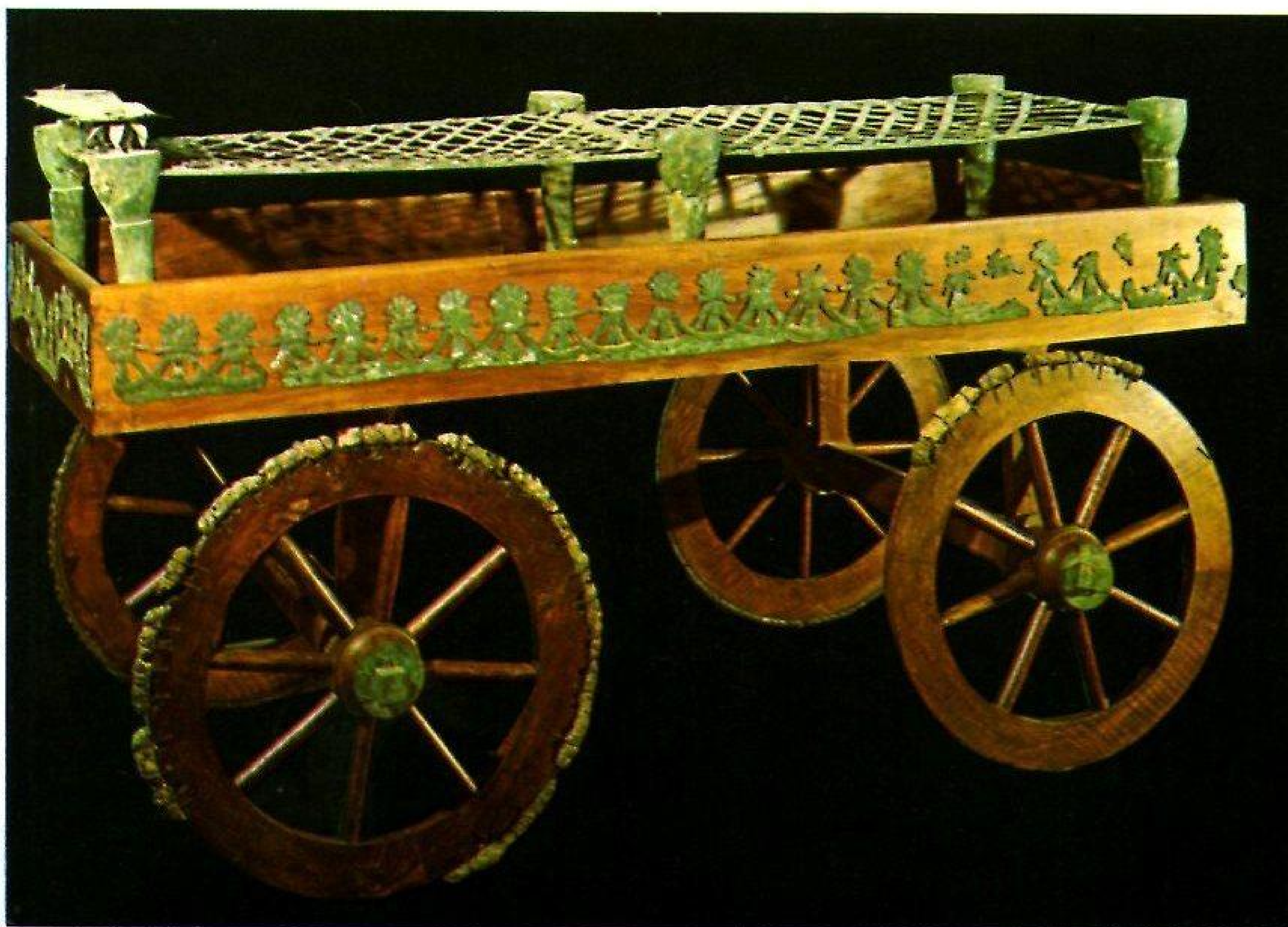
# Obras maestras de la nobleza etrusca



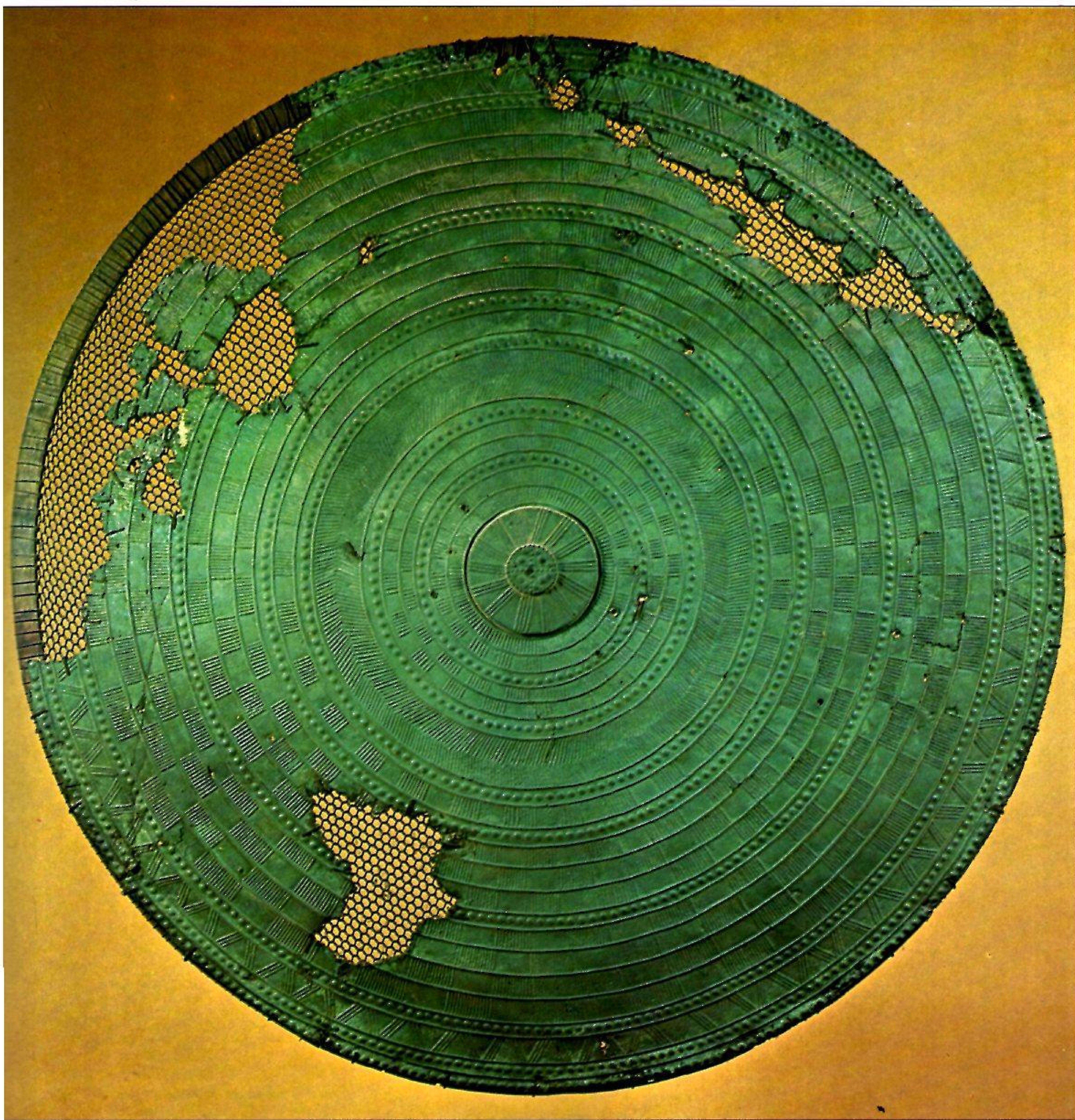
*Lo que se conserva de la decoración en bronce de esta carreta de tamaño natural permitió a los restauradores reconstruir su armazón de madera. El vehículo, con ruedas de 1,20 m de diámetro, podía transportar dos hombres. La lanza termina en una cabeza de león, característica del Próximo Oriente.*



*Urna de arcilla acanalada que contenía las cenizas de un hombre, el único personaje incinerado hallado en la Tumba Regolini-Galassi; los otros dos esqueletos estaban depositados en sendos ataúdes. El vaso funerario, fabricado en la industriosa ciudad de Caere, había sido encargado probablemente por un esforzado y valiente caballero; la efigie de su caballo –actualmente sin cabeza– forma el asa de la tapadera.*



*Colocado sobre una carreta de cuatro ruedas, un lecho de bronce enrejado con pies en forma de flor de loto servía para transportar el cuerpo de un guerrero hasta su última morada. Durante las ceremonias fúnebres los restos del soldado, tendido sobre el lecho, fueron sacados de la carreta, pero el vehículo, decorado con motivos orientales, quedó junto al difunto.*



*Ocho escudos rituales de bronce similares al del grabado protegían el alma del guerrero enterrado en la sepultura. Dado que este escudo mide 90 cm de diámetro y su lámina es sumamente delgada, ha tenido que ser reforzado adecuadamente con una armazón de alambre.*

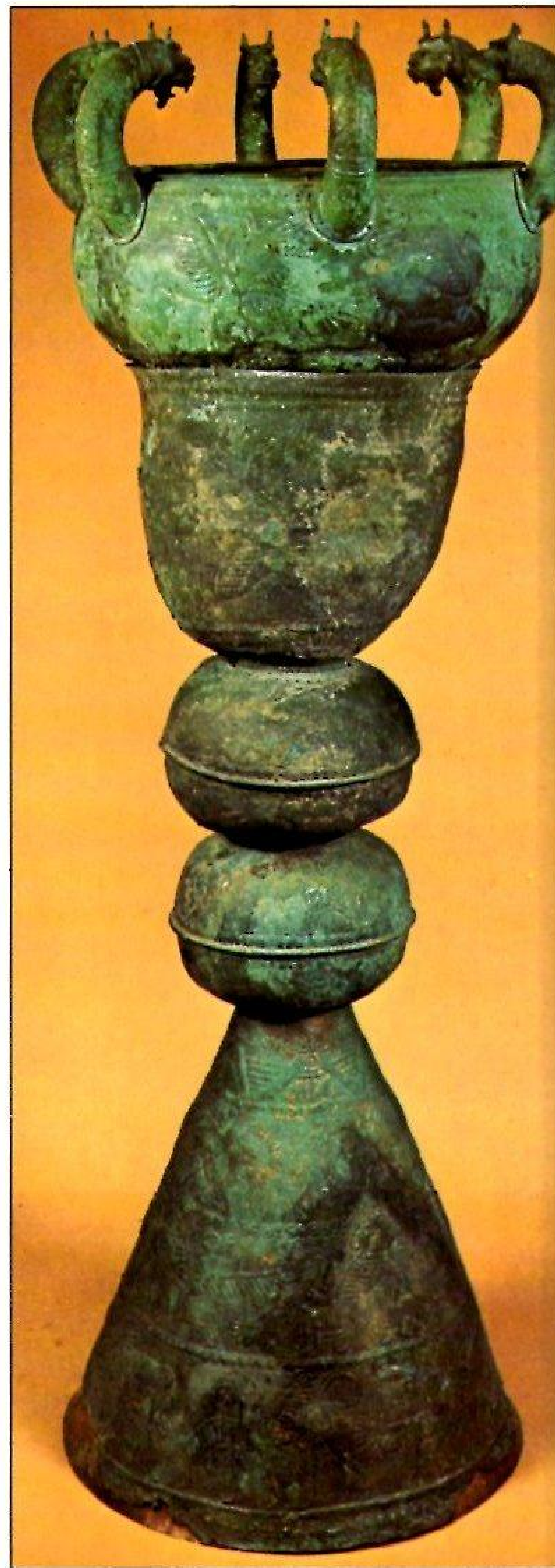
# Utensilios domésticos para la eternidad



*Cuenco de plata decorado con un motivo de escamas de pescado en el borde; fue hallado junto a los restos de una mujer. La palabra Larthia grabada en este recipiente de 7,5 cm de altura corresponde al nombre de su marido.*



*Bandeja de bronce provista de ruedas, de 1 m de longitud, con un recipiente en el centro para contener brasas; se trata probablemente de un quemador de incienso. Es obra de un herrero etrusco.*



*Montado sobre un soporte y con 1,20 m de altura en total, este caldero de bronce presenta una decoración incisa de esfinges; la decoración es actualmente poco perceptible en la superficie oxidada del metal.*



*Los comerciantes fenicios importaron esta pátera de plata dorada desde su colonia de Chipre, posiblemente como parte de un intercambio de metales etruscos exportados en bruto. En el centro aparecen dos leones atacando a un toro; junto a la escena central, un hombre lucha con un león, y unos arqueros de pie o montados se disponen a lanzar sus flechas contra la presa. En el friso exterior de este cuenco de 17 cm de diámetro aparecen soldados portando lanza y escudo; otros conducen carros. El estilo es una mezcla de motivos egipcios y sirios.*



*Recipiente de bucchero –cerámica que constituyó uno de los productos más característicos de Caere– de 15 cm de altura; posiblemente contenía utensilios de escritura en marfil o bronce usados para grabar textos en tablillas de cera. Está cubierto de letras destinadas a ser copiadas por los estudiantes etruscos.*

# El aderezo del difunto



*Adorno de oro de 10 cm de ancho, quizá un brazalete o una arracada maciza, que lució en su día la mujer enterrada en la sepultura; como motivo ornamental, una tríada de diosas se repite varias veces. Sus facciones muestran una mezcla de estilos: el tocado es egipcio y sus túnicas son de influencia griega.*

*Las cuentas y bastoncillos huecos de este collar de oro compuesto de tres hileras llevan decoración geométrica en zigzag, característica del arte etrusco. El collar, del que faltan dos piezas, mide 40 cm de largo y adornaba el noble cuello de su dueño, colgando hasta la cintura.*







*Al igual que el ornamento de la página anterior, este pectoral está recargado con decoración granulada, técnica que consiste en fijar minúsculos granos de oro sobre una chapa también de oro; los orfebres etruscos llegaron a dominar este arte. Las figuras femeninas, que sostienen abanicos en forma de palmetas, se inspiran en el arte sirio. Esta pieza mide unos 7,5 cm de anchura arriba.*

*Ambar procedente del Báltico decora estos colgantes de oro de 22 cm de largo, suspendidos de una cadenilla. Dos cabezas de león aparecen en el cierre del collar y en los extremos inferiores de los tres medallones.*

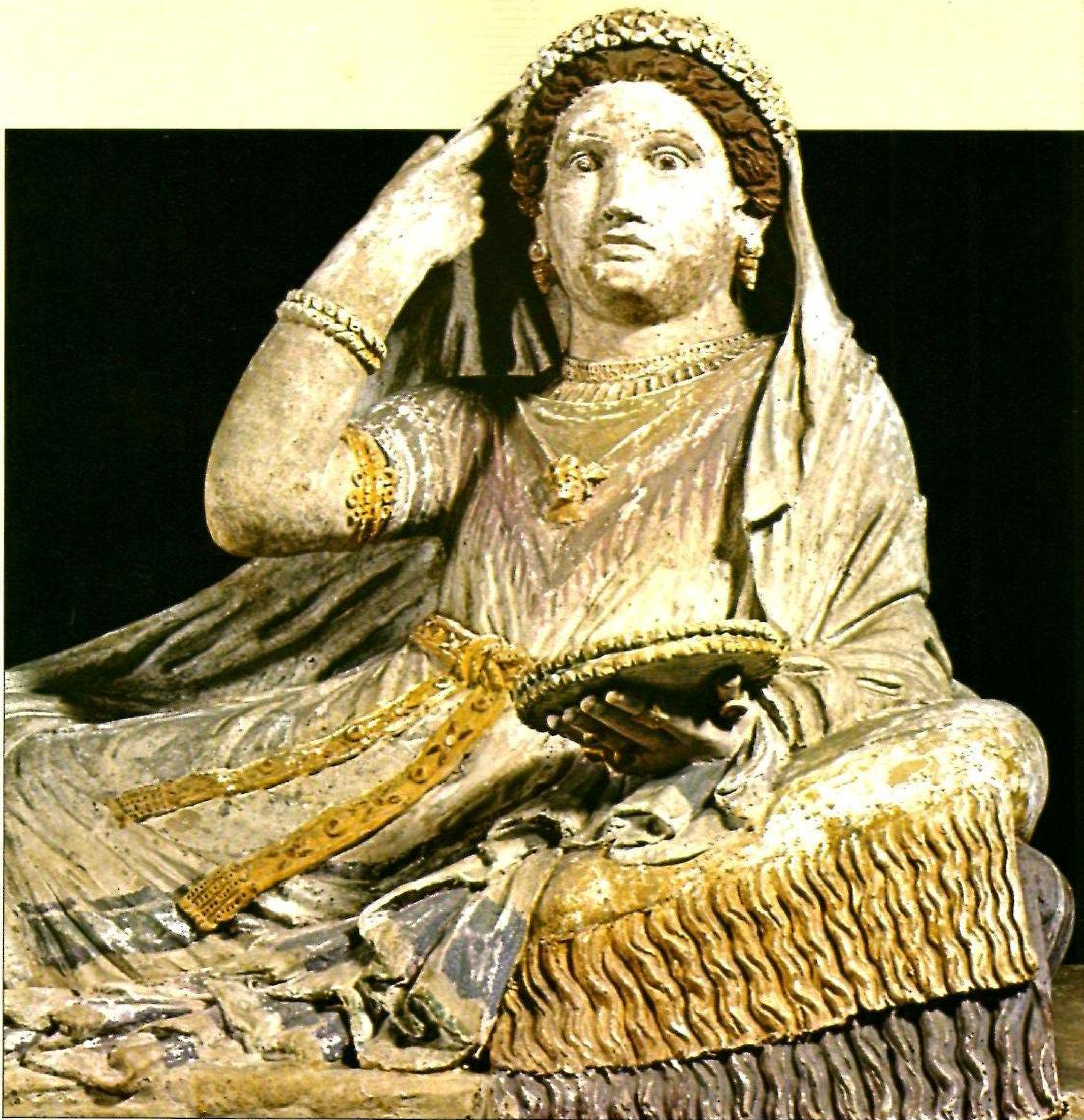


*Pectoral de oro de 40 cm de altura; se halla totalmente cubierto con decoración de motivos abstractos alternando con motivos naturalistas.*



*Broche de oro de 30 cm; en su parte superior presenta leones en movimiento; en el colgante inferior en forma de hoja, unos leones en relieve.*

## Capítulo tercero: Una vida de placeres escandalosos



Para los aristócratas de Etruria, que dejaron una descripción de su vida cotidiana en las pinturas y en el ajuar de sus sepulturas, el crepúsculo era la hora de los festines y de la exhibición. Hacia la caída de la tarde, en cualquier día hacia finales del siglo VI a. de C. y en cualquier ciudad etrusca, los familiares y amigos se reunían en casas elegantes y se reclinaban para pasar una noche de placer, cenando a base de alimentos refinados, bebiendo los vinos más delicados y disfrutando del espectáculo proporcionado por excelentes músicos y bailarines que formaban parte de la casa en calidad de sirvientes. Los nobles, sin distinción de sexos, daban por descontado que serían tratados de la mejor manera posible, por cuanto en un escalón inferior de la sociedad los agricultores, pastores, viticultores y artesanos trabajaban al fin y al cabo para asegurar a unos poquísimos privilegiados una vida del máximo lujo.

Está acabando el día y los huéspedes han ido llegando a la casa de un guerrero de alta estirpe; de las paredes, espléndidamente pintadas, de la sala donde va a tener lugar el banquete cuelgan el casco de bronce, la coraza, las espadas de hoja de hierro, los escudos y las jabalinas del anfitrión. En las mesas laterales están expuestas algunas de las pertenencias más apreciadas de la esposa del anfitrión, tales como bellos vasos de cerámica griega decorados con escenas mitológicas en rojo sobre fondo negro. Velas colocadas en candelabros de bronce iluminan el recinto y el aire se halla impregnado del perfume debido a la quema de incienso. A medida que avanza la noche y el ambiente exterior se enfría, el recinto es caldeado por el carbón de leña que se consume en unos braseros de bronce montados sobre ruedas, obra de artífices metalúrgicos de la ciudad de Vulci.

*Figura de tamaño natural de una noble dama etrusca del siglo II a. de C., fabricada en terracota, que yace sobre cojines provistos de flecos. Su lujosa vestimenta y sus abundantes joyas reflejan la pasión de los etruscos por la buena vida, que tanto chocó a sus austeros vecinos clásicos. Con una mano se arregla el velo, mientras con la otra, cubierta de anillos, sostiene un espejo.*

Los huéspedes, en parejas, se reclinan unos junto a otros en unos divanes almohadillados especialmente diseñados para banquetes y que sobresalen del suelo sobre unos pies de madera tallada. Los sirvientes se afanan por el recinto yendo y viniendo de la cocina. Van provistos de grandes bandejas de bronce repletas de pescado y de cerdo asado, junto con buccheros, en cerámica negra brillante, llenos de verduras, gigantescos quesos y gran cantidad de fruta. Algunos sirvientes transportan copas y tinajas de vino, pintadas al estilo griego y llenas de agua para mezclar con el vino etrusco, de sabor áspero y dulzón. Los alimentos y bebidas son colocados en unas mesas bajas provistas de dos estantes y situadas junto a los comensales, que se hallan reclinados, los cuales, con sus largos y ágiles dedos, van escogiendo los mejores manjares. No tardan en hacer su aparición los perros y gansos de la casa, que se disputan los restos de comida caídos al suelo; los perros se disputan además entre sí pedazos de carne desechados por los comensales por ser demasiado duros para masticarlos. Las copas de vino son alzadas en frecuentes brindis; a veces, antes de acercar las copas a sus labios, los comensales han de ahuyentar una abeja atraída por el dulzor del vino.

Las mujeres tienen un aspecto indolente; su piel es clara y sus párpados espesos, se han maquillado los ojos, sus labios aparecen pintados de rojo y su cabello está peinado hacia atrás y recogido al estilo etrusco, formando una especie de moño hacia arriba, que alguna de las damas ha cubierto con un chal de lana. Llevan arracadas, brazaletes y collares de oro; sus túnicas de lino, de colores vistosos, cuelgan por debajo de sus espaldas dejando al descubierto sus esbeltos hombros, van ajustadas por el talle mediante un cinturón y caen hasta los tobillos formando graciosos pliegues.

Los hombres que se hallan reclinados no parecen ser de estatura mucho más elevada que las mujeres, y puede decirse que su estatura media viene a ser de 1,65 m. Los

más jóvenes van perfectamente afeitados y lucen cabello oscuro, rizado y corto, según una moda recientemente importada de los griegos. No obstante, uno de los hombres de más edad lleva todavía la tradicional barba etrusca y el cabello largo que fue característico de las generaciones pasadas.

Algunos de los hombres se cubren con mantos –que griegos y romanos denominaron *tebennae*– colgados de los hombros. Esta vestimenta consiste en una pieza semicircular de lana de colores vivos; algunos diseños son de tonos fuertes delimitados por tintes contrastantes; otros presentan motivos figurados. Pero en el ambiente cálido de los braseros, la mayoría de los hombres se han desprendido de sus *tebennae* y los han colocado descuidadamente en torno a su cintura, dejando así el torso desnudo. (En tiempos posteriores los romanos adoptarían la *tebenna* transformándola en la toga, símbolo de la ciudadanía romana.)

Algunos comensales han colocado sus zapatos, de los que están profundamente orgullosos, sobre unas banquetas más bajas situadas junto a los almohadones. Nadie en el mundo del siglo VI a. de C. llevó un calzado tan elegante, hecho de piel negra o roja, de alta calidad y con las puntas levantadas; algunas botas de este tipo se ajustan y recubren la pantorrilla y se anudan delante de la rodilla.

Moviéndose por entre los lechos preparados para la cena pasan los músicos y los danzantes, todos ellos esclavos de la casa del anfitrión. Unos muchachos jóvenes de aspecto viril, que adornan sus cabezas con guirnaldas de flores, hacen sonar la larga doble flauta, el instrumento favorito de los etruscos *(página 77)*, mientras otros tocan la lira. Los músicos llevan una vestimenta muy reducida, consistente en unas simples camisas de vivos colores que cubren desde los hombros hasta la rodilla. Bailarines de ambos sexos ejecutan por parejas ciertos pasos tradicionales, levantando sus brazos y moviendo sus dedos hacia fuera y hacia arriba al ritmo de la música, mientras unas danzarinas hacen sonar castañuelas.

Entre plato y plato son presentados unos tableros de juego parecidos a los de ajedrez o a los del chaquete, así como también dados de marfil que se hacen chasquear. Se percibe el sonido de la vajilla. La conversación se anima y las risas van en aumento mientras los músicos templan sus instrumentos. Entre tanto, los sirvientes disputan entre sí en el patio de la casa; los perros ladran y los gansos graznan. El ambiente general es sumamente ruidoso cuando un potentado etrusco ofrece una cena; por ello, la alegría es constante.

Las pinturas murales de las tumbas etruscas nos representan con minuciosidad estos festines celebrados hace 2.500 años *(páginas 78-79)*; confirmando este testimonio pictórico, varios autores clásicos nos han dejado constancia de la suntuosidad de los banquetes etruscos. Poseidonio, el filósofo y viajero griego, al escribir durante el siglo II a. de C. hizo notar que los etruscos tenían mesas "lujosamente servidas, con todo cuanto puede contribuir a una vida refinada; disponen de lechos cuyas colchas están bordadas con flores y utilizan abundante vajilla de plata, y tienen a su disposición un considerable número de esclavos".

Otros autores nos han hablado de la afición que los etruscos sentían por la música, acompañamiento indispensable de casi todos los actos, desde festivales privados hasta ceremonias rituales funerarias y religiosas. Esta pasión por la música sorprendió a sus contemporáneos; según ciertos relatos, los etruscos lucharon en el campo de batalla, apaleaban a sus esclavos e incluso amasaban el pan al ritmo de la música. Una pintura al fresco en una tumba cerca de Orvieto representa a un músico tocando la flauta mientras un panadero amasa la pasta.

Surge entonces la pregunta de si los etruscos cantaban al son de su música. Al parecer no fue así. El historiador Tito Livio, al describir unos augures y juglares etruscos que fueron invitados a Roma hacia el 365 a. de C. con objeto de apaciguar a los dioses y terminar con una plaga, nos dice que "músicos procedentes de Etruria, que danzaban al son de la flauta, ejecutaron, según las formas



*Las efigies en terracota, de tamaño superior al natural, de una joven pareja de patricios etruscos reclinados sobre la cubierta de su sarcófago común, hallado en Caere, fueron construidas en torno al 500 a. de C. Apoyadas sobre un diván del tipo utilizado para banquetes y con un brazo que rodea amorosamente el hombro de la esposa, parecen estar en animada conversación. La mujer lleva un traje y un tocado al estilo griego, pero la norma que permitía a hombres y mujeres discutir en público y con familiaridad era etrusca; las mujeres griegas permanecían en segundo plano.*

*Desde sus asientos en las graderías, los espectadores etruscos de las clases altas contemplan un combate de lucha, mientras los esclavos y los niños asisten al espectáculo sentados en el suelo. La lucha era un acontecimiento popular entre los deportes etruscos, que tenían lugar varias veces durante el año y comprendían así mismo el boxeo, el pedestrismo y las carreras de caballos. A diferencia de las mujeres griegas y romanas, las damas etruscas se mezclaban en público con los hombres; vestían con sencillez pero con elegancia y cubrían sus cabellos y sus hombros con graciosas manteletas.*



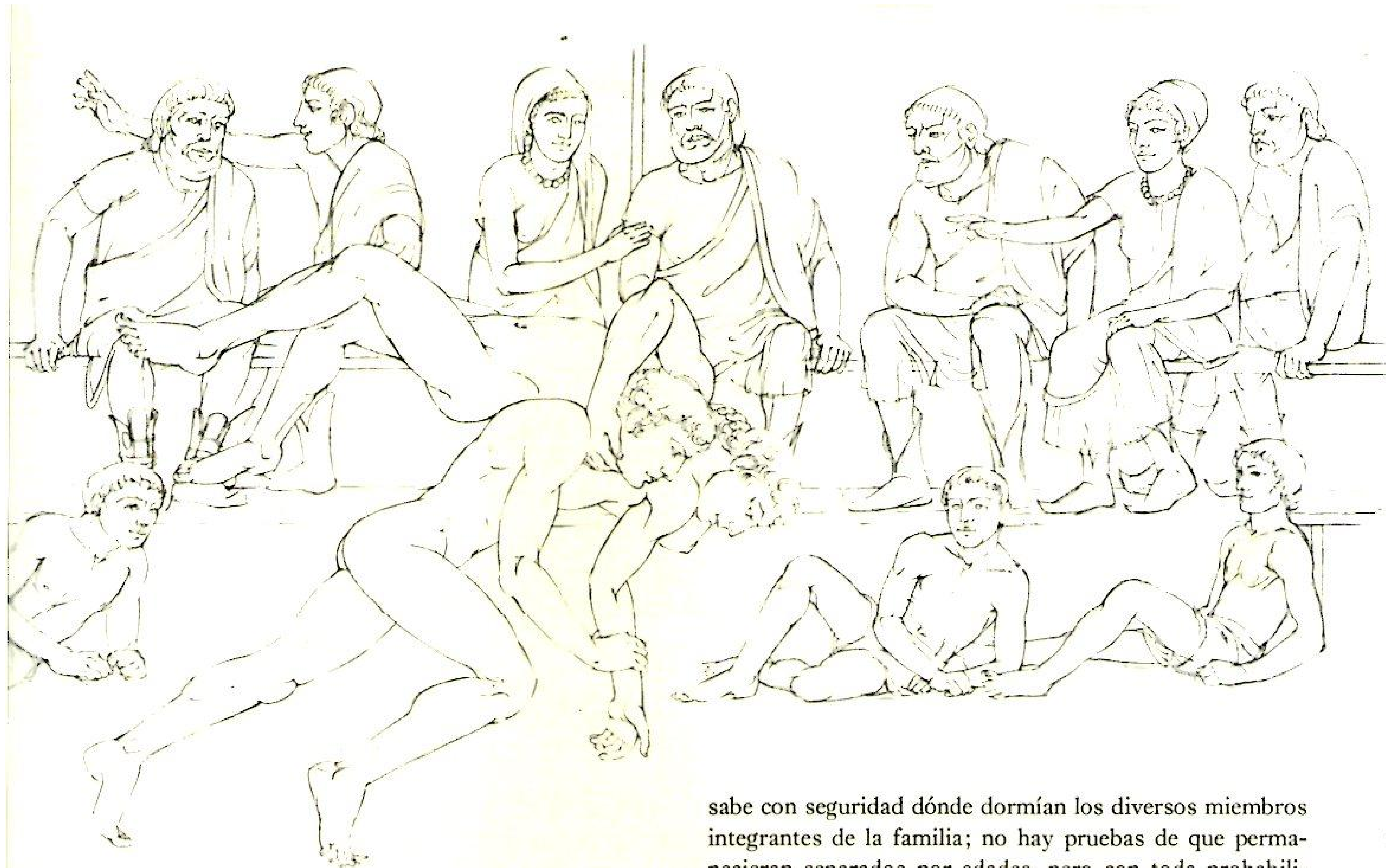
toscanas, ciertos movimientos no exentos de gracia, pero que, no obstante, no iban acompañados por canciones ni por representaciones teatrales".

Desde luego, si los etruscos no llegaron a cantar, sí practicaron el baile *(páginas 80-81);* en las paredes de las tumbas, en las vasijas, en bajorrelieves y en los espejos se los ha representado bailando. Practicaron la danza como juglares en los banquetes, como soldados en actos rituales destinados a invocar el favor de los dioses de la guerra, y como partícipes en múltiples ritos de carácter no marcial. Bailaban como manifestación externa de su buen humor y de su excelente salud y como demostración de la alegría de vivir bajo el brillante sol etrusco.

Las viviendas en que tuvieron lugar la mayor parte de las actividades descritas pueden ser parcialmente reconstruidas partiendo de los restos de habitación excavados por los arqueólogos, si bien la principal fuente de información hay que buscarla en las tumbas etruscas, cuya configuración venía a ser una copia fiel del formato y demás pormenores de las viviendas reales de sus propietarios. La única diferencia radica en que los lugares de reposo de los muertos estaban excavados total o parcialmente en la roca, mientras que las viviendas de los vivos estaban construidas a base de ladrillos de adobe secados al sol, colocados sobre gruesas vigas de roble o de madera de haya procedentes de los bosques que en aquella época tanto abundaban en Italia.

Unas excavaciones suecas realizadas recientemente en una ciudad etrusca de Acquarossa, cerca de Viterbo, han confirmado la semejanza entre las viviendas de los etruscos y sus tumbas. En Acquarossa, una casa de tipo normal y corriente de un aristócrata etrusco de los años 500 antes de Cristo parece haber consistido en una estructura rectangular de una sola planta, que puede haber medido 9 × 12 m y construida sobre cimientos de bloques de tufa. La techumbre inclinada estaba cubierta con tejas de terracota, algunas de las cuales medían hasta 90 cm de largo por 45 de ancho. La techumbre rebasaba las paredes de la casa con objeto de proteger los ladrillos y la madera contra la lluvia. Los frontones y los antepechos se hallaban a veces tan profusamente decorados como los de los templos *(páginas 102-107),* con relieves de terracota brillantemente pintados que representaban animales y monstruos, así como con simples elementos decorativos abstractos. Todas las puertas y ventanas se hallaban encuadradas en sólidos marcos y dinteles de madera.

La distribución de la planta de una casa típica de Acquarossa, como otras similares halladas en ciudades etruscas, era sumamente sencilla. Se entraba a través de un amplio patio a cielo abierto y rodeado de muros; una vez atravesado el patio, el visitante se hallaba ante la entrada del vestíbulo de la casa, una dependencia cubierta muy poco profunda pero del mismo ancho que la casa. Este vestíbulo puede haber sido la dependencia donde los proveedores entregaban sus provisiones, pero también un pa-



sillo que los sirvientes de la casa recorrían en su quehacer diario e incluso el dormitorio del servicio. En la arquitectura romana esta habitación llegó a convertirse en el atrio, la dependencia de la casa donde se recibía a los comerciantes, a los asociados en el negocio y a los huéspedes. Según el historiador romano Varrón, los romanos heredaron de los etruscos la idea del atrio y su propio nombre.

En el extremo opuesto del vestíbulo había unas puertas que daban acceso a tres habitaciones alineadas una junto a otra y que ocupaban toda la anchura del edificio. La habitación central, que no debía medir más de 4,5 m de ancho, servía para múltiples usos; durante el día el dueño de la casa la ocupaba probablemente para dedicarse a sus negocios, pero al llegar la noche se convertía en salón comedor y de recreo. Terminada la velada, cuando los invitados ya se habían ido, los divanes del banquete servían de cama para los huéspedes y otros invitados remolones, poco dispuestos a regresar a sus hogares.

Una de las habitaciones laterales servía de cuarto general de trabajo y de cocina y estaba provista de un horno con su chimenea; la tercera habitación se utilizaba como segundo dormitorio o bien como despensa. No se sabe con seguridad dónde dormían los diversos miembros integrantes de la familia; no hay pruebas de que permanecieran separados por edades, pero con toda probabilidad los padres se reservaban para sí la intimidad de la habitación central.

Testimonios de otra localidad etrusca –Marzabotto, cerca de Bolonia– demuestran que los etruscos tenían excelentes instalaciones sanitarias: conductos cubiertos y protegidos con piedras conectaban cada vivienda con los desagües generales practicados en zanjas a lo largo de las calles bien pavimentadas. Existían otras canalizaciones mediante tubos cilíndricos de terracota y moldeados para acoplarse el uno al otro, tan eficaces como lo puedan ser las canalizaciones modernas, y que servían para, por efecto de la gravedad, conducir agua limpia desde cisternas elevadas situadas en las proximidades. Muchas casas también disponían en el patio de su propio pozo.

En el suelo casi no se han encontrado utensilios y accesorios con que se amueblaba la casa, excepto pequeños restos de cerámica; en cambio, como ocurre siempre, las tumbas nos proporcionan mucha más información. Algunas han puesto al descubierto ciertos objetos que fueron colocados en la cámara funeraria como ofrendas para el difunto o como accesorios para los festines en la otra vida, tales como candelabros de bronce, platos, bandejas, coladores, copas, mesas y sillas. Otras tumbas nos han revelado un ajuar casero completo en forma de pinturas en las paredes o bajorrelieves de terracota.

## "Artistas hábiles y poseídos de amor"

El talento y la calidad de los artistas etruscos, muy admirados por sus propios compatriotas, llegaron a impresionar incluso a los griegos, que solían desdeñar lo extranjero; es posible que esta sensación de respeto se debiera a que los etruscos adaptaban temas mitológicos griegos a sus propios motivos ornamentales. Sea como fuere, el poeta griego Pherécrates, del siglo V a. de C., habla elogiosamente de los "artistas hábiles y poseídos de amor" de Etruria.

Estos artistas tan apreciados utilizaban una gran diversidad de metales y de arcillas. La riqueza de Etruria en cuanto a estaño y cobre, es decir, los componentes esenciales del bronce, permitieron utilizar ampliamente esta aleación para fabricar armas, mobiliario y para fines decorativos; las damas etruscas conservaban sus accesorios de maquillaje, sus alfileres y sus peines en cofres de bronce llamados cistas *(derecha).*

Los etruscos también se especializaron en cerámica de *bucchero (extrema derecha),* cuyo característico color negro se obtenía al cocer la arcilla de la región –que contenía partículas de hierro– mediante un procedimiento peculiar que permitía combinar el oxígeno con el hierro para formar un óxido férrico negro.



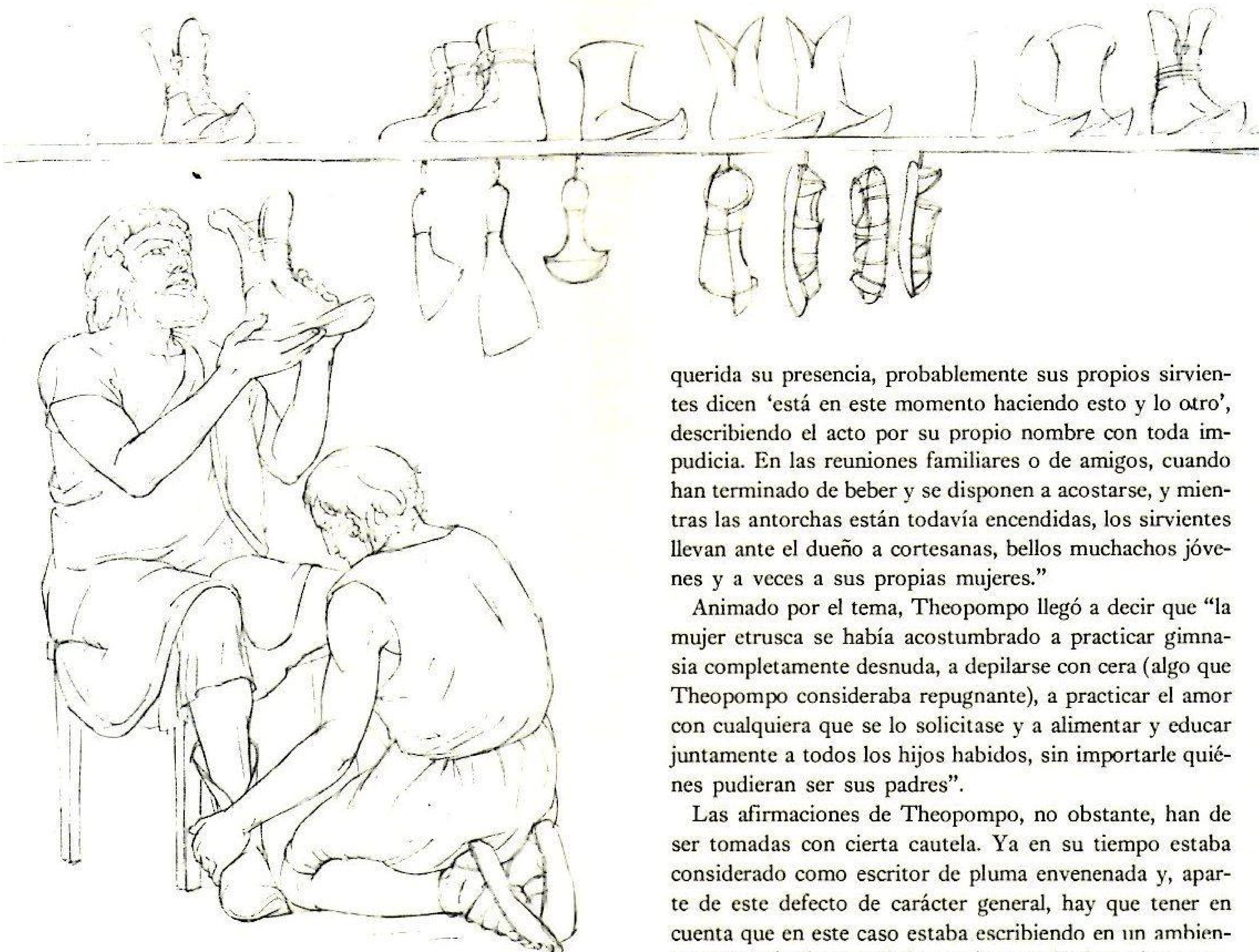
*La cista Ficoroni (a la derecha) estaba destinada al maquillaje y mide más de 60 cm de altura por 33 cm de diámetro; fue fabricada en Praeneste, cerca de Roma, en el 350 a. de C. Los grabados que ostenta representan una leyenda griega según la cual un héroe llamado Polydeuces ata al belicoso rey Amycus a un árbol como castigo por haber obligado a unos extranjeros a luchar contra él. Como aprobando el hecho, la diosa Atenea aparece como espectadora (centro), vestida al estilo etrusco. En la tapadera, el dios del vino, Diónisos, y dos sátiros.*



*Delicada copa para vino, en oro, del siglo* VII *a. de C., de menos de 10 cm de altura; fue hallada en la Tumba Bernardini de Praeneste. Esfinges estilizadas de la mitología griega –figuras con cuerpo de león y cabeza humana– decoran las asas.*



*Este vaso de bucchero de 45 cm de altura, procedente de Orvieto, tiene 2.600 años de antigüedad. Tanto los artesanos griegos como los etruscos imitaron frecuentemente los motivos orientales. El caballo que remata el vaso y el friso de perros yuxtapuestos acusan influencia extranjera.*



A los ojos de muchos observadores clásicos, el estilo de vida de los etruscos era demasiado suntuoso y demasiado hedonista para coincidir con sus gustos más austeros. Uno de los aspectos que fue objeto de frecuentes censuras fue la gran libertad de costumbres en materia sexual. Efectuaban la mayor parte de sus actividades diurnas, así como también las nocturnas, por parejas; es lógico que de un mundo formado por parejas cabe esperar algún acto sexual; a los ojos de los griegos y de los romanos los etruscos llevaron estas costumbres hasta más allá de lo que exige la mínima decencia.

Así, por ejemplo, el historiador griego Theopompo, conocido por su chismorreo, cuando en el siglo IV a. de C. escribe sobre los etruscos dice: "Para ellos no es motivo de vergüenza cometer en público un acto sexual y están tan lejos de considerarlo vergonzoso, que cuando el dueño de la casa está ocupado en hacer el amor, al ser requerida su presencia, probablemente sus propios sirvientes dicen 'está en este momento haciendo esto y lo otro', describiendo el acto por su propio nombre con toda impudicia. En las reuniones familiares o de amigos, cuando han terminado de beber y se disponen a acostarse, y mientras las antorchas están todavía encendidas, los sirvientes llevan ante el dueño a cortesanas, bellos muchachos jóvenes y a veces a sus propias mujeres."

Animado por el tema, Theopompo llegó a decir que "la mujer etrusca se había acostumbrado a practicar gimnasia completamente desnuda, a depilarse con cera (algo que Theopompo consideraba repugnante), a practicar el amor con cualquiera que se lo solicitase y a alimentar y educar juntamente a todos los hijos habidos, sin importarle quiénes pudieran ser sus padres".

Las afirmaciones de Theopompo, no obstante, han de ser tomadas con cierta cautela. Ya en su tiempo estaba considerado como escritor de pluma envenenada y, aparte de este defecto de carácter general, hay que tener en cuenta que en este caso estaba escribiendo en un ambiente caracterizado por el desprecio que desde antiguo sentían los griegos por los etruscos. Al fin y al cabo, fueron los etruscos quienes hicieron causa común con Cartago para bloquear a Grecia por el mar, y fueron también ellos quienes detuvieron el avance griego por la península italiana en Cumas.

Tanto si Theopompo fue o no digno de crédito con sus relatos, sus prejuicios a menudo le hicieron ignorar circunstancias importantes. Por ejemplo, cuesta creer que las mujeres etruscas casadas criasen a la vez varios hijos nacidos de diversos padres, sin el consentimiento de sus maridos.

El aspecto esencial que se esconde tras las observaciones de Theopompo, es decir, lo que realmente le tenía preocupado, no es tanto la supuesta libertad de la mujer etrusca o su absoluto desprecio por otras culturas, sino su casi equiparación con el hombre. La libertad de que gozaba la mujer etrusca chocaba a los escritores griegos y romanos. Escandalizados, estos escritores afirmaron que

*En el taller de un zapatero, un noble etrusco del año 525 a. de C., cuyo armario de calzado –un importante símbolo social– ya contenía sandalias y botas acordonadas, admira un sólido zapato de cuero provisto de correas y con sus puntas levantadas. El artesano prueba al cliente el zapato más blando, similar a los expuestos en el centro de la estantería.*



aquellas mujeres no se circunscribían a sus tranquilas habitaciones como ocurría en las viviendas de las mujeres griegas, ni se les exigía que invirtiesen su tiempo educando a sus hijos y haciendo labores como las virtuosas matronas romanas. Al contrario, se exhibían en público, comían y bebían desenfadadamente con sus maridos, entregando ellas mismas sus copas a los sirvientes para que las llenaran de vino y llegando incluso a pronunciar brindis en honor de los huéspedes. Ello era radicalmente opuesto al papel impuesto por los romanos a sus mujeres, que no sólo tenían prohibido ser las primeras en beber vino, sino que incluso hubo un tiempo en que cada día tenían que besar castamente en la mejilla a los parientes de su esposo para demostrar que su aliento no estaba contaminado por el alcohol.

Ciertamente la mujer etrusca disfrutó de muchos de los privilegios que fueron motivo de escándalo para Theopompo y sus colegas. Hay pruebas, por ejemplo, de que acudían con entera libertad a espectáculos públicos, incluso a acontecimientos deportivos; las pinturas de las tumbas de Orvieto y de Tarquinia nos las muestran siguiendo con interés los ejercicios de los boxeadores, acróbatas y aurigas.

Theopompo simplemente no podía llegar a comprender cómo era posible que la mujer fuese tratada en un plano de igualdad con el hombre sin incurrir en la promiscuidad. En abierta contradicción con esta imagen de un pueblo despreocupado y alegre, tenemos la imagen de unas parejas etruscas que surgen de las inscripciones funerarias de un sarcófago; es el cuadro que representa a dos asociados muy bien hermanados, que figuran a la cabeza de unas unidades familiares compuestas de padre, madre e hijos.

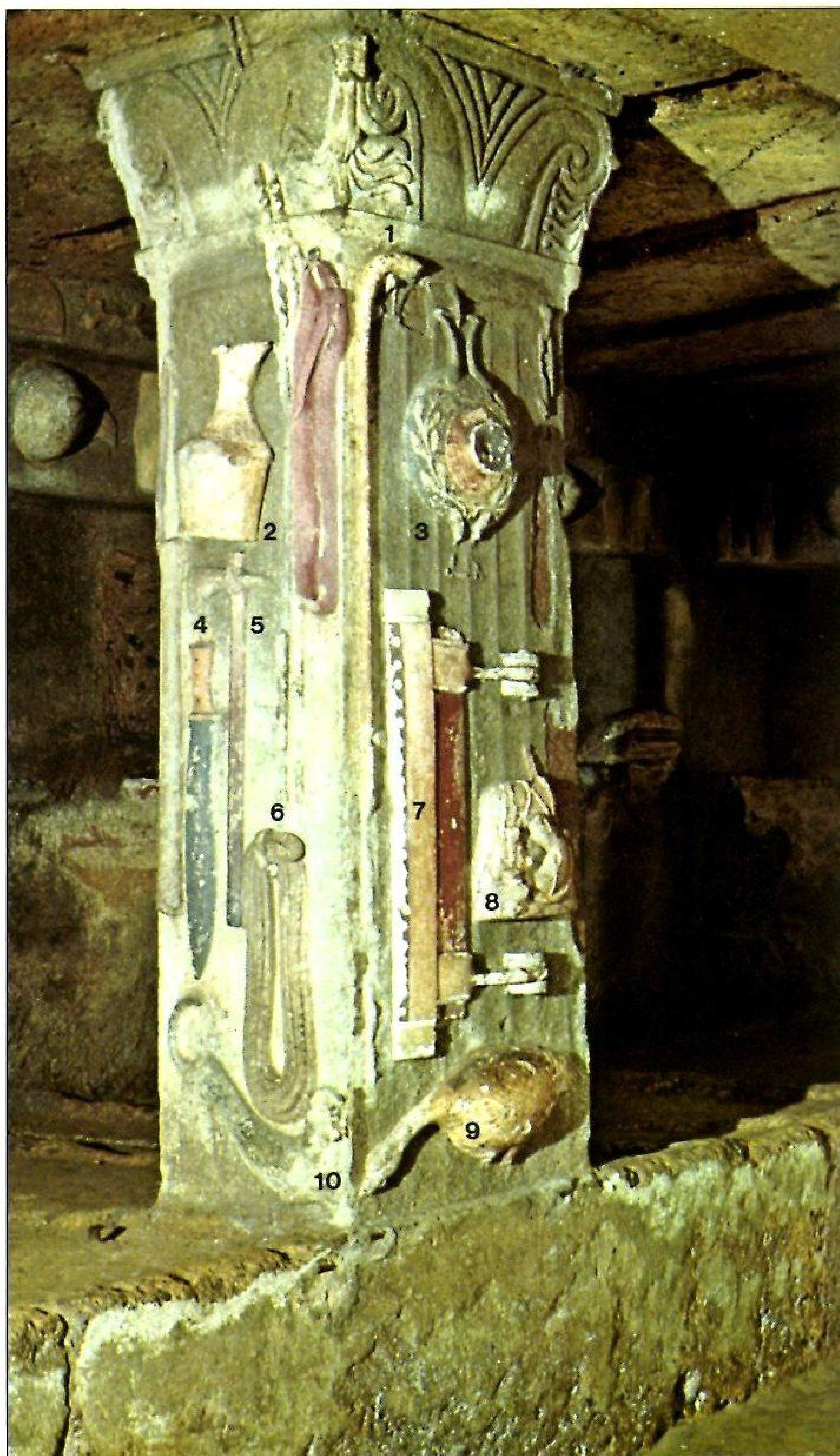
Desde luego no todo era idílico en las casas etruscas; una leyenda que tuvo su origen en Roma durante el siglo I d. de C. nos describe el caso de un eminente joven etrusco, Plautio Silvano, que vivía en Roma y que una noche arrojó a su mujer por la ventana en el transcurso de una discusión. Esta ruptura de la armonía doméstica supuso para la familia un deshonor, que llegó a ser intolerable a los ojos de la abuela de Plautio, una verdadera arpía llamada Urgulania, la cual intentó deshacer el entuerto entregando una daga a Plautio para que se suicidase. Pero Plautio no lo hizo. Como último extremo, Urgulania, que casualmente era íntima amiga de Livia, la mujer del emperador Augusto, se las arregló para expulsar a Plautio de la casa mediante otra estratagema: consiguió que su nieto, el que defenestró a su esposa, fuese designado compañero del nieto de Livia, un joven al que la familia imperial consideraba casi como idiota. Quizás en aquel momento Urgulania y Livia creyeron que sus respectivos nietos harían buenas migas; pero resulta que el que defenestró a su mujer se convirtió en un excelente tutor y el casi idiota llegó a ser un alumno aprovechado. Este último fue educado a base del conocimiento de los etruscos y de su ciencia y creció hasta llegar a ser el muy intelectual emperador Claudio, autor de los veinte volúmenes hoy perdidos consagrados a la historia etrusca.

Por supuesto, no todas las mujeres etruscas tenían tanta influencia como Urgulania, pero evidentemente tenían gran personalidad e ideas propias. Las mujeres romanas más célebres eran conocidas solamente por la versión femenina del nombre de familia de sus padres: Claudia por Claudio, Tullia por Tullio, Cornelia por Cornelio. Pero la mujer etrusca conservaba sus propios apellidos, además de los de familia. Algunos de estos apellidos han llegado hasta nuestros días en objetos hallados en tumbas, lo que confirma el hecho de que las matronas etruscas ejercitaban también derechos de propiedad. Por ejemplo, en una tumba conocida por la abundancia de cerámica griega que contenía, los arqueólogos hallaron vasijas que contenían no sólo la firma del ceramista que las fabricó, sino también los nombres de sus propietarios etruscos; una de estas inscripciones dice: "Yo pertenezco a Çulni"; otra dice: "Soy propiedad de Ati". Hay varias inscripciones funerarias de tipo familiar que aluden a Veilia, Anneia, Coesidia, Ramtha y Tanaquil.

# Guía de la Tumba de los Relieves

Como sea que los etruscos creían firmemente que los muertos tenían las mismas necesidades que los vivos, dotaban las tumbas con todos los accesorios necesarios para una vida terrenal confortable; por eso las tumbas excavadas hasta ahora a menudo constituyen un fiel reflejo del aspecto de una vivienda etrusca. La Tumba de los Relieves, en Cerveteri, es probablemente el mejor ejemplo de un lugar de enterramiento que evoca por completo la atmósfera de un hábitat.

En esta cámara excavada en la roca, los bienes de este mundo se hallan representados en forma simbólica como bajorrelieves de estuco que en su día se hallaban recubiertos de colores vivos. Utensilios de cocina, accesorios y vajilla, todo el ajuar propio de una vivienda próspera durante el siglo III a. de C., está dispuesto en forma ordenada sobre las gruesas columnas cuadradas que sostienen la bóveda de la tumba. Las armas que uno encontraría en la casa de un guerrero de alcurnia se exhiben en las paredes. Dos lechos con gruesos almohadones están dispuestos para acoger a los que han de dormir. Al lado de uno de los lechos, decorado con un relieve de Charun, el barquero mitológico, y su perro Cerverus, hay un par de zapatillas de mujer sobre un banquillo. El único objeto extraño a esta tumba es una estela *(centro, en primer término),* aportada por los arqueólogos.




*Reproducciones en yeso de objetos utilizados en la vida diaria de una rica familia etrusca cubren las paredes de la Tumba de los Relieves. Los objetos, así como dos animales domésticos, se describen abajo.*

1. Cayado de pastor
2. Cántaro de vino
3. Cuenco para beber
4. Machete
5. Piocha
6. Rollo de cuerda
7. Tabla con ruedas
8. Alforja
9. Ganso
10. Garduña
11. Almohadas
12. Sábana doblada
13. Armario ropero
14. Lecho decorado
15. Casco y escudos
16. Sandalias sobre un banquillo
17. Mortero
18. Recipiente sobre un trípode
19. Cucharón
20. Soporte para cuchillos
21. Barras para asar
22. Rueda de queso


22
15
3
21
11
11
12
14
20
19
13
16
18
17

Fue precisamente una Tanaquil la mujer etrusca mejor conocida y más claramente identificada como personaje histórico. Se trata de la mujer de un hombre que, bajo el apellido latinizado de Lucio Tarquinio, llegó a ser el primer gobernante etrusco de Roma; por lo demás, parece tratarse de una mujer formidable en todos los aspectos. Si la historia de Tanaquil y de su marido, tal como la describe Tito Livio, es correcta sólo en una pequeña parte, es evidente que desempeñó un papel importante en la elevación al trono de Tarquinio y en el establecimiento de los etruscos en el solio de Roma.

Según Livio, Tanaquil pertenecía a la aristocracia de Tarquinia y le molestaba la forma despectiva en que sus compatriotas miraban a su marido, de madre etrusca, pero cuyo padre era un sencillo inmigrante griego. Tal como la describe Livio, esta mujer "no era del tipo de las que están dispuestas a soportar en su vida matrimonial circunstancias más humillantes que las que ya había vivido. Resuelta a conseguir que su marido se hiciese acreedor al respeto que merecía, borró de su mente todos los afectos naturales que sentía por su ciudad natal y resolvió abandonarla para siempre. Teniendo en cuenta su objetivo, decidió trasladarse a Roma por considerarla el lugar más apropiado, ya que Roma era entonces una comunidad joven y prometedora donde no habían de faltar oportunidades para un hombre decidido y donde las oportunidades de ascenso se producían con rapidez."

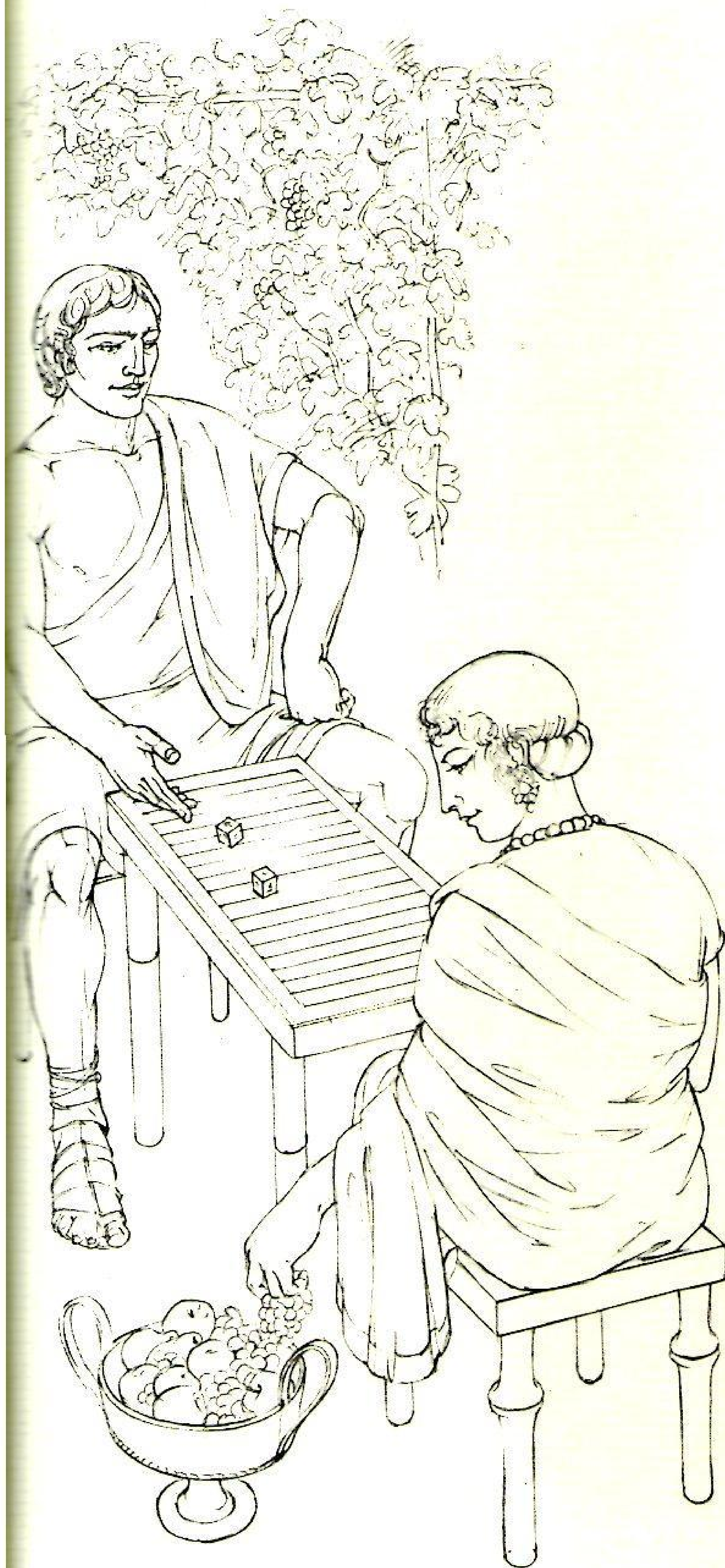
Tito Livio continúa y dice que, accediendo a las presiones de Tanaquil, la pareja se trasladó a Roma en carreta probablemente hacia el año 625 a. de C. (Algunos autores modernos creen que es posible que el marido se hubiese trasladado no en un carruaje, sino al frente de una tropa.) Llegaron a la cumbre de la colina del Janículo, desde la que se divisa una espléndida panorámica del Tíber, así como de la planicie baja que llegó a ser el Foro y también de aquellas modestas alturas conocidas como las Siete Colinas. Al llegar a la cumbre del Janículo, Tanaquil y su esposo hicieron un alto y probablemente quedaron boquiabiertos, como les ha ocurrido a tantos miles de personas que han ascendido a este punto más elevado de Roma. De pronto, un águila sobrevoló por encima de la cabeza del marido de Tanaquil, le tomó su casco, voló un rato con él y, marcando círculos en torno suyo, se lo restituyó.

"Como la mayor parte de los etruscos, Tanaquil era muy versada en prodigios celestes –cuenta Livio– y aceptó de buen grado el presagio. Echando sus brazos alrededor del cuello de su marido, le dijo que no existía una suerte tan elevada que él no pudiese alcanzarla. Agregó: 'Ten en cuenta desde qué región del cielo vino el águila. ¿Acaso no hizo bien patente su mensaje al dirigirse a tu cabeza. o sea, a la parte más elevada de tu ser? ¿Acaso el águila no tomó lo que de hecho era una corona, sacándola de una cabeza humana para inmediatamente restituirla con la aprobación de los cielos, que es donde procede que esté?'"

Tito Livio continúa su narración explicando cómo Tarquinio, ayudado por la ambición de Tanaquil y por la lectura de los presagios, además de por su propio entusiasmo y la habilidad de que hizo gala para reunir votos, fue elegido para ocupar el trono de Roma en el 616 a. de C. Después de haber visto a su marido convertido en rey, Tanaquil se ocupó de buscar y educar al que sería su sucesor, un joven etrusco cuyo nombre romanizado era Servio Tullio *(páginas 27-29)*, cuidando desde aquel momento de su carrera.

Tito Livio continúa su descripción: "Un buen día, estando el muchacho dormido, su cabeza se inflamó; el ruido y la excitación causados por tan extraordinario suceso llegaron a oídos del rey y de la reina, quienes acudieron al momento. Un sirviente se apresuró a buscar agua y se disponía ya a echarla sobre las llamas, cuando la reina le detuvo indicando que por ningún concepto había que molestar al muchacho. Tanaquil habló a solas con su marido y le dijo: 'Llegará un día en que este muchacho será una luz en nuestras tinieblas y el sostén de nuestra casa en los días de aflicción'."

Andando el tiempo, Tanaquil dio a su propia hija como



*Jardín de una vivienda etrusca y escenario del juego en el siglo IV a. de C. Probablemente se trata de una forma primitiva de juego de chaquete, practicado con dados sobre un tablero denominado tabula lusoria. En lugar de llevar puntos, cada cara del dado llevaba escritos unos números; según parece, al restar los valores que figuraban en las caras opuestas el resultado era invariablemente tres: seis menos tres, cinco menos dos, cuatro menos uno, etc. La dama cubre su túnica con una manteleta o chal y luce arracadas de oro ricamente decoradas. El hombre va vestido con una tebenna o manto corto redondeado y calza sandalias.*

esposa al muchacho. Más adelante, cuando Tarquinio fue asesinado, ella tomó las disposiciones necesarias para asegurar la sucesión al trono en favor de Servio Tullio. A pesar de que su esposo había muerto, Tanaquil se asomó a una ventana de palacio y dijo al pueblo alarmado que el rey había sufrido simplemente un fuerte golpe en la cabeza que le había dejado incapacitado; que todo seguiría su curso normal y que, hasta que el rey se hubiese recuperado, Servio Tullio ocuparía el trono por delegación. Así se hizo. Cuando el pueblo de Roma conoció la verdad, que el rey había fallecido, Servio Tullio había tomado ya las riendas del poder.

Por desgracia, la suerte de Etruria, ahora en manos de mujeres, tomó un rumbo trágico. Según Livio, la voluntariosa Tanaquil fue sucedida por otra dama no menos enérgica: Tullia, la hija de Servio Tullio, la cual, junto con su hermana, de carácter más afable, se habían casado con los hijos de Tanaquil y de Tarquinio. Pero así como Tanaquil intervino activamente en la organización de estos matrimonios, en este caso falló su habitual buen juicio; en efecto, las parejas no podían haber sido peor emparentadas. Una de las hijas y uno de los hermanos eran de carácter débil, mientras sus consortes eran duros y ambiciosos. A Tullia la voluntariosa le correspondió el marido inadecuado, es decir, el débil de carácter, y llegó a sentir celos del marido de su hermana, por ser este último de carácter más enérgico. Concibió por ello la idea de hacer asesinar a su hermana y a su propio marido, tras lo cual contrajo matrimonio con el marido de la hermana difunta y así contribuyó a preparar la muerte de su propio padre el rey. Una vez ejecutado el asesinato, hizo que su carruaje pasase por encima del cuerpo ensangrentado del rey. Así vio cómo su nuevo marido, Lucio Tarquinio el Soberbio, era coronado rey; su arrogancia motivó que en el año 509 a. de C. fuese destronado como el último de los monarcas Tarquinios de Roma.

Si la descripción de Tito Livio es verídica, no hay duda que Tullia había prestado un flaco servicio a sus paisanos etruscos. Su imprudencia le costó el trono de Roma

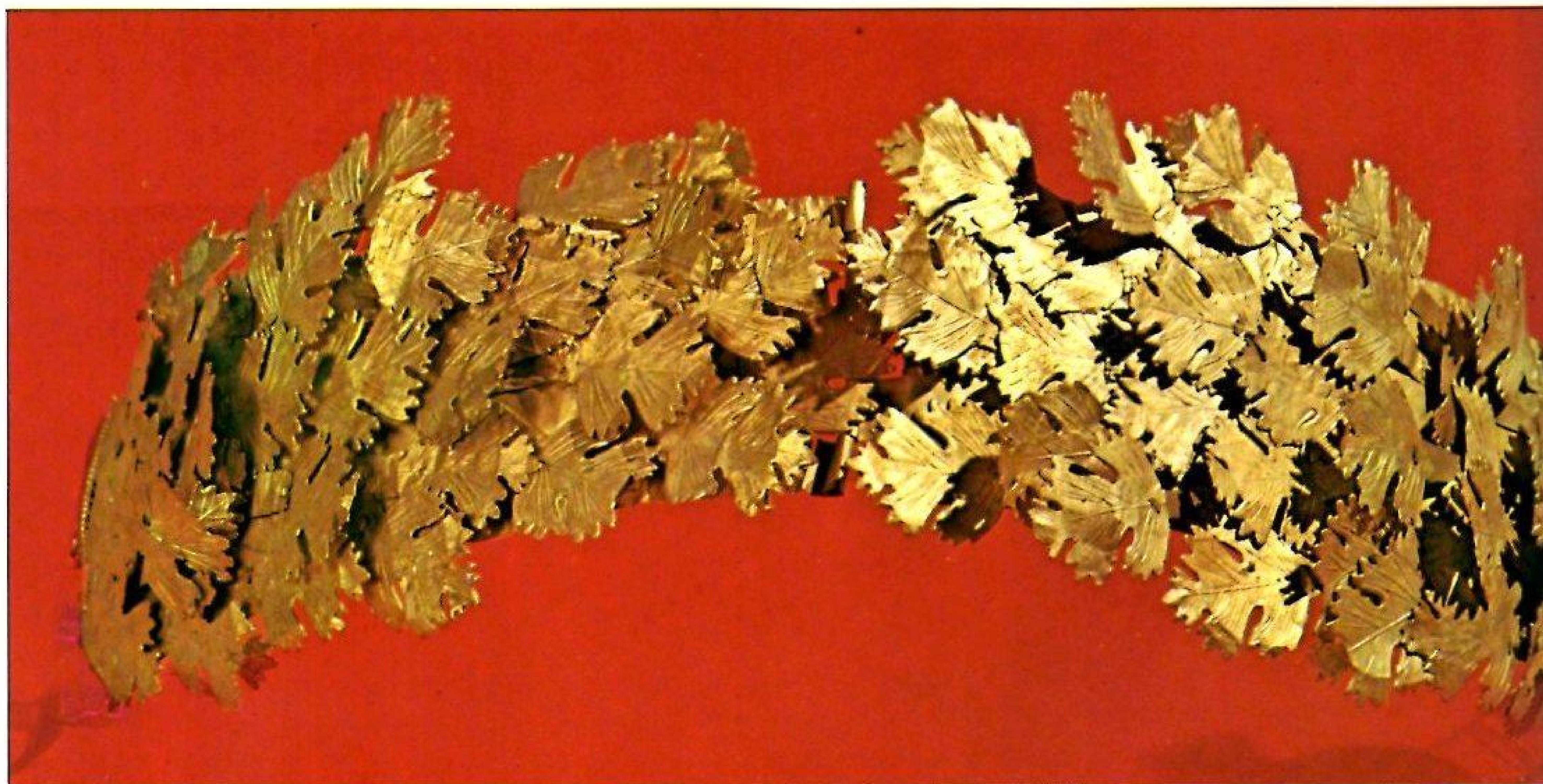
## Joyas de oro

Como era de esperar por parte de un pueblo rico tan amante de la ostentación, las clases altas etruscas lucían abundantes joyas, especialmente adornos de oro. El metal era trabajado en forma de guirnaldas, pendientes, brazaletes, pectorales y grandes broches o fíbulas.

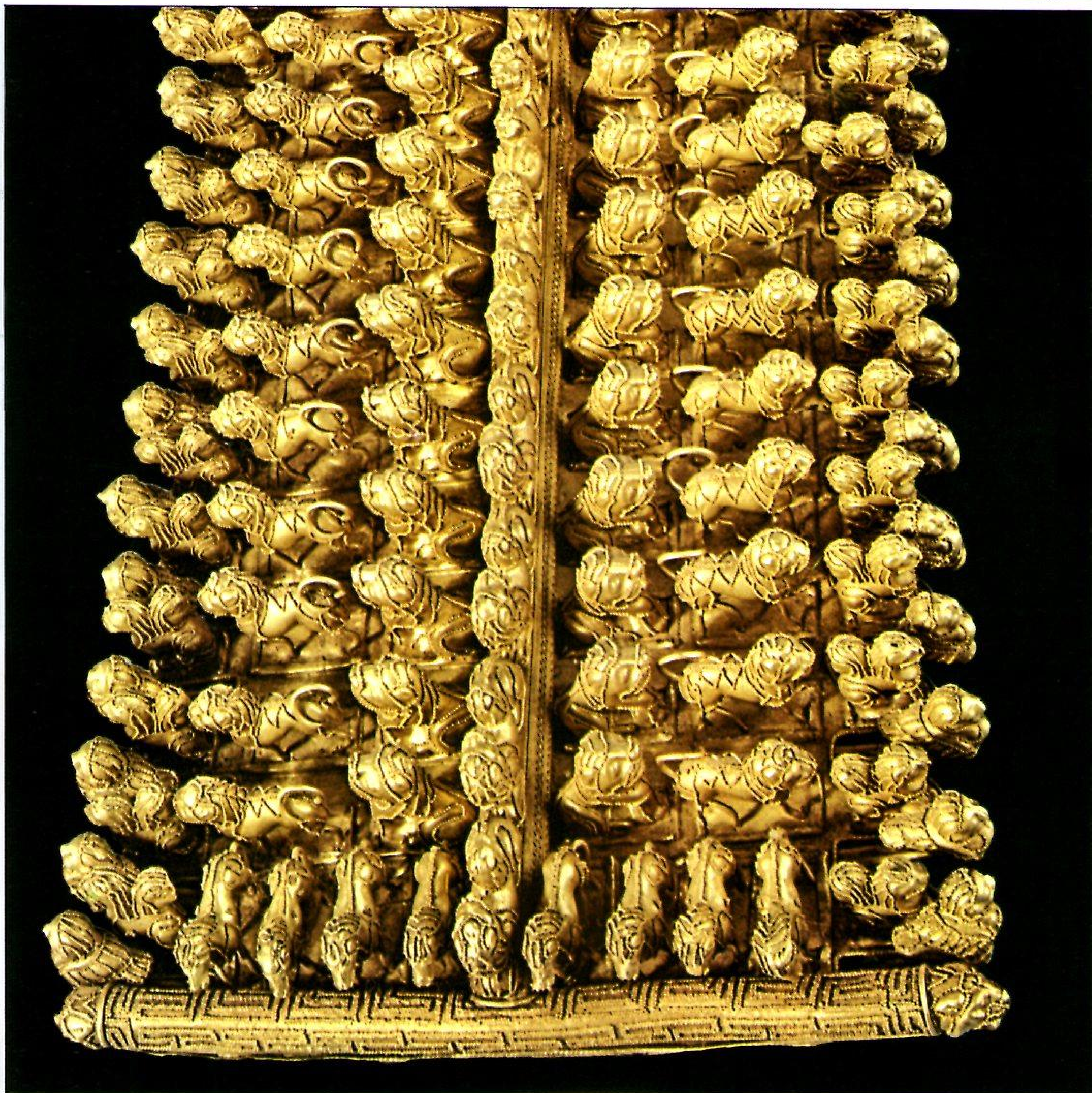
El mineral de oro era importado de Africa y de Asia y luego trabajado por los artistas locales. De todos modos, es posible que algunos de estos orfebres procediesen de Oriente, trayendo consigo los estilos orientales tan característicos de muchos ornamentos etruscos. Sumamente hábiles, estos artesanos llegaron a dominar la técnica del granulado, en la que partículas muy finas de oro son soldadas a una placa con objeto de crear zonas brillantes de luz reflejada. Esta técnica permitió a los orfebres etruscos crear obras tan perfectas como las representadas por el colgante de la derecha y el broche de la página opuesta.



*Colgante de oro de menos de 5 cm de altura; representa la cabeza del dios fluvial Acheloo, con cuernos, y fue fabricado en el 500 a. de C. Doradas esferitas cubren el cabello y la barba para encuadrar las facciones.*



*Fabricada en el siglo III a. de C., esta guirnalda-diadema procedente de Vulci, de 22 cm, muestra frágiles hojas de encina en oro.*



*En un alarde de virtuosismo, el orfebre del siglo VII a. de C. que fabricó este broche hallado en Praeneste, destinado probablemente a un ancho cinturón, cubrió una placa de 12 por 17 cm con una serie de animales, tales como leones y sirenas. Resaltó los detalles mediante gránulos de oro y utilizó idéntica táctica para la armazón tubular.*

y evidentemente Roma no podía haber tenido una mejor saboteadora.

A pesar de las despiadadas maquinaciones políticas de Tanaquil y de Tullia, la mayor parte de las mujeres etruscas eran intensamente femeninas. Se recreaban en sus adornos personales; sus atavíos y su orfebrería de oro, de exquisita elaboración, pueden admirarse en las tumbas familiares situadas a lo largo de las ricas posesiones de sus maridos. En vida conservaban estas fruslerías en cofres de madera o bronce, que servían al doble propósito de guardajoyas y de estuches de aseo que contenían los materiales con que aplicarse el lápiz de labios y el sombreado de los ojos. Estas damas, vestidas con su atavío completo y luciendo todas sus joyas, debieron de producir un efecto deslumbrante. Y estos objetos no se perdieron con sus personas, a juzgar por la gran cantidad de espejos portátiles de bronce finamente pulimentados enterrados con ellas.

Estos espejos etruscos presuponen en sus dueñas un gran desvelo por su aspecto exterior y por el cuidado de sus facciones y constituyen un índice muy sutil de su grado de sofisticación. Muchos de estos espejos van grabados con figuras mitológicas y contienen inscripciones que identifican los caracteres o incluso describen escenas *(páginas 86 y 94)*. No hubiera tenido sentido, por supuesto, realizar inscripciones en un espejo si su propietaria no pudiese leerlas ni apreciar su significado.

Surge la incógnita de si la mujer etrusca lucía sus mejores joyas en la casa o las reservaba para acontecimientos religiosos o familiares. Se supone que vestía siempre adecuadamente, porque tanto las telas como las joyas siempre han sido creadas tanto para satisfacer la vanidad personal como para demostrar la condición social y el poderío de la persona que las luce.

Algunos observadores han quedado tan sorprendidos por el lujo en el vestir, el exceso en el comer y el dispendio por parte de las clases elevadas etruscas, que no se han dado cuenta —o por lo menos no lo han escrito— de otros detalles no menos fascinantes. Poseidonio escribió detalladamente sobre los adornos de la mesa y otros atributos de los banquetes etruscos, pero nada nos dice de lo que ingerían los comensales. Tampoco arroja mucha luz sobre las "grandes masas de sirvientes" que atendían a los comensales y que servían las exquisitas viandas con que los poderosos se regalaban en sus cenas.

Casi nada se sabe de los esforzados sectores de la población etrusca dedicados a la producción de alimentos o de los que por millares navegaban por los mares, luchaban en las batallas, trabajaban en las minas y ejecutaban todas aquellas labores diarias encaminadas a crear y mantener la riqueza de las ciudades; en conjunto, las masas que constituyeron la mano de obra de Etruria continúan sin cara conocida y sin nombre.

Evidentemente existía una gran distancia social entre las clases dirigentes y las masas trabajadoras. Esto mismo ocurría con otras sociedades contemporáneas de Etruria, pero hay ciertos indicios de que los sirvientes y los esclavos etruscos eran bien tratados; Poseidonio llegó a escribir con cierto aire de desaprobación que "se visten con ropas más vistosas de lo que corresponde a su estado de servidumbre e incluso el servicio doméstico dispone de habitaciones privadas".

Aun cuando no existía una clase media tal como se la entiende en tiempos modernos, había cierta capa social llamada *etera*, equivalente a los *clientes* romanos: personas situadas en la escala social intermedia entre el rango de amos y de esclavos y que realizaban labores ordinarias o servicios especiales para sus patronos. A cambio de ofrecer una absoluta lealtad y de prestar ayuda, la *etera* disfrutaba de protección, e incluso en algunos casos del derecho a ser enterrados en el panteón familiar de las personas a quienes servían.

Tito Livio nos clarifica algo el papel desempeñado por la *etera*. Su historia hace intervenir a un bravo soldado romano, Gayo Mucio, que intentó asesinar a Lars Porsenna, el rey etrusco de Clusium, cuando este gobernante tenía puesto sitio a Roma en el 509 a. de C. Según Livio,



*Platillo de bronce acanalado, usado probablemente como lámpara de aceite o resina en los acontecimientos festivos; se halla superpuesto sobre un arabesco que nace de la cabeza de una muchacha. Esta baila sobre un pedestal con tres pies, cada uno de ellos decorado con la cabeza de un monstruo y una garra de león. La lámpara, de menos de 40 cm de alto, data del siglo* III *a. de C.*

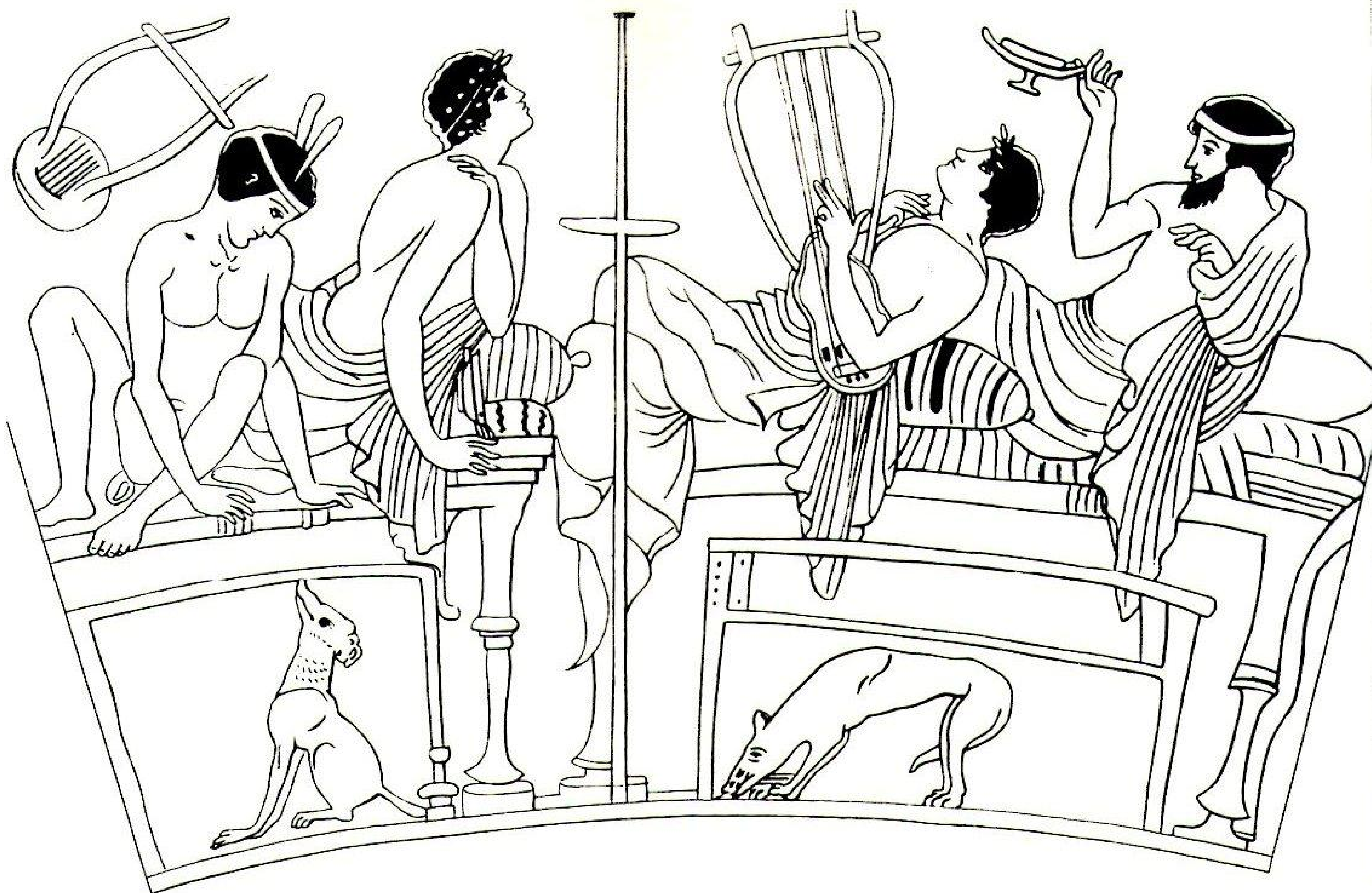
Gayo Mucio logró introducirse en el campamento etrusco, donde "ocupó un lugar entre las masas apiñadas junto al podio en que el rey se hallaba sentado. Al lado del rey se sentaba también su secretario, muy atareado por cierto; iba vestido de manera parecida a la de su soberano, y como sea que la mayoría de los presentes se dirigía precisamente a él, Mucio llegó a dudar de quién era el secretario y quién el rey".

Para salir de dudas, Mucio tomó una resolución y abatió a quien no debía: al secretario. Pero la parte más interesante de este relato, desde el punto de vista de los historiadores, consiste en que un romano, al juzgar únicamente por las vestiduras o por su comportamiento, no podía llegar a distinguir entre un rey etrusco y su secretario también etrusco.

Uno de los trabajos que podían realizar los miembros de la *etera* consistía en la administración de granjas propiedad de los nobles. En cuanto agricultores arrendados, estaban facultados para retener parte del producto de sus tierras para su uso personal; el resultado de ello fue que con el transcurso del tiempo, algunos miembros de la *etera* aumentaron su riqueza hasta el extremo de poder adquirir en régimen de propiedad un escudo y una espada y partir para las guerras de Etruria en forma equivalente a la del hoplita griego que formaba parte de la milicia ciudadana armada perteneciente a las ciudades-estado de Grecia.

Si bien es cierto que la figura de los campesinos de Etruria nos aparece algo difuminada, se posee, en cambio, mucha información sobre lo que producían, especialmente en beneficio de sus amos.

Al parecer, una de sus especialidades era la cría del cerdo. Polibio, historiador griego del siglo III a. de C., describió a unos porqueros cerca de la costa del mar Tirreno que conducían grandes manadas de estos animales a lo largo del litoral. Los etruscos caminaban delante de sus cerdos, como lo haría un mariscal revisando a sus tropas, en lugar de colocarse tras ellos; de vez en cuando el porquero hacía sonar una trompeta, sonido con el que se ha-



bían familiarizado ya los cerdos y gracias al cual proseguían su camino.

La aptitud innata de los etruscos por la música parece haber ejercido cierta influencia sobre los animales, tanto los salvajes como los domésticos; en un pasaje sumamente curioso de su *Historia de los animales* escrita en el siglo III d. de C. , el autor romano Aelio nos hace revivir cómo los etruscos utilizaron la música en sus cacerías:

"Se dice que en Etruria los cerdos salvajes y los ciervos son cazados con redes y perros en la forma usual, pero que el éxito es mayor si se emplea además la música. Se procede al tendido de las redes y a colocar en su debida posición toda clase de trampas; seguidamente aparece un experimentado flautista, el cual toca las melodías más suaves que se pueden obtener de su doble flauta. En plena soledad y en el más absoluto silencio, sus notas flotan hasta penetrar en el fondo de las madrigueras y guaridas. Al principio, el pánico se apodera de los animales, pero luego quedan vencidos por el placer de la música; van siendo gradualmente atraídos por los efectos de la música y se van acercando hacia el lugar de donde proceden los sonidos, hasta que finalmente quedan atrapados en las redes."

Además de sus grandes manadas de cerdos, los campesinos etruscos habían domesticado ganado vacuno, cabras, corderos, patos, gansos y pollos. El ganado era empleado a menudo para la alimentación, por lo menos con destino a los señores; también se utilizaba para arar la tierra y como bestias de tiro.

Los etruscos utilizaban la leche de las ovejas del granjero para fabricar quesos, incluso una variedad sumamente apreciada que todavía se produce hoy en Toscana, donde se le conoce con el nombre de pecorino. En la ciudad etrusca septentrional de Luni, la tradición nos cuenta que estos quesos se elaboraban en forma de enormes masas redondas que podían llegar a pesar la friolera de 450 kg cada una.

Etruria era rica en cereales, incluyendo la cebada, el mijo y diversas variedades de trigo. Muchos escritores antiguos nos han descrito los vergeles etruscos, pero no nos han explicado con exactitud qué frutos se producían. No obstante, ciertas pinturas funerarias nos muestran manzanas, cerezas y granadas, si bien su representación puede haber sido tomada del arte griego y, por lo tanto, no constituye una prueba de que tales frutas llegaran a cosecharse en Etruria. Es asimismo posible que las gra-

*Los comensales etruscos sentían gran afición por un juego de tiro al blanco llamado kottabos. Consistía en volcar un platillo puesto en equilibrio sobre un eje (en el centro), que producía un sonido agradable al caer en el interior de un cuenco de bronce situado debajo. El proyectil era habitualmente el vino, que era expulsado con fuerza, cosa que uno de los comensales ebrios está a punto de hacer (segundo a la izquierda) en este dibujo extraído de la decoración pintada de un vaso, o lanzado con un hábil movimiento de la muñeca, desde una copa asida con el dedo pulgar (figura a la derecha). El hombre de la izquierda, que está observando a un perro, está fuera de juego.*



nadas fueran simplemente simbólicas, por cuanto en la antigua Grecia y en buena parte de Italia estaban consideradas como símbolo de fertilidad. De manera análoga, el arte funerario incluye ciertas hortalizas, tales como las alcachofas, que son originarias de Italia y que todavía hoy constituyen un capítulo importante de los cultivos italianos.

Desde luego la vid, tanto en su consideración de fruta como para la producción de vino, se cultivaba en Etruria. Los vinos etruscos llegaron a ser conocidos en puntos tan distantes como Grecia y España.

Aunque pueda parecer sorprendente por tratarse de una región cuyas colinas están mecidas por el murmullo de las hojas de los olivos, el cultivo del olivo parece haber sido desconocido en Etruria; tanto es así, que los etruscos importaban aceite de oliva de Grecia. En muchas localidades etruscas se encuentran todavía fragmentos dispersos de las ánforas con que transportaban el aceite.

Aun cuando hay numerosos productos del campo y de los jardines etruscos que no han podido ser identificados, sí lo han sido las herramientas empleadas por los campesinos; se han recuperado algunos utensilios, principalmente los fabricados en hierro; otros nos son conocidos por reproducciones en bronce utilizadas como ofrendas votivas, así como por representaciones en tumbas. Estos utensilios no difieren demasiado de muchos de los que aún hoy pueden verse en zonas remotas de la Italia rural. Podemos citar, entre otros, la azada, el azadón, la hoz, la podadera, el pico, la pala, cuchillos de diversas formas y varias clases de arados de madera y metal, tan rudimentarios que el campesino se veía obligado a arrastrarlos penosamente a través del campo para poder practicar un surco, habiendo, no obstante, otros elementos más sofisticados que podían ser arrastrados por uno o dos bueyes con su correspondiente yugo. Si bien todas las herramientas descritas son elementales, parecen haber sido suficientes para que el campesino etrusco pudiera obtener importantes riquezas de su suelo.

Otros detalles, ciertamente fascinantes, sobre la vida agrícola en Etruria nos han sido proporcionados por el agrónomo etrusco Saserna, el cual, hacia finales del siglo II a. de C., escribió un libro totalmente dedicado a la descripción de los métodos de cultivo. Su obra original, como tantas otras de la literatura etrusca, se ha perdido, pero se conservan fragmentos en ciertas citas de Varrón, Plinio y otros autores romanos.

Entre otras cosas, Saserna descubrió un insecticida de invención propia garantizado para dar resultados satisfactorios. "Tomad una raíz de serpentalia (una planta herbácea aromática) y sumergidla en agua; a continuación utilizad esta agua para regar el trozo que queréis quede libre de insectos, hecho lo cual ningún parásito se acercará." Y, previendo la posibilidad de que los parásitos abandonaran el campo en busca de un ambiente menos hostil en la propia finca del agricultor, Saserna ofrecía su solución: en previsión de ello, el campesino deberá "mezclar la hiel de un buey con vinagre y frotar el lecho con esta mezcla".

Saserna compuso además algunas recetas útiles que indudablemente debieron despertar el máximo interés de las mujeres de los agricultores, especialmente las que tenían demasiado vello. Para ello había que tomar una rana y hervirla en agua, lo cual, según él, constituía un excelente depilador. Cuando la ebullición ha reducido la rana a algo menos de la mitad de su tamaño, será suficiente frotar la parte afectada del cuerpo con el mejunje para lucir una piel clara y lisa. Es posible que este bálsamo tan sorprendente constituyera uno de los tratamientos de belleza empleados por las damas elegantes de las ciudades etruscas.

A pesar de tratarse de un pueblo que no dejó documentos escritos que describieran su suntuosa forma de vida, conocemos una cantidad sorprendente de detalles acerca del carácter y comportamiento de sus clases dirigentes, si bien subsiste la duda sobre el aspecto externo de estos aristócratas tan amantes del lujo. Las pinturas funerarias nos muestran a mujeres de cabello rubio y piel clara; el número de estas rubias representadas resulta tan despro-

porcionado, que cabe suponer que muchas se tiñesen el cabello. Los hombres, en general, tienen el cabello oscuro y la piel rojiza, bronceada por el sol. Existen frescos murales desde el siglo VI hasta el I a. de C. en los que se aprecia el detalle de narices prominentes así como de pequeñas narices respingonas; algunas de las figuras representadas nos muestran la clásica nariz recta desprovista de concavidad entre los arcos ciliares.

Por supuesto, no hay forma de saber con exactitud hasta qué punto tales imágenes representaban fielmente los hechos. Los cánones artísticos contribuyeron naturalmente y hasta cierto punto a determinar la forma en que los artistas etruscos representaban a sus súbditos, debiendo tenerse en cuenta que el período transcurrido entre finales del siglo VI y principios del V a. de C. se caracterizó por el hecho de que el estilo artístico de los griegos de Asia Menor, los jonios, fue adoptado no sólo en Atenas, sino también en Etruria. Ello explica por qué las figuras humanas de las tumbas etruscas fueron pintadas de acuerdo con el arte jónico, es decir, con la boca curvada, los ojos almendrados, manos delicadas de largos dedos y los pies largos y elegantes, quizá para así hacer resaltar mejor el tipo de calzado del que estaban tan orgullosos. Además, las pinturas estaban probablemente idealizadas, e igualmente afectadas por la influencia de la moda. De todos modos, los pintores etruscos gustaban de captar ciertos detalles realistas y el color local, de modo que muchos de los hombres y mujeres han sido representados con bastante exactitud.

Las antiguas cubiertas de algunos sarcófagos sobre las que los escultores crearon imágenes del difunto reproducen detalles que encontramos en las pinturas funerarias: los mismos ojos grandes y alargados y las mismas manos de largos dedos. En épocas posteriores los escultores se inclinan por una mayor adaptación al realismo, de modo que los cuerpos son delgados en unos casos y panzudos en otros, y los rasgos son delicados y aristocráticos en unos casos hasta hacerse toscos y rugosos en otros.

Los estudiosos modernos, con la ayuda de estos testimonios pictóricos y escultóricos, así como de esqueletos etruscos y con información hallada en epitafios en que se especifica la edad del difunto, se han esforzado por tratar de reconstruir los rasgos físicos del pueblo etrusco. Pero los estudios realizados no han proporcionado muchas más novedades de las ya conocidas, es decir, que existía una amplia variedad de tipos. Por ejemplo, el intento de establecer un posible origen oriental del pueblo etrusco comparando sus cráneos con los de tipo dolicocéfalo o alargado tan extendido en las tumbas del Próximo Oriente sólo produjo confusión. De un total de 44 cráneos extraídos de siete yacimientos diferentes, 34 resultaron ser una mezcla casi a partes iguales del tipo dolicocéfalo y del tipo mesocéfalo o medio, mientras que los 10 restantes eran braquicéfalos o de cráneo ancho. Otros estudios sobre restos óseos han facilitado datos algo más precisos en otro aspecto, tales como la evidencia de que los dentistas etruscos habían adquirido técnicas muy avanzadas; algunos cráneos de Tarquinia y de otros yacimientos tenían sus dientes provistos de coronas y puentes construidos con oro ligero muy bien ajustados. En unos pocos casos el puente sostenía unos dientes humanos o de animales en sustitución de los auténticos.

El etruscólogo francés Jacques Heurgon, al efectuar la síntesis de todas las pruebas obtenidas —científicas, artísticas y literarias— en busca de un prototipo etrusco, llegó a la conclusión de que el aspecto de los etruscos era "una mezcla de los campesinos toscanos, de condottieri, de sacerdotes romanos y emperadores, de jóvenes Bonapartes y que en una urna hallada en Volterra en la que se ven representados dos felices sexagenarios creemos ver al Filemón y la Baucis de Ovidio".

En suma, los etruscos constituían una mezcla variada de tipos físicos, como se les puede ver todavía hoy a lo largo del río Arno en Florencia, trabajando los viñedos de Toscana o reuniéndose en una de las grandes catedrales de Roma.

# Un mundo de delicias para los poderosos

"Por un momento... ¡quédate, eres tan perfecto!" Esta exclamación del Fausto encarcelado de Goethe podría haber sido adoptada perfectamente como lema por los etruscos, por lo menos por los que habían nacido nobles. Su exuberante alegría, alimentada por mil pasatiempos, se refleja en los ricos frescos funerarios que se muestran aquí y en las páginas siguientes. Se dedicaban a los banquetes con verdadera delectación, cultivaban la danza y disfrutaban con la caza, la pesca, el amor, y también participaban en rudas pruebas deportivas.

Los músicos hacían a menudo acto de presencia cuando el pueblo de Etruria se entregaba a sus distracciones favoritas. Los aires eran generalmente intrepretados con la doble flauta *(a la derecha)*, un instrumento que queda mejor descrito como un par de oboes con sus boquillas convergentes provistas de agujeros que eran pulsados con los dedos de la mano. La doble flauta se acomodaba perfectamente a las escalas de sonido más populares entre los etruscos, o sea, las escalas frigias, las hipofrigias, las lidias y las hipolidias, definidas respectivamente por las teorías de la música clásica como agitado, activo, melancólico y voluptuoso, según el tema.



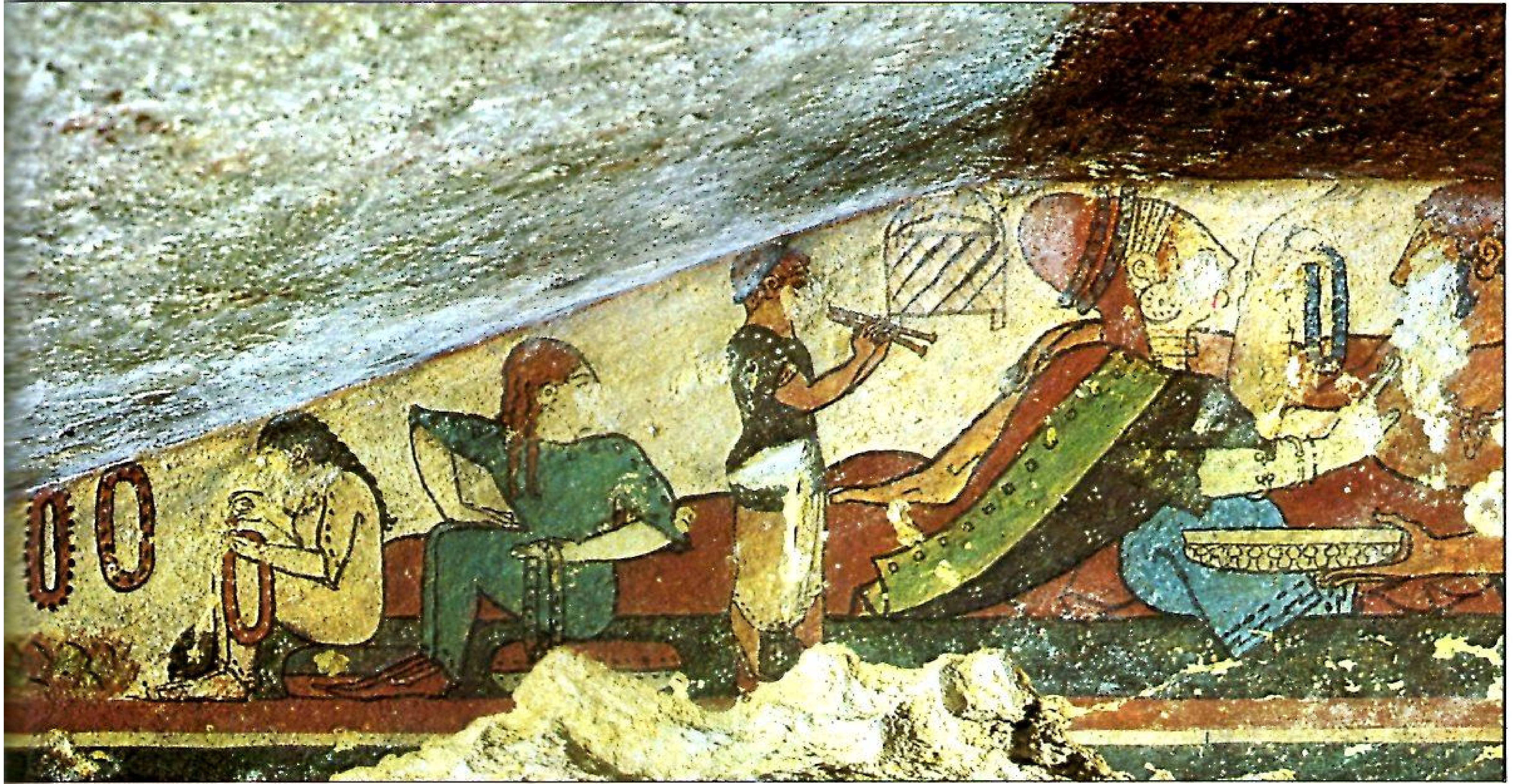
*Un gracioso tañedor de flauta baila al compás de su propia música en esta escena de la Tumba del Triclinio, en Tarquinia, pintada hacia el año 470 a. de C. Su cabello es corto, según la moda de la época, y viste únicamente una corta túnica muy fina.*

## Diversión y conversación en las comidas

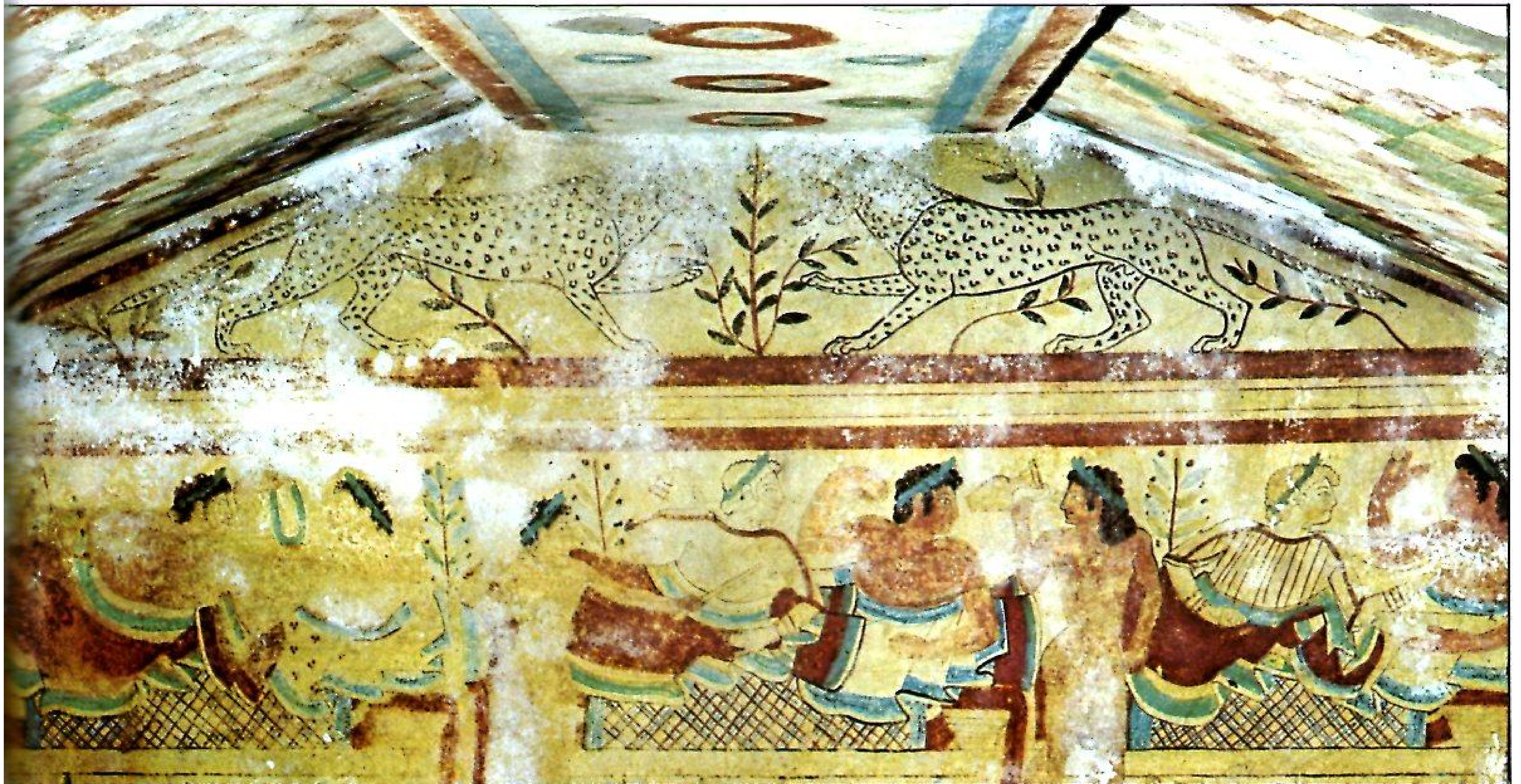
Los etruscos sorprendieron a sus contemporáneos más convencionales, los griegos y los romanos, por el hábito de su doble festín diario, en el que consumían toda clase de manjares selectos, desde huevos de tortuga hasta carne de jabalí. A pesar de todo, no se les puede considerar glotones; a la hora de comer, se reclinaban para distraerse, para conversar y –si había damas presentes– para flirtear. Desde luego, en muchas casas las parejas parecían estar más absorbidas entre sí que atentas al yantar; el hombre y la mujer representados en la pintura, arriba a la derecha, parecen no prestar ninguna atención ni al músico ni a los sirvientes. En otras pinturas el humor es alegre, tal como se aprecia en las elegantes parejas de abajo a la derecha, servidas por dos personajes desnudos. Esta escena puede haber representado una fiesta campestre, a juzgar por los árboles que se aprecian al fondo de la imagen.

*Pintura del siglo VI a. de C. procedente de la Tumba de las Leonas, en la que puede apreciarse un comensal que sostiene un huevo en su mano, símbolo de la continuidad de la vida; en su caso, una buena vida. Las descomunales proporciones del personaje, que contrasta con la pequeña figura de la pared situada al lado, indican que se trata de un pariente importante del difunto.*





*clinada entre bellas guirnaldas, una mujer contempla a su esposo en un fresco del año 520 a. de C. en la Tumba de la Caza y de la Pesca.*



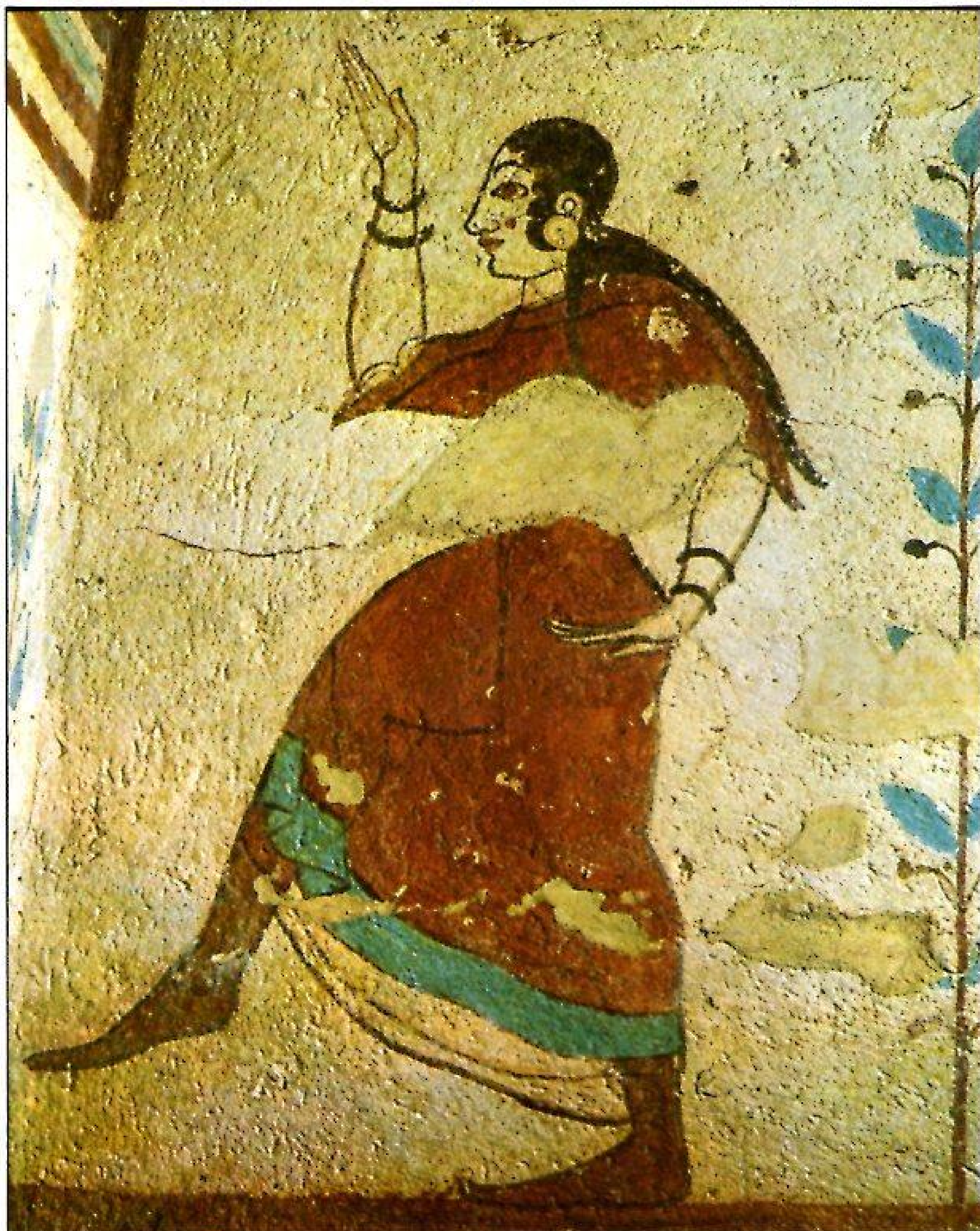
*es alegres parejas con coronas de mirto aparecen en esta escena festiva, pintada en torno al 480 a. de C. en la Tumba de los Leopardos.*

## "Movimientos no exentos de gracia"

Los etruscos llevaban la danza en la sangre. Las pinturas de las tumbas representan guerreros, músicos, sirvientes, aristócratas y bailarines profesionales ejecutando pasos de danza mediante gestos que tanto pueden haber tenido significado religioso u orgiástico o bien responden simplemente a una reacción física espontánea al sonido de una tonada o de un ritmo determinado. De todos modos, en este ambiente generalizado de lasitud existía un cierto método; por lo menos los bailarines profesionales se acomodaban a principios muy estrictos. Un escritor romano, al hablar de los etruscos en una forma algo despectiva, los describe como capaces de "ejecutar movimientos no exentos de gracia"; una de sus danzas consistía probablemente en dar tres golpes seguidos con los pies en el suelo para, a continuación, efectuar una serie de saltos; los autores de estos frescos reproducidos en estas páginas atribuyeron suma importancia a la posición de los dedos y de las manos.

*Una danzarina se mueve al son de la música de un gaitero (a la derecha) y al compás de los palmoteos de un hombre cubierto con una máscara barbada; esta escena procede de la Tumba del Gallo y fue pintada en el siglo IV a. de C. La muchacha lleva largas castañuelas de madera que hace repicar acompañando el ritmo marcado por el personaje que bate palmas.*





*Levantando su pierna derecha calzada con botas, una joven mueve sus largas manos según las reglas prescritas de una danza. Esta pintura de la Tumba de los Juglares, fechada en el siglo VI a. de C., según los expertos parece corresponder a un retrato, a juzgar por sus caracteres físicos: perfil muy acusado, ojos grandes y cabello oscuro.*

*Esta danza frenética y sensual de la Tumba de las Leonas se asemeja a un baile moderno. El joven lleva una jarra de vino; su compañera, de suaves vestiduras, hace un gesto que sugiere los cuernos de un toro o el signo del cornudo.*

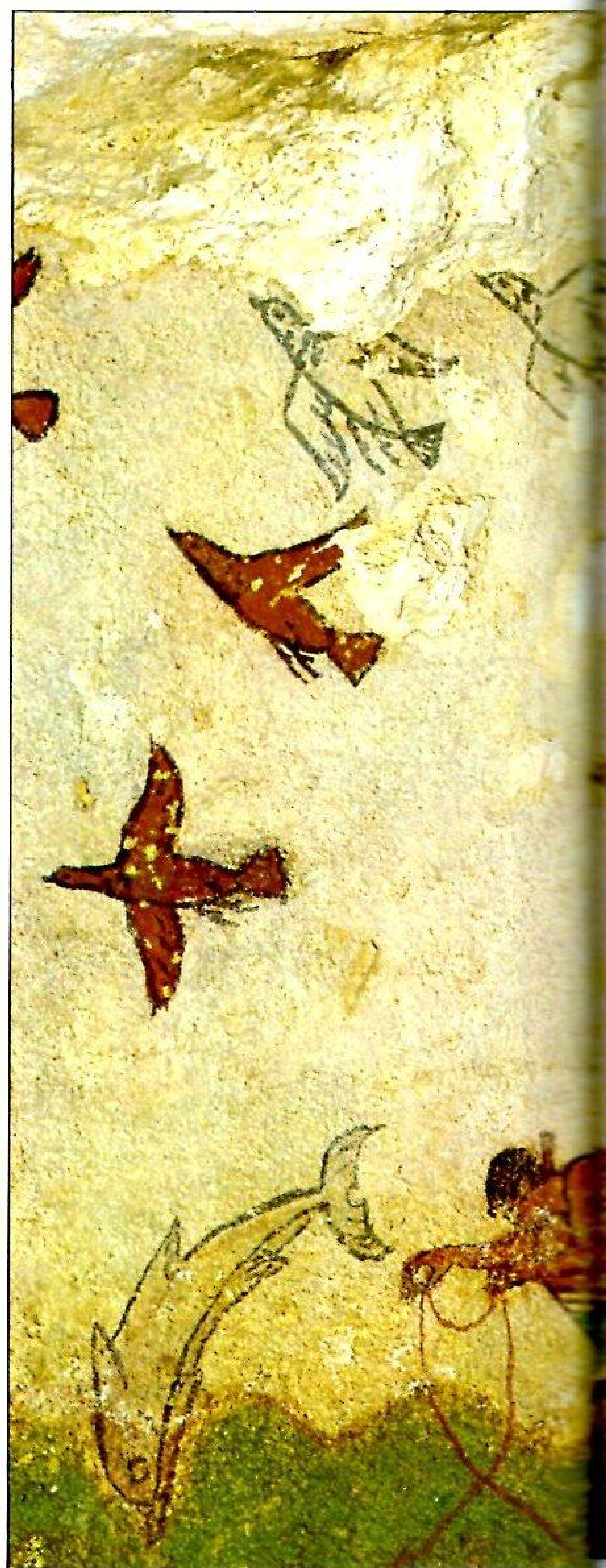


## Alegres pasatiempos en la playa

A escasamente 8 km del mar, Tarquinia ofrecía a sus habitantes todos los placeres naturales de una localidad costera. Los frescos representados en estas páginas –descubiertos en la Tumba de la Caza y de la Pesca, que datan del siglo VI a. de C.– representan una jornada típica en la playa: los hombres se dedican a la pesca, cazan pájaros, escalan acantilados y se sumergen en el agua. Los etruscos eran grandes amantes de la naturaleza; se dedicaban frecuentemente a la caza con intenso placer. Los textos clásicos confirman que cerca de Tarquinia existía incluso una reserva de caza, cuyo propietario criaba liebres, venados y corderos salvajes. Obsérvese que los animales aparecen constantemente en las pinturas etruscas, bien sea como motivo cinegético, en forma de animales domésticos o simplemente como motivos decorativos. Los protagonistas de las pinturas murales de esta tumba no son los seres humanos, sino graciosos pájaros y un delfín que salta alegremente, como puede apreciarse en el grabado opuesto.



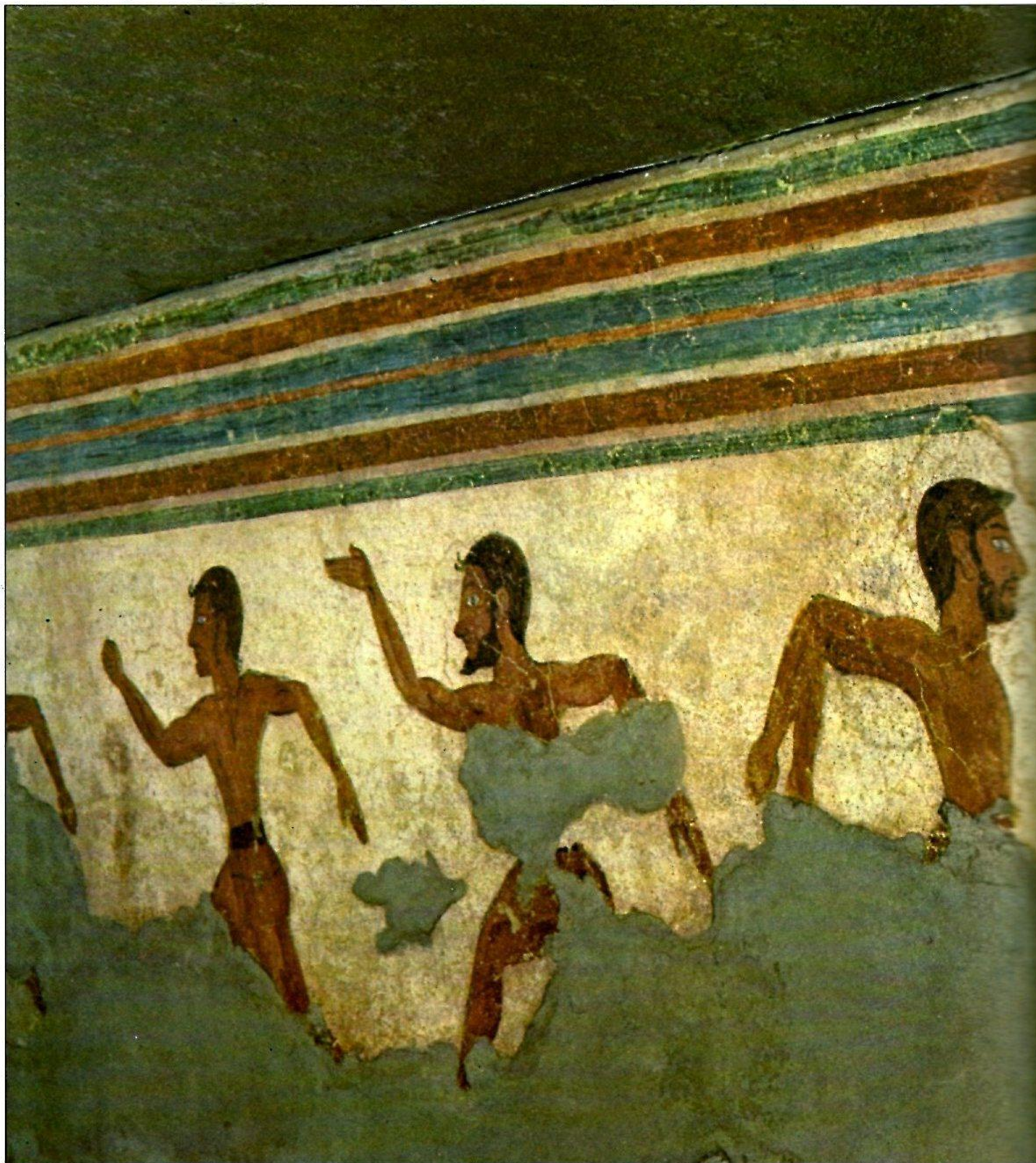
*Desde lo alto de una peña, un joven se lanza al mar. Su compañero levanta la mano, lo que sugiere que el bañista ha sido empujado y se ha visto forzado a caer lo mejor posible.*



*En este cuadro tan lleno de vida, un cazador situado sobre un risco dispara su honda contra los pájaros, mientras dos de sus compañeros le aplauden desde la barca situada debajo. El pescador echa las redes al agua, mientras un remero lleva el timón de la barca. El ojo de gran tamaño pintado sobre la proa representa probablemente un símbolo tradicional que ayudaba a guiar las embarcaciones.*



*Las competiciones deportivas no sólo constituían un pasatiempo para llenar el ocio del pueblo etrusco, sino también un elemento importante de sus festivales religiosos. Los decididos deportistas representados en este fresco de la Tumba de las Olimpiadas, pintada en el siglo* VI *a. de C., confirman la temprana afición de los etruscos por los deportes al aire libre, pasión que compartieron con los griegos. Las figuras representadas abajo a la izquierda forman parte de una carrera pedestre; el personaje central está flexionando los brazos para saltar; a la derecha, se ve un lanzador de disco.*





ORIGENES DEL HOMBRE

## Títulos publicados

1 El Eslabón Perdido (I)
2 El Eslabón Perdido (II)
3 La Vida antes del Hombre (I)
4 La Vida antes del Hombre (II)
5 El Primer Hombre (I)
6 El Primer Hombre (II)
7 El Hombre de Neanderthal (I)
8 El Hombre de Neanderthal (II)
9 El Hombre de Cro-Magnon (I)
10 El Hombre de Cro-Magnon (II)
11 Los primeros Americanos (I)
12 Los primeros Americanos (II)
13 El Neolítico (I)
14 El Neolítico (II)
15 Los Constructores de Megalitos (I)
16 Los Constructores de Megalitos (II)
17 El Descubrimiento de los Metales (I)
18 El Descubrimiento de los Metales (II)
19 Los Celtas (I)
20 Los Celtas (II)
21 El Nacimiento de la Escritura (I)
22 El Nacimiento de la Escritura (II)
23 Los Fenicios (I)
24 Los Fenicios (II)
25 Los Hititas (I)
26 Los Hititas (II)
27 Las Primeras Ciudades (I)
28 Las Primeras Ciudades (II)
29 Las Primeras Culturas de Grecia (I)
30 Las Primeras Culturas de Grecia (II)
31 Los Israelitas (I)
32 Los Israelitas (II)
33 Los Etruscos (I)

## Próximo volumen

34 Los Etruscos (II)